

BRYCE: SOBRE SCIASCIA
ENSAYOS DE DORFMAN Y LAVÍN CERDA
FAUSTINO CORDÓN:
ACCIÓN Y EXPERIENCIA EN BIOLOGÍA
LUIS BARJAU: LA FAMILIA
CRÍTICA: UNA FAMILIA LEJANA,
CABRERA INFANTE, ASTRONOMÍA PREHISPÁNICA
ILLESCAS, DE LUNA, PEREIRA, CASTAÑÓN, SHERIDAN

REVISTA DE LA
**UNIVERSIDAD
DE MEXICO**

EL CAMARADA TULAYEV DE VÍCTOR SERGE



POESÍA: J. GUILLÉN / BERGAMÍN

SUMARIO Volumen XXXIV, número 11, julio de 1980

José Bergamín

Duendecillos musarañeros, 1

Jorge Guillén

Poema, 2

Alfredo Bryce Echenique

Leonardo Sciascia: valiosa y vigilante presencia, 4

Luis Barjau

La teoría de la familia, 8

Ariel Dorfman

Edipo entre los árboles, 16



Hernán Lavín Cerda

La memoria y el exilio, 22

Richard Greeman

El caso del camarada Tulayev de Victor Serge

Faustino Cordón

Acción y experiencia en Biología, 25

(Entrevista de Federico Arana)

Alfredo Bryce Echenique

Desde París, 35

Carlos Illescas

Disparatario, 36

Andrés de Luna

Cine, 37



Armando Pereira

Revistas, 39

Adolfo Castañón, Guillermo Sheridan

Lecturas, 40

Libros

*La Habana para un infante difunto, 42 / Una familia
lejana, 44 / Astronomía prehispánica, 45*

Tercera de forros:

Hart Crane, La circunstancia

Portada:

Dibujo de Vlady

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo / Secretario General Académico: Dr. Fernando Pérez Correa

Coordinador de Extensión Universitaria: Arq. Jorge Fernández Varela

Revista de la Universidad de México

Órgano de la Dirección General de Difusión Cultural / Dirección General: Lic. Gerardo Estrada

Director: Arturo Azuela

Jefe editorial: Cristina Pacheco

Jefe de redacción: Guillermo Sheridan / Asistente: Rafael Vargas / Editores: Eduardo Enríquez, Gustavo García

Dirección artística: Bernardo Recamier

Administración: Lic. Roberto Damián Arriaga

Edificio de Diseño Industrial, 2o. Piso.
Ciudad Universitaria, México 20, D. F. Tel. 548-43-52
Todo asunto relacionado con suscripciones y
ventas deberá tratarse en la oficina de Distribución
de Publicaciones de Difusión Cultural:
Adolfo Prieto No. 133, Col. del Valle, México 12, D. F.
Tel. 523 46 40 y 523 61 77 ext. 28

Los pagos a los colaboradores de la Revista se
realizan en el Piso 10 de la Torre de la Rectoría,
de lunes a viernes entre las 9 y las 15 horas.
Franquicia postal por acuerdo presidencial de 10
de octubre de 1945, publicado en el D. Of. del 28
de octubre del mismo año.
Precio del ejemplar sencillo: \$ 20.00
Precio del ejemplar doble: \$ 40.00
Suscripción anual: \$ 200.00 (12.00 Dlls. en el
extranjero).

Patrocinadores:
Banco Nacional de Comercio
Exterior, S. A.
Unión Nacional de Productores
de Azúcar, S. A.
Ingenieros Civiles Asociados (ICA)
Nacional Financiera, S. A.
Instituto Mexicano del Seguro Social
INFONAVIT

DUENDECILLOS MUSARAÑEROS

Sé que un día llegará
en que te irás de mi lado
y ya nunca volverás.

Y ese día no será
el día menos pensado
sino el que se piensa más.

*

Yo no sé por qué ni cómo
cuando los estoy mirando
la luz se apaga en tus ojos.

*

¡Qué tenebrosa infinitud de noche
abisma el pensamiento
cuando los ojos miran la ilusoria
quietud del firmamento!

Cuando escucha el oído la celeste
música del silencio
y el corazón y el alma se han quedado
mudos, sordos y ciegos.

*

Hablas y hablas
y de lo que tú dices
no sabes nada.

¿Por qué no callas
alguna vez, y aprendes
a estar callada?

*

Estoy oyendo campanas
no sé dónde y me parece
que suenan dentro del agua.

Porque su oscuro sonido
llega del fondo de un mar
que sólo escucha mi oído.

Todo es según se mire.
No siempre nos parece
ni tan triste la noche
ni el día tan alegre.

Tristezas y alegrías
se juntan de repente.
Y de pronto a la vida
le sonríe la muerte.

Al cementerio no debe
llamársele campo santo:
los muertos no son de Dios,
los muertos son del Diablo.

Tengo sueño, tanto sueño,
que no me entero siquiera
si estoy dormido o despierto.

Y no me quiero enterar
que estoy sonambuleando
mi vida por no soñar.

*

Y así va pasando el tiempo.
Y van pasando los años.
Y los meses y los días.
Y los vamos olvidando.

Y al fin, cuando alguna vez
queríamos recordarlos,
es el sueño de otra vida
lo que estamos recordando.

*

Había una sombra en el suelo,
y otra sombra en la pared:
Y las dos eran la misma
y distintas a la vez.

Y yo no supe, mirándolas
al derecho y al revés;
y yo no supe ¡ay! no supe,
no supe nunca por qué.

*

Sombra de caracol,
eco de caracola;
rompe el rayo de sol
la cresta de la ola.

Sobre la arena, apenas
con señales visibles
si dejan las sirenas
sus huellas imposibles.

Y el inaudito coro
que el oído adivina
como un tropel sonoro
huye por la marina.

JORGE GUILLÉN
POEMA

Malaga. 8 de Mayo de 1980
Mi querido y admirado amigo
Alfonso Simón Delgado: Me
pidió usted un poema para su publicación en México.
(¡México!) Ahí tiene usted esas páginas, inéditas, por
supuesto, del libro - el último - aún no terminado Final.
Muy cordialmente suyo, en un abrazo, de su
Jorge Guillén

En Sema

I

Es el hombre doliente quien se expresa,
Fide ayuda, reclama, se apasiona.
Todo concurre en una acción que es práctica. ¡Y si surge la crisis?
Haha noticia si es un accidente
Que rompe las normales horas neutras.
(«Estoy bien.» Es decir, «no hay nada nuevo.»)
El interés aumenta con el grado
De gravedad, de crisis, de amenaza.
A muchos hombres quita esa morbosa
Complicancia en sufrir. Atrae la muerte.

¿Es posible un suicidio colectivo?

II

- ¿Qué opina usted?
- Me opongo. Si, disiento.

Parto de la salud que es un instinto
Vital, que va hacia vida fatalmente,
La vida así normal. Escucho ahora

La armonía del ser que quiere y busca
La plenitud de ser con entereza,
El amor, la amistad, la paz del mundo.

¡Entonces

Atrajo mi clamor, mis diatribas,
Sin jamás esperar el paraíso.
«Oh, nuclear», la bestia inmunda rugo.

¿Me ha de envolver suicidio colectivo?
Pues conste ya mi indignación de víctima.

Jorge Guillén

Malaga. Mayo de 1980

Málaga, 8 de mayo de 1980

Mi querido y admirado amigo Alfonso Simón Pelegrí: Me pidió usted un poema para su publicación en México (¡México!) Ahí tiene usted esas páginas, inéditas por supuesto, del libro —el último— aún no terminado *Final*. Muy cordialmente suyo, con un abrazo, de su Jorge Guillén

EN SUMA

I

Es el hombre doliente quien se expresa,
pide ayuda, reclama, se apasiona.

Todo concurre en una acción que es
práctica.

Habrá noticia si es un accidente
que rompe las normales horas neutras.
("Estoy bien." Es decir, "no hay nada
nuevo.")

El interés aumenta con el grado
de gravedad, de crisis, de amenaza.
A muchos hombres gusta esa morbosa
complacencia en sufrir. Atrae la muerte.

¿Es posible un suicidio colectivo?

II

—¿Qué opina usted?

—Me opongo. Sí,
disiento.

Parto de la salud que es un instinto
vital, que va hacia vida fatalmente,
La vida así normal.

Escucho ahora
la armonía del ser que quiere y busca
la plenitud de ser con entereza,
el amor, la amistad, la paz del mundo:

¿Y si surge la crisis?

Grito entonces
arrojo mi clamor, mis diatribas,
sin jamás esperar el paraíso.
"Oh, nuclear", la bestia inmundada ruge.

¿Me ha de envolver suicidio colectivo?
Pues conste ya mi indignación de víctima.

Jorge Guillén

Málaga, Mayo de 1980

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

LEONARDO SCIASCIA: VALIOSA Y VIGILANTE PRESENCIA



Leonardo Sciascia

Hace poco, en un artículo de la revista francesa *L'ARC* (no. 77, dic., 1977, consagrado a la obra de Leonardo Sciascia), el director de cine Francesco Rossi, uno de los tres realizadores italianos que han adaptado, hasta el momento, seis de los libros de Sciascia, afirmaba que tanto las obras como la persona misma de este autor se han convertido para Italia en una presencia vigilante y necesaria. En efecto, ningún intelectual ha logrado ganarse tanto como este siciliano de 59 años la admiración y la estima de sus compatriotas. Creo que ninguno, tampoco, los ha logrado inquietar y hasta irritar tanto. En una Italia a la deriva, en un país de raptos, asesinatos, de increíbles negociados; en una Italia cuyo Ministro de la Función Pública declaraba hace poco, no sé si en un rapto de humor negro, de paranoia o de sinceridad (aunque lo más probable es que se trate de las tres cosas al mismo tiempo), que lo único que deseaba era huir del país; en una Italia en que las desigualdades sociales tropiezan con el cinismo de una dirigencia que piensa (lo afirmaba un importante líder democristiano) que nadie puede permanecer en el poder y seguir siendo tan honrado como cuando recién llegó a él, que un año, dos tal vez de honradez, sí, pero que siete... imposible; en una Italia con todos los valores humanos desinflados y pisoteados por quienes representan el discurso oficial, cuando no también por el mismo ciudadano común y corriente, cansado hasta de creer que ya no cree en nada; en una Italia en la que sólo se reverencia el dinero o a su poseedor... En fin, para qué extendernos en tan objetiva y conocida descripción de la actualidad italiana. Baste con decir que es en esa Italia donde Sciascia se convierte en el intelectual vigilante y necesario del que habla Rossi, y en uno de los hombres que más fuertemente ataca, desde diversos ángulos, la corrupción que parece haberse apoderado de las diferentes y diversificadas esferas del poder.

Digo diversificadas porque hoy, a través de las multinacionales, la imagen del poder ante los ojos del ciudadano se ha ido convirtiendo en un ente cada vez más abstracto. Antes se sabía de dónde venía el golpe, de dónde el abuso, cuándo y cómo podía esclarecerse la verdad de un hecho fraudulento o injusto. Pero el poder del que emanan los males que el individuo debe soportar es, hoy, algo prácticamente invisible. Está, incluso, por encima del gobierno y de la nación. El ciudadano que busca justicia puede fácilmente caer en angustiosas trampas kármicas. El policía que, en el cumplimiento de su deber (en este caso la defensa del Estado democrático), llega demasiado lejos en su encuesta, puede ser asesinado por los mismos organismos del gobierno y de la policía que le encargaron realizar su encuesta. Es el caso que nos presenta Sciascia en *El contexto* (1971). En esta novela, nos dice Francesco Rossi, su adaptador al cine, "al seguir las huellas de un misterioso justiciero, el inspector de policía Rogas penetra en el convulsiona-

do laberinto de nuestra existencia presente."

Dijo alguna vez Malraux, al hablar de Faulkner, que este autor había introducido en la tragedia griega la intriga de la novela policial. Lo mismo sucede en el caso de Sciascia, sobre todo cuando aborda en sus libros, y precisamente en forma de encuesta, graves acontecimientos de la vida nacional y política italiana, como la desaparición definitiva del célebre científico Majorana, muy probablemente debida a una toma de conciencia del destino que se le podía dar a sus investigaciones sobre el átomo, o en tiempos mucho más recientes, el rapto y la ejecución, por las Brigadas Rojas, del jefe de la Democracia Cristiana italiana, "il onorevole" Aldo Moro. Pero hay algo más que llama la atención en estas novelas-encuestas a lo Sciascia, y que ya se podía encontrar en las novelas policíacas de ese gran escritor norteamericano que fue Raymond Chandler. En efecto, se podría trazar un paralelismo entre investigadores como el Rogas de *El contexto* (y los de muchos otros libros de Sciascia) y el literariamente célebre inspector Philipe Marlowe. Tanto Rogas como Marlowe no llegan a encontrar jamás un desenlace a su búsqueda, y van en su camino rozando constantemente una verdad brumosa y plagada de sospechosos que no son otros que los mismos jefes que les han encargado realizar sus encuestas, o grandes industriales, o grandes personalidades del gobierno, o huidizos tentáculos de un poder multinacional cuyo centro nunca se sabe bien dónde está, y cuyos miembros se esfuman en los múltiples claro-oscuros de la realidad y de las apariencias. No olvidemos, por otra parte, que Sciascia es siciliano como Pirandello, que conoce y admira profundamente la obra del autor de *Es así, si a usted le parece*, sobre el cual precisamente escribió, en 1960, un libro titulado *Pirandello y Sicilia*.

No creo que nadie conozca hoy tan bien Sicilia como Sciascia; ni que nadie hable de ella con tanto cariño y con tanta honestidad, que nadie nos la presente tan al desnudo en su pasado y en su presente. Pero para este extraordinario escritor, para este exigentísimo intelectual, no pueden ya separarse los males de su isla de los del resto de Italia y de los del mundo entero del capitalismo y del comunismo (Sciascia fue miembro del PCI, pero renunció hace ya algún tiempo, tras haber participado como independiente en una lista comunista, en Sicilia). Leí hace poco su entrevista con una periodista del semanario francés *Le Nouvel Observateur*, publicada en italiano por el editor Arnoldo Mondadori, y cuyo título no puede ser más representativo de la actitud y del pensamiento del autor ante el mundo contemporáneo: *Sicilia como metáfora*. En efecto, según Sciascia, asistimos a una "sicilianización del mundo"; el mundo entero, y ya no sólo el norte o el centro de Italia, se está volviendo mafioso. Violencia y cinismo van conquistando un espacio cada vez más grande entre los gober-



nantes de un país, entre las multinacionales que pasan por encima de los intereses de ese país, e incluso entre los partidos de oposición, plagados todos de oportunistas, cuando no, en el caso de Italia, de gente que tras la caída de Mussolini, cambió abiertamente de camisa y fue a engrosar las filas de algún otro partido con futuro en los años en que volvían a soplar vientos de democracia.

Para Sciascia, vivimos en un mundo de impostores, en un mundo de mafiosos. Contra ellos pone en acción su pluma, sea a través de sus ensayos, sus novelas (léase, por ejemplo, *El archivo de Egipto*, extraordinario libro sobre las imposturas que frustraron un importantísimo episodio que pudo cambiar algo en esa Sicilia donde, según Lampedusa, había que cambiarlo todo para que todo siguiera igual), relatos tales como los agrupados bajo los títulos de *Las tías de Sicilia* o *El mar color del vino*, artículos periodísticos, discursos políticos, panfletos, y hasta un cuento filosófico "a la Voltaire." Gran admirador de los enciclopedistas franceses del XVIII, de Voltaire, de Rousseau, no creo que haya hoy en Italia un intelectual más atento a lo que son actualmente las relaciones entre el individuo y la sociedad, entre el hombre y el poder, entre aquel oscuro ciudadano de la calle y el enigmático poder de las multinacionales. Todo ello, dentro de un estilo conciso, directo, de precisión hemingwayniana, aunque el autor declara a menudo no importarle tanto cómo escribe sino lo que narra y denuncia. Pero es indudable que ahí no se detiene esta preocupación de Sciascia, pues sus libros están asimismo cargados de un gran sarcasmo y de una ironía realmente filuda, lenta, demoledora. De estas características de la escritura de Sciascia no se salvan ni la Iglesia católica ni la juventud actual. Cito, al azar, algunas frases de *Nero su nero* (1979), el último libro que ha publicado, una especie de diario de ca-

mino o cuaderno de apuntes, en el que se hayan condensados muchos de los temas preferidos del autor. Sobre la Iglesia: "Jesucristo nos legó ideas tan buenas, que fue necesario inventar toda la organización de la Iglesia católica para combatirlas." Sobre la juventud actual: "Rivarol decía: 'No hacer nunca nada es una gran ventaja, a condición de no abusar de ello.' Los jóvenes sí abusan de ello, y hasta tal punto que algún día se encontrarán viejos sin haber hecho nada. Y no sólo individualmente." Sobre la inteligencia: "Cretinos inteligentísimos. Parece imposible, pero los hay." Tampoco se salva partido político alguno de los que hoy operan en Italia. Permítaseme el empleo de la palabra operan, pero es que de pronto se me ha ocurrido, tras haber leído el *Cándido* de Sciascia y su *Affaire Moro*, que al autor no sólo le habría hecho alguna gracia sino que además la habría encontrado bastante pertinente.

Voy a detenerme un poco en los dos libros cuyos títulos acabo de mencionar, por ser conjuntamente con *Nero su nero* los últimos que ha publicado, y porque creo que, dejando de lado las obras de pura ficción (pero, ¿lo son algunas de las obras de este autor que más de una vez ha afirmado que en varios de sus libros ha partido de la pura ficción para terminar en la realidad pura?), *Cándido* (1977) y *L'affaire Moro* (1978) son las que mejor pueden darle al lector la imagen de este intelectual atento, lúcido, sarcástico, de gran coraje, inspirado e intuitivo en muchos casos, aunque él prefiera que se le tome por racionalista y punto.

Nada más lejano, aunque estamos eso sí ante un verdadero cuento filosófico, del *Cándido* (o el *optimismo*) de Voltaire, que el *Cándido* de Sciascia. Y ello precisamente porque no nos hallamos aquí ante los infortunios del optimismo, sino ante la fortuna de ser pesimista, o mejor aún, de ser cándido. Es decir, ante aquel personaje que a priori niega lo que los otros le dicen, lo que los demás tratan de imponerle. Encontramos al *Cándido* de Sciascia el día mismo de su nacimiento, hecho que de por sí ocasiona bastantes disturbios dentro de su propia familia. En Sicilia, primero, donde por ejemplo, tras haber aceptado algunas ideas de los comunistas locales, se presenta al local del partido para entregar sus tierras y que éstas sean distribuidas entre los campesinos de la región. Desde todo punto de vista, pero sobre todo desde el burocrático, tal acto es una verdadera locura. *Cándido* abandona los ideales del partido, porque para Sciascia (y en esto su *Cándido*, comparado al de Voltaire, resulta ser el anti-*Cándido*), el candor consiste precisamente en no poder aceptar las ideas impuestas por otros y hacerlas suyas "a secas". Su lenguaje, por el contrario, es tan simple que nadie logra entenderlo o, en todo caso, nadie quiere entenderlo porque crearía demasiadas complicaciones al simplificar tanto las cosas... Lo dice el propio personaje: "si viéramos las cosas tal como son, nuevamente se torna-

rían simples." Claro, tan simples, que no faltaría quien se encargara muy disimuladamente de volvérnoslas a complicar. Cándido y su candor abandonan Sicilia, tras haber causado más de un desorden en las ideas establecidos, sean éstas religiosas, familiares, democristianas, fascistas, socialistas o comunistas. Su recorrido por Italia lo lleva hasta el norte industrializado de la península, y posteriormente, en una hermosísima historia de amor y liberación, hasta el mayo del 68 parisino. No hay un verdadero desenlace, a no ser que tomemos por desenlace el maravilloso triunfo del candor sobre un mundo lleno de prejuicios que, a menudo, son los mismos bajo banderas distintas, bajo siglas distintas de distintos partidos políticos. El sarcasmo, la ironía, el "pesimismo", con que Sciascia pasa revista a treinta años de historia de su país, que son también treinta años de nuestra historia, corresponden a los años que van desde 1947 hasta 1977, los de vida y felices andanzas de un personaje candoroso por el mundo. En el ya mencionado diario de Sciascia, *Nero su nero* (1979), encontramos más de un eco profundo de las motivaciones de este libro, y del don que tiene su autor para detectar estas situaciones bufas, imbéciles, e hipócritas. Nos cuenta de una reunión en la que dos personas conversan muy amablemente, y cómo la conversación, a medida que avanza, se torna más amable pues ambas personas se van dando cuenta de que tienen absolutamente las mismas ideas. Cuando de pronto, ¡horror!: en plena conversación tan distinguidos caballeros se enteran de que pertenecen a partidos políticos radicalmente opuestos. El impase llega a su clímax cuando uno tiene la osadía de proponerle al otro que abandone su partido y se adhiera al suyo. Pero claro, la sangre no llegó al río porque en ese momento se acercaba el anfitrión a ofrecerles el delicioso almuerzo que les tenía preparado. Ante una buena mesa...

Me imagino que Sciascia, intelectual honesto por excelencia, estaba leyendo atentamente todo lo que se publicaba sobre el caso Moro; me imagino también que estaba pensando muy en serio lo que algún día iba a decir al respecto. Pero a veces el público y, entre éste los mismos intelectuales, se olvida de estos *detalles* (informarse, meditar, callarse cuando no se está seguro de algo), y ya empezaba a criticársele el que permaneciese tan silencioso tratándose de un asunto que podía hacer tambalear al Estado italiano.

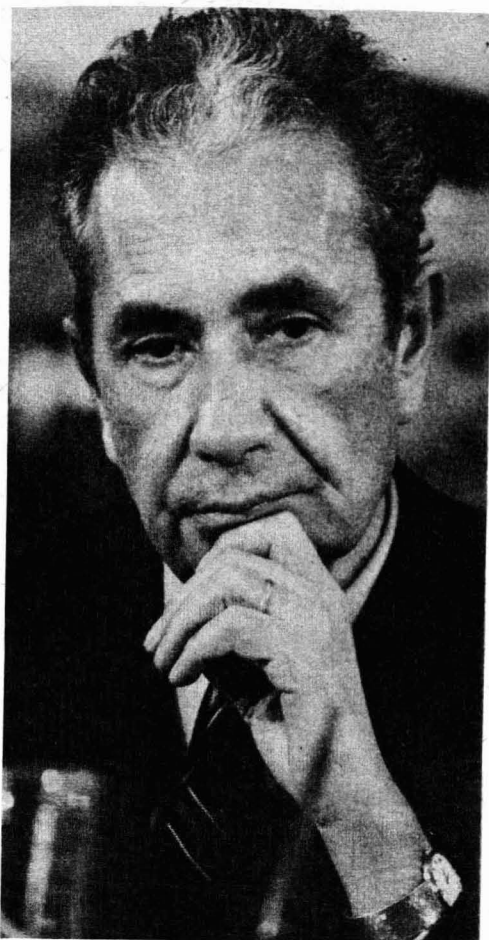
Cuando Sciascia habló, o mejor dicho publicó su panfleto *L'affaire Moro*, muchos prefirieron que se hubiese quedado callado. El libro es un inteligentísimo análisis de todos los documentos que se publicaron oficialmente e incluso de aquellos que se publicaron "de casualidad", por decirlo de alguna manera. Pero su preocupación no quedó ahí, pues aún en su libro siguiente, *Nero su nero*, el caso Moro continúa preocupándolo y vuelve a él en varios párrafos del diario-cuaderno de apuntes. Y es

que el tiempo le había ido dando razón, y a muy corto plazo. El "onorevole" Moro aparece en sus dos facetas, como jefe supremo de la democracia cristiana italiana, a quien el partido le exige prácticamente que siga asumiendo responsabilidades históricas (Moro no deseaba ya asumir estas responsabilidades: una cierta amargura, una triste ironía se habían apoderado de él, cambiando incluso la manera en que se daba su sonrisa en las Cámaras y ante el público; se sabe, además, que el asesinato de los Kennedy lo había conmovido mucho y lo había llevado a reforzar muchísimo su guardia personal), y como el padre de familia, el esposo amante, ya raptado por los Brigadas Rojas, grupo terrorista italianísimo, al decir de Sciascia, y que ha jugado a menudo las mismas cartas que la mafia, creando el mismo tipo de terror y de desconcierto entre la población italiana: grupo asombrosamente bien estudiado por Sciascia, en lo que a métodos de violencia se refiere (al igual que la mafia, cuando no mata, suele herir las piernas de su víctima, con el afán de dejarla coja. A este respecto, resulta cruel e interesante aquella escena de la última película de Comencini, *Caro papà*, en la que vemos la cantidad de ricos industriales que en una elegantísima fiesta se desplazan con muletas o en silla de ruedas), y en aquello que el autor llama "el campo de lo imposible al que pertenecen", ya que, precisamente cuando el rapto de Aldo Moro, se calculó que la mitad de la población del país fue interrogada por la policía, sin que ciudadano alguno lograra dar el menor indicio acerca de un miembro del grupo terrorista.

Los Brigadas Rojas pedían el canje del jefe de la Democracia Cristiana por trece (número que, en Italia, se considera de mala fortuna) prisioneros de su organización. Desde un comienzo, el problema empezó a plantearse en términos muy claros. Realizar el canje era reconocer la existencia de otro poder dentro del Estado italiano; era, pues, debilitar la imagen del Estado y de la Democracia Cristiana, sobre todo. Los comunistas y, sobre todo los socialistas (hasta el fin), fueron partidarios de la solución humanística de un canje, a lo cual respondieron otros que ello implicaba reconocer que en Italia existían ciudadanos de diverso valor ante el Estado. ¿Por qué tenía que valer Moro más que cualquier ciudadano común y corriente?

Empezaron a salir a la luz las cartas que Moro dirigía a su familia y a sus compañeros de partido. No eran ya las cartas de un hombre que preside una sesión en el parlamento, sino las de un hombre enfrentado a sus verdugos, con quienes come, con quienes conversa, y por quienes acepta estar siendo bien tratado en los días previos o paralelos a los de la realización de su juicio en la cárcel del pueblo. Son las cartas del hombre que llevó a su partido al lugar que ocupaba en la política italiana; las del hombre que había aceptado la responsabilidad del "compromiso histórico" con el Partido Comunista; pero

Aldo Moro



son, ante todo, las cartas de un hombre que busca la solidaridad humana entre los suyos, entre sus amigos, entre los hombres que él mismo había encumbrado. Para Sciascia, todas estas son facetas de un mismo hombre. No lo son, sin embargo, para los miembros de su partido. Para éstos, el Aldo Moro que escribe las cartas desde la cárcel no es el de antes, y por consiguiente no sirve ya para los fines de su partido ni los del Estado italiano. Ha llegado el momento de un gran lavamanos (y aquí denuncia Sciascia muchas cosas; aquí tenemos nuevamente al gran censor de la DCI, al hombre que nos ha explicado con amargo sarcasmo como Cándido vio en Sicilia a sus parientes fascistas cambiarse oportunamente de camisa y entrar a la DC o al PCI): se le entrega el caso a Cáritas Internacional, institución totalmente desprovista de medios de presión en un caso tan grave. Pocos, hasta entonces, habían oído hablar de esta entidad vaticana y humanitaria. Pero es a ella a quien se le pide ocuparse de "inducir a los raptos de Moro a liberarlo." Ha triunfado en la DCI la Razón de Estado, pues el partido aduce "su indefectible fidelidad al Estado democrático, a sus instituciones, a sus leyes, en operante solidaridad con los partidos constitucionales". Es sabido, sin embargo, que el Partido socialista se convirtió en la oveja negra de la solidaridad constitucional, al decidir separadamente hacer todo lo posible por salvarle la vida a Aldo Moro.

Interviene entonces Paulo VI, con una carta que, al decir de Sciascia, parece contener "un profundo sentir cristiano." En ella, exhorta a los Brigadas Rojas a liberar a Moro "simplemente y sin condiciones." En la cárcel, Moro es informado. Comprende. En el fondo, Paulo VI no ha hecho más que confirmar la posición de la DC, en lo que se refiere a su "indefectible fidelidad al Estado." Y

Sciascia comenta entonces con amarga ironía que Paulo VI posee un sentido del Estado más profundo aún que el del Príncipe Poniatowski, en aquel momento Ministro del Interior de Francia, para quien era válido tratar con los terroristas para evitar el sacrificio de "la vida humana inocente." Moro ha comprendido a fondo las palabras de Paulo VI, cuando se dirige humildemente a él tratando de probarle los beneficios que en muchos sentidos se podrían obtener con un canje. Más tarde vuelve a escribir, pero ya es sólo para señalar que, en su caso, la Santa Sede ha adoptado una posición contraria a las anteriormente adoptadas, y que va además en contra de "toda tradición humanitaria". Al final, llega a escribir: "Es una cosa horrible, indigna de la Santa Sede..." Y añade Sciascia que, sin duda alguna, en aquel momento Moro está pensando en que, pocos meses antes, el mismo Paulo VI se había ofrecido de rehén en un famoso caso de piratería aérea. Al igual que la DCI, prefiere ahora dejar el caso en manos de la inoperante Cáritas Internacional...

A poca gente le ha gustado este libro de Sciascia. La presencia vigilante y necesaria de la que hablaba al empezar este artículo, se tornaba de pronto incómoda, realmente insoportable para algunos italianos. En Francia, en cambio, éste, como todos los demás libros de Leonardo Sciascia, fueron aclamados por la crítica y los lectores. Pero ni el éxito ni la diatriba le han impedido a este intelectual lúcido, valiente y atento, seguir preocupándose por encontrar aquel hilo de la maraña que puede llevarnos hacia la verdad, por la posición del individuo en y ante la sociedad. El caso Moro ha sido una, entre muchas otras oportunidades, de ir desenmarañando el endiablado embrollo en que parece asfixiarse el mundo contemporáneo. Y el tiempo, aunque no ha sido mucho el transcurrido desde que Aldo Moro fuera ejecutado por las Brigadas Rojas, también en este caso le ha ido dando razón. En efecto, hace poco se dio a conocer una especie de "memorial" de las cosas dichas y escritas por Moro en la cárcel del pueblo. Para Sciascia, hay en esas páginas "cosas de espléndida verdad, de aquella verdad a la cual Moro, ya trágicamente libre para siempre, se había acercado finalmente". Cita aquí el autor algunas de las últimas frases escritas por Moro a sus copartidarios y amigos: "Tengo el inmenso placer de haberlos perdido, y deseo que todos los pierdan a ustedes con la misma felicidad con la que yo los he perdido." "Palabras que parecen llegar hasta nosotros desde la antigua y eterna tragedia del poder", comenta Sciascia, presente, vigilante, necesario. Es el mismo Sciascia que en otra oportunidad hablaba del inmenso placer con que abordaba algunas de sus tareas de escritor... y de cómo, a veces, ese placer desaparece de pronto por completo.

París, febrero 1980.

LUIS BARJAU

LA TEORÍA DE LA FAMILIA

En los estudios de las principales características de la institución familiar y de sus modificaciones y tendencias, es posible distinguir dos puntos de vista muy distintos y que son una constante en la ciencia social desde el siglo pasado hasta hoy:

a) Un punto de vista "macrosociológico". Aquellos estudios que buscan dar una visión de la familia tomando como objeto o polo de referencia no propiamente a la *institución* de la familia, sino a la sociedad global; aquellos que de uno u otro modo buscan prefigurar una *concepción* particular del mundo.¹ Serían representantes de este punto de vista la mayoría de los antropólogos clásicos de mediados del siglo pasado, sobre todo —y en orden de importancia— Morgan, Taylor, Bachoffen, Meine y Foustel de Coulanges, quienes tocaron el problema del desarrollo de la familia dentro del marco teórico general de la *escuela* del evolucionismo clásico; Freud desde el punto de vista del psicoanálisis;² Durkheim desde el punto de vista propiamente sociológico y Engels bajo el materialismo histórico.

b) Un punto de vista "microsociológico". Principalmente las obras producidas en el seno de la antropología social británica, sobre todo los trabajos de Malinowski sobre las islas Trobriand, así como la contribución de la etnografía norteamericana de los años 40s: Boas y Murdock básicamente.³ Y aún podríanse incluir aquí trabajos pioneros como los que hicieron en el Nuevo Mundo los cronistas españoles del siglo XVI y que constituyen una temprana y excepcional aportación ya propiamente de tipo etnográfica, sobre instituciones (la familia incluida) de diversos grupos sociales mesoamericanos.

El primer punto de vista coincidiría a su vez con una tendencia señalada por A. Michel⁴ y por A. Manoukian⁵ y la cual consideraría la evolución y desarrollo de la institución familiar como un *continuum* desde estudios prehistóricos hasta la familia burguesa europea; una ininterrumpida sucesión que iría, como un proceso de diferenciación y contracción, de la vieja comunidad promiscua, hasta la moderna familia nuclear (el padre, la madre y los hijos) de nuestros días. Engels sería el mejor representante de esta tendencia; recientemente el importante trabajo de Cerroni⁶ ha pasado a formar parte de esta tradición.

El estudio científico de la familia es relativamente reciente no obstante que la información descriptiva sobre la misma se remonte a tiempos ignotos. Sin duda sus inicios no van más allá de mediados del siglo pasado cuando nació la sociología misma bajo manos de Comte y cuando la antropología clásica hacía las grandes aportaciones antes referidas. Tal estudio ha dado apenas los primeros pasos hacia la comprensión del fenómeno, y no ha hecho mucho más que poner al descubierto la asombrosa complejidad que lo integra y lo circunda.

Las dos grandes tendencias que tentativamente

significamos en los estudios sobre la familia son igualmente válidas; siempre y cuando logremos arrancarlas de sus intenciones ideológicas, no-científicas.⁷ Ciertamente estas tendencias algunas veces resultan antagónicas, pero otras resultan complementarias.

Resultan antagónicas por ejemplo cuando un estudio del primer tipo profundiza descriptivamente la organización familiar de un grupo social pre-industrial y de esta profundización obtiene hipótesis generales que luego son comparadas con estudios del segundo tipo, en donde las conclusiones son el resultado de hipótesis confrontadas con la *institución familiar* considerada históricamente. Son complementarias cuando comparan fenómenos característicos de la familia tales como la prohibición del incesto y cuando aquellos ocurren en realidades histórico-sociales diferentes.

Ambos puntos de vista integran pues una relación dialéctica de diversa raigambre ideológica y metodológica que hay que saber utilizar para entender el fenómeno familiar. También hay una relación dialéctica entre la institución real de la familia y su representación teórica. Una y otra se intermodifican, si bien el hombre moderno intenta constantemente hacer predominar las conclusiones de su elaboración teórica de la familia, sobre ésta misma.

Y en la base de las relaciones de una institución social como es la familia, con las representaciones simbólico-intelectuales de individuos, hoy está (habiendo cobrado importancia y agudización notables) la influencia de la lucha de clases que la promueve, en última instancia, del modo más activo.

En este complejo aparato de relaciones dialécticas en donde se combinan diversas facetas de lo real en el tiempo y en el espacio, entre las contradicciones internas de grupos y clases, entre el hecho consumado y su representación teórico-simbólica, se arraiga intrincadamente la asociación humana de la familia.

Características principales de las diversas interpretaciones teóricas de la familia

La idea de una etapa inicial *promiscua* en las relaciones humanas, aparece formalizada en la obra de los antropólogos clásicos del siglo XIX sobre todo en *La Sociedad Antigua* de Morgan. Tal supuesta promiscuidad estaba caracterizada por el comercio sexual sin restricciones entre las personas, sin tener en cuenta diferencias generacionales ni de parentesco. Esta etapa inicial comenzaría por diferenciarse, con el andar del tiempo, hasta conformar tres tipos diferentes de asociación familiar descritos en los siguientes términos:

1. Familia consanguínea

Esta forma familiar aun aparece dominada por la originaria etapa de la promiscuidad sexual; solamente que en ella está presente —si bien parcialmente— el tabú del incesto: se veda el hábito de in-



tercambio sexual entre padres e hijos pero en cambio son permitidas las relaciones sexuales entre hermanos y hermanas.

2. Familia punalúa

Restringe aun más el comercio sexual apareciendo la prohibición de contacto no solamente entre padres e hijos sino también entre hermanos, aunque del resto subsisten relaciones indiferentemente entre todos los hombres y mujeres del grupo, según puede deducirse de las consideraciones de Morgan.

3. Familia sindiásmica

Constituye el origen de la pareja. Pero subsiste la promiscuidad en forma de un derecho —solamente reservado a los hombres— de tener otras mujeres.

Desde luego la hipótesis de una etapa originaria de promiscuidad sexual entre el grupo humano no va más allá de ser una inferencia de la evidencia arqueológica, muy fragmentaria y referida a etapas y lugares diversos de la prehistoria humana, así como a deducciones comparativas de la observación de tendencias en diversos grupos contemporáneos llamados primitivos. Ciertamente existen referencias en escritos de la antigüedad que podrían ser tomadas como *alusiones* a tal situación de los orígenes, por ejemplo el pasaje homérico⁸ en donde se describe a la “familia” de la Eolia como poseedora de costumbres sexuales entre hermanos y hermanas. Pasaje que bien pudiera ser referido a un grupo social “atrasado” en relación a las formas de organización social de la antigüedad clásica, a una alusión del pasado prehistórico, lo cual de todos

modos constataría la idea del pasado remoto concebido con un estadio donde habría promiscuidad en las relaciones sexuales.

La aportación de Morgan es definitiva: abre el camino para una interpretación científica del origen de la familia, diferenciándose de las interpretaciones de fondo dogmático y teológico de su tiempo.

Engels⁹ asimió la reflexión evolucionista de Morgan reelaborándola —por ende modificándola— dentro de la concepción general del materialismo histórico. En su obra, la idea de la promiscuidad originaria aparece como un polo de referencia en donde contrasta por extremo lo que él designó con el nombre de matrimonio monogámico histórico: la última forma de la evolución de la familia, cuyas relaciones de monogamia son un factor de interrelación dialéctica con las formas de propiedad privada de los medios de producción. Coinciden con este último modelo de matrimonio, el estadio de la civilización morganiano,¹⁰ la producción mercantil, el uso de la moneda, la formación de una clase social de mercantes que se va interponiendo poco a poco a los productores directos, la existencia de la propiedad privada de grandes extensiones de terreno y la mano de obra esclava.

A partir de esa primera etapa de las relaciones sexuales humanas comprendida en el comunismo primitivo —según apreciación de Engels— el desarrollo de la familia marca una tendencia de restricción del número y de las características de sus miembros. Tal tendencia restrictiva opera desde la tribu, hasta alcanzar la forma moderna de la familia nuclear monógama.¹¹

También Durkheim comparte en cierto modo esta opinión de la evolución de la familia en sentido progresivamente contractivo, lo cual pone de manifiesto la existencia de la idea evolucionista implícita en su trabajo. Aunque para este autor la familia, como todo *hecho social*,¹² en vez de ser una asociación natural de parientes, constituye una institución social; la familia, siendo un hecho social, tiene por tanto una causalidad también social. Del clan exógamo y amorfo, la institución familiar se contrae progresivamente en la misma medida que se extiende más y más el horizonte social. En medio de este proceso de dilatación-contracción, Durkheim distingue seis modelos institucionales y sucesivos de la familia: el clan, la familia-clan diferenciada (uterina o masculina), la familia agnática, la familia patriarcal-romana, la familia paterna-germánica y la familia conyugal-moderna.¹³

Mauss¹⁴ por su parte es también partidario de la idea de la familia conyugal como resultado de un lento proceso histórico de reducción de la parentela. Al contrario de lo que se cree comúnmente —aclara— no ha habido una evolución a partir de una pretendida pareja originaria sino al revés: ella es el resultado de la contracción de una masa originaria más o menos numerosa. En su hipótesis, este





autor cuenta además con algo que lo diferencia notablemente de la explicación durkheimiana: para Mauss existe una familia conyugal de hecho y otra de derecho. La primera ha existido en todas partes aunque haya sido pocas veces reconocida.

Para Max Weber¹⁵ el desarrollo de la civilización es un factor causal de la disgregación de la antigua comunidad doméstica. Si el ensayo citado está referido a un período histórico relativamente breve (en comparación, por supuesto, con las teorías antes resumidas, que pugnan por una periodización de la totalidad histórica) ya que se refiere a los albores del mercantilismo europeo, por tanto del período de transición del feudalismo al capitalismo, es posible observar también en él la idea implícita del desarrollo tendencial restrictivo de la institución de la familia, partiendo de la familia extensa hacia la familia nuclear.

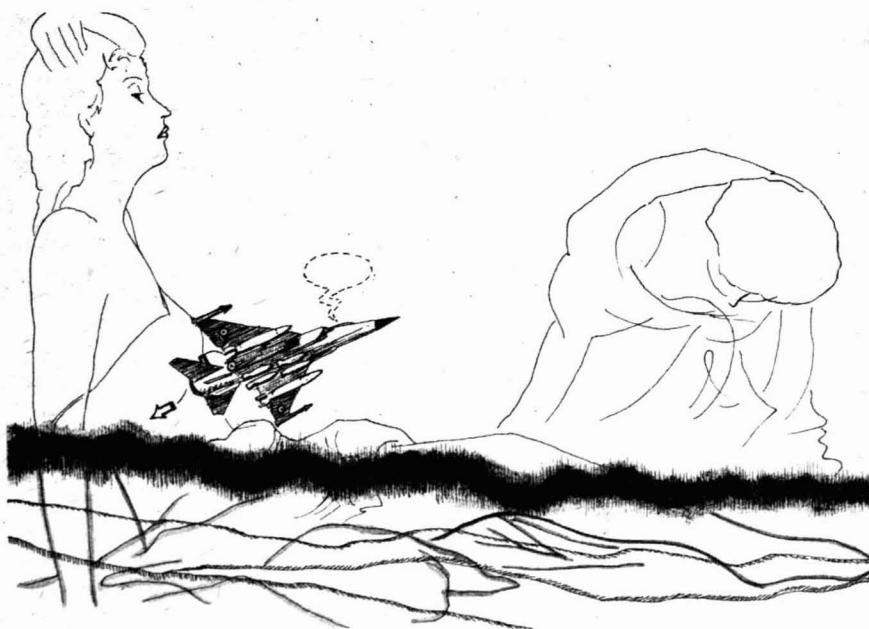
El desarrollo de la civilización, dice este autor, repercute en la comunidad doméstica en forma de dos tendencias, una interna y otra externa, que condicionan la progresiva restricción del poder doméstico. Internamente a la comunidad doméstica, opera una tendencia hacia el “despliegue y diferenciación de las capacidades y de las necesidades” individuales; la cual tendencia está en estrecha relación con el crecimiento de los medios económicos. En esta situación los valores de la vieja comunidad conforman un obstáculo que el individuo pugna por superar impelido por el deseo de gozar del fruto de sus capacidades personales. La otra tendencia (externa), está impuesta a la comunidad doméstica por “formaciones sociales concurrentes”; es

decir, por el desarrollo de estructuras socioeconómicas que favorecen la libre competencia y que se van haciendo hostiles a los intereses de la célula familiar extensa. Bajo estas presiones, el individuo va perdiendo el viejo respaldo de la casa familiar a la vez que comienza a obtenerlo de los grupos institucionales del poder político. La casa y la profesión sepáranse también localmente: la casa no es más la sede de la producción en común, sino sólo un lugar de consumo común.

Esta orientación —manifiesta unas veces, latente otras— de los estudios sobre la familia, comienza a diferenciarse en dos campos, bajo la influencia del desarrollo intelectual, primero, de tres grandes historiadores europeos: Braudel, Pirenne y Bloch.¹⁶ Sus obras arrojan una serie de datos sobre el medioevo, que pone de manifiesto cómo la familia *en aquel período*, lejos de guardar una tendencia histórica unilineal en su evolución hacia una última etapa constituida por el modelo conyugal o nuclear, se comporta de maneras diversas, modelada y remodelada constantemente por particulares circunstancias históricas, económicas, jurídicas, religiosas, etc. En segundo lugar, el desarrollo de la moderna antropología estructuralista, (sobre todo la obra de Claude Levy-Strauss) también estimula una nueva apreciación de la institución y su transformación, en un sentido multilineal.

En la parte de la obra de Bloch referida a la dilatada etapa histórica del feudalismo, la institución de la familia viene descrita y presentada en medio de tales contradicciones, que resulta imposible relacionarla con una línea de interpretación evolutiva-reductiva. Al contrario, puede observarse cómo, en una misma sociedad, coexisten modelos y tendencias de diversa naturaleza; cómo, —a escala europea— en unos países subsisten fuerzas que estimulan la conservación de tradiciones y valores correspondientes a modelos familiares de tipo extenso, mientras que al mismo tiempo en otros países (por influencias culturales derivadas por ejemplo de conquistas militares), se perfilaban fuertes tendencias de atomización de la familia y de garantía tanto de la acción como de los bienes *individuales*. Asimismo es notable observar en la obra de Bloch, cómo estas tendencias (unas veces regresivas, otras contradictorias o antinómicas) orientadas en formas diferentes tanto en el tiempo como en el espacio, tienen también una causalidad diversa, bastante más compleja de lo que pueda suponerse. Algunas de sus observaciones dan idea de esta complejidad:

“En los siglos VIII y IX, unas veces el testamento romano, otras los sistemas derivados de la usanza germánica, permitían al hombre regular por sí mismo, con cierta libertad, la transferencia de sus bienes. A partir del siglo XI —salvo en Italia y España, excepcionalmente fieles a las lecciones de los viejos derechos escritos— esta facultad sufrió un verdadero cambio. Las decisiones testamentarias,





aunque sólo destinadas a ejercer efectos póstumos, ahora aparecían en forma de donaciones sujetas por naturaleza a la aprobación de la parentela.”¹⁷

Bloch pone de relieve que la evolución de la institución familiar presenta viscosidades excesivamente complejas y contradictorias, por lo menos en el período feudal que él estudia. A partir de esas aportaciones, autores modernos (Michel, Manoukian) han reinterpretado la evolución de la familia en términos muy diferentes a la tendencia teórica que ve una restricción continua hacia la familia nuclear. Sin embargo, el que Bloch haya puesto de relieve tendencias contradictorias y regresivas en el período feudal, no niega que, a largo plazo, siga teniendo vigencia la teoría de la tendencia restrictiva. Leyendo con atención los trabajos de Bloch, puede verse cómo hay en ellos una implícita aceptación de esta tendencia:

Los siglos que más tarde evidenciaron la progresiva ruina o metamorfosis de la estructura auténticamente feudal, conocieron también, con la desintegración de las grandes parentelas, los preámbulos de una lenta declinación de la solidaridad familiar.¹⁸

En resumen, si es cierto que al interior de tal o cual modo de producción la tendencia de reducción progresiva de la institución no se verifica, ello no niega que desde los inicios de la historia humana hasta nuestros días, (o, lo que es lo mismo, de un modo de producción a otro, tomando como extremos, obviamente, al comunismo primitivo y al capitalismo moderno) siga siendo vigente tal tenden-

cia. Tal vez el error de interpretación que algunos autores han hecho de los estudios sobre el medioevo, estriba en una injusta apreciación de afirmaciones como esta:

Debemos, por otra parte, guardarnos de imaginar una *regular emancipación* (subrayado LB) del individuo desde lejanos tiempos tribales. Parece probable que, en la época de los reinos bárbaros, al menos en el continente, las ventas (de bienes personales) fueron menos dependientes de la buena voluntad de los parientes, de cuanto lo fueron en la primera edad feudal.¹⁹

Pero en este pasaje, el autor se limita a observar que “la emancipación del individuo” desde tiempos tribales hasta la “primera edad feudal” *no fue regular*; sería un error deducir de ello que *no hubo emancipación*. Si en la primera edad feudal “le vendite” eran mayormente controladas a nivel familiar, ello no aclara precisamente que entre los bárbaros o en los “lejanos tiempos tribales”, la cohesión familiar por ejemplo, haya sido menor — como podría entenderse —, sino más bien se puede suponer (ya que en la primera edad feudal hay relaciones comerciales europeas mediante monedas provenientes de la España musulmana²⁰) que ese individuo mayormente mediatizado por la familia, lo era en tanto se situaba entre las márgenes de un fenómeno nuevo: la transacción mediante dinero. Y todavía más: que esa mediatización no correspondiera al prototipo del miembro familiar de la plebe, grupo social mayoritario.

Para Pirenne la familia de la época feudal está caracterizada, en términos generales, por el patriarcalismo. El poder ilimitado del *senior* “protege” a la vasta población (de denominación latina, *familia*) que queda comprendida dentro del feudo.²¹

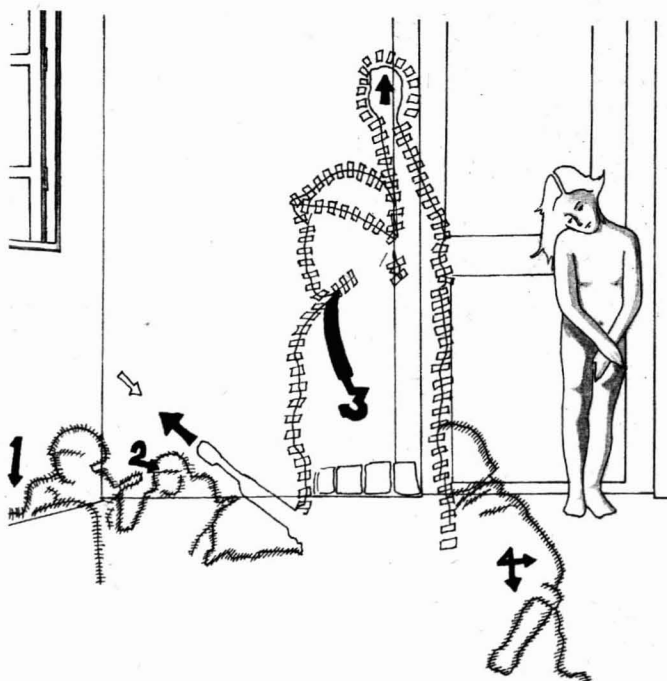
La teoría de Claude Levy-Strauss sobre la familia encuentra por una parte un antecedente fundamental en Durkheim y Mauss; la familia, lejos de ser una organización de causalidad fisiológica o psicológica, es una organización *social* que el hombre ha hecho de sus propios instintos. Levy-Strauss estudia el modelo familiar de la sociedad primitiva calificándolo como una estructura elemental o primaria de parentesco, la cual no obstante contiene los elementos básicos que distinguen también a la familia de nuestros días. Por ejemplo, en lo que se refiere a la prohibición del incesto (fenómeno que en la sociedad primitiva constituye el primer acto de una verdadera organización de tipo social en base al cual la naturaleza se supera a sí misma)²² encuentra que no constituye una tendencia instintiva connatural al hombre primitivo, sino que su aparición supone una *regla de reciprocidad* mediante la cual se regulan las primeras — necesarias — relaciones humanas de intercambio. Con la prohibición del incesto, el hombre encuentra la primera regla de acercamiento al otro hombre. Un grupo se acerca a otro por intercambio matrimo-



nial, facilitando así otras formas de cambio y acallando también con ello la violencia y la hostilidad originarias. Por eso la prohibición del incesto es inseparable de la exogamia, que es la "expresión social alargada" de aquella prohibición.²³ Y ambos fenómenos (prohibición del incesto y exogamia) son casos particulares de la originaria regla social de reciprocidad.

Con la prohibición del incesto en la sociedad primitiva, el hombre libera a una hija o hermana predisponiéndola potencialmente en forma de esposa para el hombre perteneciente a otro grupo; el cual a su vez —recíprocamente— libera a otra mujer que pueda ser esposa del primero. "A partir del momento en que yo me abstengo del uso de una mujer —explica Levy-Strauss—, y que de esta forma resulta disponible para otro hombre, hay en alguna parte un hombre que renuncia a una mujer que por esto resulta disponible para mí."²⁴

La prohibición del incesto aparece cuando el hombre primitivo reconoce cuatro grupos de personas y tres tipos de relaciones familiares. La distinción de tres tipos diferentes de relaciones familiares a su vez pone de manifiesto una "estructura de parentesco" y esos tres tipos de relaciones son: 1) relaciones de consanguinidad, 2) relaciones de alianza, 3) relaciones de parentesco por adquisición. Los cuatro grupos de personas distintas son el marido, la esposa, el hijo y el hermano de la madre. Este último es la condición misma del sistema de parentesco: a él deberá restituirse tarde o temprano una mujer hija o hermana de su propio cuñado. Bajo esta forma de reciprocidad opera pues la prohibición del incesto.



Las críticas que según Michel se han hecho de la obra de Levy-Strauss y que parecieron ser las de mayor peso, tienden por parte a destacar cierta influencia etnocentrista recibida de la realidad jurídico-estructural francesa e integrada en la obra de este autor, y por otra a subrayar una suerte de determinismo económico pretendidamente implícito en la misma. Así, J. Goody²⁵ subraya que en la obra de Levy-Strauss, la mujer, considerada el "don supremo", es también una mercancía más de intercambio entre los hombres; que de acuerdo a la regla de reciprocidad, la prohibición del incesto y la exogamia levystraussianas, son nada más los hombres de un grupo quienes cambian mujeres con los hombres de otro grupo, en medio del cambio general de objetos entre los cuales son incluidas aquellas, aunque sí como el "don supremo". Siendo que en la realidad tribal o clánica, la mujer participa también de diversas maneras en la decisión de cambiar a otras mujeres. Y que en relación a la sociedad moderna, la prohibición del incesto bien podría explicarse como si una mujer se privara de un hombre (padre, hermano o hijo) esperando que la misma prohibición en otra familia, tarde o temprano se lo restituyese. Lo cual repetiría la regla en términos opuestos.

J. Guiart²⁶ por su parte agrega que en definitiva el intercambio matrimonial no ocurre solamente como cambio de dones que hacen los hombres, sino como intercambio de grupos. Y que este tipo de intercambios, así como otros fenómenos (prohibición del incesto, exogamia, potlatch, matrimonio, regalos de Navidad en la sociedad moderna) constituyen relaciones *sociales* y no *económicas*.

Germaine Tillion²⁷ quien ha calificado la estructura de parentesco levystraussiana como una estructura primaria a base exogámica, encuentra además una sucesiva estructura *secundaria* a base endogámica y por último una estructura *moderna*. A diferencia de los autores anteriores, Tillion encuentra causas demográficas, económicas, culturales, inextricablemente enlazadas, a fenómenos como la prohibición del incesto y la exogamia. Por razones de conservación de los terrenos de caza y recolección, el hombre primitivo de la etapa paleolítica se ve obligado a entablar relaciones de intercambio con otros grupos mediante el matrimonio regulado tanto con la prohibición del incesto como con la exogamia. Dichas relaciones consiguen la alianza intergrupal y por tanto el respeto a los terrenos de caza de cada cual. La primera revolución del hombre, ubicada en el paleolítico superior, comportó este tipo de sociedad a estructura de parentesco primario o exógamo, la cual se diferencia de un segundo tipo de sociedad a estructura de parentesco secundaria o endogámica, que a su vez fue resultado de la segunda revolución del hombre, acaecida durante el neolítico. Así el autor distingue dos fundamentales tipos de sociedad, una salvaje, cazadora, prehistórica y exogámica, que está cons-



tituida por poblaciones dispersas, a baja densidad, y que hoy se encuentra en vía de desaparición, y otra histórica y endogámica, desarrollada básicamente en torno al Mediterráneo. El análisis de G. Tillion, multilineal y dialéctico, difiere tanto del estructuralismo cuanto del evolucionismo unilineal; en él los modelos tipificados, de orden histórico (las revoluciones culturales del paleolítico y neolítico), y de tipo estructural (la sociedad exogámica y la endogámica), o de tipo institucional (tres sistemas diversos de parentesco: primario, secundario y moderno) se yuxtaponen unas veces, otras se excluyen, otras se complementan, dando origen a un análisis que muestra bastante la complejidad de la evolución y características de la familia. Los tres tipos de estructura de parentesco localizados por este autor, han estado asimismo profusamente enlazados a lo largo del tiempo, de tal manera que muchas veces se pueden ver remanentes de vario orden en una de estas estructuras y que corresponden a las anteriores; así por ejemplo, la estructura moderna de parentesco operante en países como Francia, Italia, España o Portugal (países en donde arraigó fuertemente la estructura secundaria o endogámica) contiene residuos unas veces de tipo religioso, otras de tipo jurídico o económico, que explican porqué en estos países la reacción contra el aborto y otras formas de contracepción son mucho más conservadoras que otros países de Europa. En estos países, cuando imperaba la estructura secundaria de parentesco, las reglas de endogamia favorecían obsesivamente las tendencias demográficas de total prolijidad, al hábito de la virginidad, la co-

sificación de la mujer, a fin de obtener brazos de trabajo cada vez en aumento y de gran utilidad para las labores agrícolas, fuente fundamental de subsistencia.

Para Parsons la familia no es ya una institución aislada sino un *subsistema* en estrecha relación y en coherencia con otros subsistemas y con el sistema social en su conjunto; constituye un factor de matrimonio y reequilibrio de este último, ya que la familia es al mismo tiempo, la célula de transmisión de los Valores culturales del sistema total mediante la educación de los niños durante —sobre todo— la primera infancia (función de la familia). Sus características (de la familia moderna norteamericana, modelo que Parsons estudia concretamente): ser nuclear o conyugal, relativamente aislada de la gran parentela, con residencia neolocal, basada sobre un sistema bilateral de parentesco y fundada en el matrimonio; valores orientados hacia la racionalidad y con una diferenciación patente de sus roles sexuales y generacionales.²⁸

El año pasado apareció en Italia un ensayo teórico sobre la familia y las relaciones de afecto hombre-mujer en la sociedad contemporánea.²⁹ Este ensayo se inserta dentro de la línea de análisis teórica que ve en la historia de la familia un largo proceso de reducción que va del grupo original primitivo, construyendo el cerco familiar, hasta la moderna institución de nuestros días, atomizada, nuclear y acuñada en los valores económicos y también subjetivos, del individualismo capitalista. El principal mérito de este estudio es proponer una nueva categorización de las herramientas de análisis del fenómeno humano familiar, así como de ofrecer una visión global de la función de la misma y de sus principales tendencias. Para este autor la unidad del problema de la familia obliga a un análisis dialéctico de los afectos y a otro análisis dialéctico de las instituciones familiares, que a su vez se complementen bajo una sola visión; ya que por lo común estos dos fenómenos se estudiaban separadamente: era sólo objeto de estudio de psicoanalistas el primero, mientras que la sociología o la jurisprudencia se reservaba el campo del segundo. Al final del análisis, propone el uso de dos categorías distintivas del fenómeno familiar moderno: el término familia conyugal o nuclear o monogámico-jurídico para connotar la institución, y el término *eros* para designar la relación de amor hombre-mujer. La distinción según él, es de extrema importancia, así como la correlación dialéctica de ambas partes, ya que, a fines de estudiar la familia moderna diferenciándola de otra de sus formas históricas, no basta el análisis de aspectos tales como relaciones sexuales, de filiación, de tutela y educación, que a fin de cuentas siempre han coexistido en todas las formas familiares. Mientras que con la distinción categorial del *eros* (ya que en él —basándose en Engels— distingue también un *eros* antiguo y un *eros* moderno) se puede observar la causa y la



tendencia de la institución moderna. A este respecto concluye —y he aquí en que modo su obra forma parte del materialismo histórico— que:

“La organización doméstica está más bien ligada a la estructura general de la economía social, que constituye, por así decirlo, el residuo histórico de la disolución progresiva del grupo primario en el cuadro de una sociedad que va tendencialmente hacia el atomismo individualista”.³⁰

Para Cerroni (así como para otros teóricos del marxismo,³¹ la transformación social de la economía “debería proceder hacia la consunción definitiva de los resabios de la economía de grupo en cuanto economía doméstica”.³¹ Por tanto, en medio de este proceso de consumo de formas precapitalistas por las formas estructurales-superestructurales del sistema capitalista, deberían desaparecer también por ejemplo la forma extensa de la familia, en aras de la instauración —hegemónica y expansiva— de la forma nuclear, atomizada, de la familia.

“La sociedad contemporánea —dice—, lacerada por la división de clases, no alcanza a satisfacer la necesidad de la gestión social que tienen las instituciones relacionadas con la vida individual privada y debe fiar esa función a una restringida, estrecha y artesanal organización doméstica (o a la especulación de la empresa comercial e industrial) a quien es confiada la transmisión de los patrimonios y del status jurídico personal”.³³ De tal modo que hoy la propia emancipación de los afectos, o lo que es lo mismo, la liberación del eros, sobre todo a nivel de

transformación de la afectividad alienada y no sólo a nivel sensorial-abstracto (tendencia que parece dominar en obras como las de Marcuse o de Reich),³⁴ es para Cerroni, emancipación social; más aún: ésta deviene *condición* de aquella.

La novedosa concepción de Meillassoux acerca de la familia también puede ser integrada dentro de la teoría general que observa una reducción histórica de la institución familiar. Coincidiría en este sentido con Cerroni. Pero difiere diametralmente de él cuando explica los mecanismos internos que expresan esa contracción. Cerroni —como Weber— no ve en la familia moderna un lugar de producción común, como sucedía en el seno de la antigua comunidad, sino un lugar de consumo común. Meillassoux plantea lo contrario. La familia nuclear es una de las contradicciones internas del sistema capitalista, y, al mismo tiempo, es uno de sus pilares de sostén. Así, la familia es también una fuente de producción de carácter capitalista: la mujer produce una mercancía no-remunerada y que ingresa al mercado libre por efecto de una consigna jurídica: “la mayoría de edad”. Esa mercancía es la fuerza de trabajo que encarnan sus hijos. Meillassoux siembra además una duda que sacude el edificio teórico de la antropología clásica y del estructuralismo moderno, al revisar críticamente la prohibición del incesto y exogamia, que habían sido aceptados como leyes científicas.

Tal vez la parte más audaz de su aportación sea la consideración contradictoria del carácter “productivo” de la célula familiar moderna. A pesar del reduccionismo economicista al que somete a la institución para explicar la “génesis” de la fuerza de trabajo como mercancía, su análisis es original. Pero, si es válido considerar a la familia como matriz genética de la fuerza de trabajo, en su dimensión de mercancía, debería también ser considerada, para que el análisis tuviera congruencia dialéctica, como una mercancía *dividida* —como está en la realidad— y caracterizada por clases sociales. No es muy frecuente por ejemplo, que la fuerza de trabajo que se gesta en la célula familiar proletaria juegue el mismo rol productivo que aquella de los estratos medios de la población.³⁵

Para finalizar, queremos subrayar lo siguiente: el moderno punto de vista teórico sobre la familia, compartido por Michel, Manoukian y otros,³⁶ que se pronuncian en favor de considerar el punto de vista reduccionista-evolucionista de la institución familiar (punto de vista sostenido por los clásicos aquí citados: Morgan, Engels, Durkheim, pero también por autores modernos como Cerroni), como una tendencia interpretativa evolucionista-unilineal, contiene aspectos muy positivos y advertencias sobre la sociología de la familia que son de utilidad. Pero al mismo tiempo introduce dudas sugiriendo alternativas de tipo evolucionista-multilineal cuya razón de ser no aclaran satisfactoriamente. Los esfuerzos de construcción de un nue-





vo punto de vista (multilineal) sobre la familia, nace a raíz de aportaciones surgidas en dos ramas del conocimiento distintas: la arqueología y la historia económica. Con las aportaciones hechas por V. Gordon Childe en el campo de la arqueología,³⁷ aparecen algunos elementos que permiten cuestionar si en el pasado remoto del ser humano la familia estaba constituida solamente por una comunidad promiscua (o, en todo caso, *extensa*) y si a partir de esta situación se desarrolló una contracción del cerco familiar que terminaría por configurar la familia nuclear de nuestros días. Childe efectivamente encuentra evidencias arqueológicas que ponen de manifiesto que en ciertas costumbres funerarias del paleolítico superior, el ser humano podía asociarse en "pareja". Descubre tumbas en donde hombre y mujer aparecen juntos. Pero esto lo único que probaría es que en tempranas épocas *también* existiera la posibilidad de la pareja; de ninguna manera que la familia nuclear fuera la norma. Nada puede decir esta incipiente evidencia, acerca de si esta "pareja" fue una costumbre reservada a unos hombres mientras que el resto se asociaba de diferente forma, en base al clan promiscuo. Siendo así, y como la institución de la familia en la sociedad industrial moderna resultara una célula nuclear (sin que en ella coexista la familia extensa), el hallazgo childeano no elimina la idea de la evolución de la familia como un proceso de restricción cada vez más agudo.

Por otra parte, la aportación de la historia económica (las obras de Bloch, Pirenne y en cierta forma también M. Dobb)³⁸ como vimos, en la cual Manoukian, Michel y Moscovici fundan su alternativa paradigmática, está referida al medioevo y principios de la etapa mercantilista; constituyen estudios concretos sobre uno y otro modo de producción y por lo tanto los tres autores se cuidan especialmente de hacer generalizaciones que vayan más allá de las fronteras de las etapas estudiadas. A diferencia de esto, la tendencia restricciónista pretende fundarse en el análisis de la totalidad histórica. Esto quiere decir que si en diversas etapas y lugares del medioevo, las formas de gestión grupal, o individual que toma la familia, coexisten o se suceden indiferentemente (como vimos que aparece en la obra de Bloch principalmente), ello no elimina la idea de una comunidad promiscua en los albores de la historia, contrapuesta a la familia conyugal de nuestros días. A lo sumo, pone de manifiesto la extraordinaria complejidad de las formas institucionales familiares en el medioevo, pero no pretende como los "restricciónistas" (cuyas aportaciones acerca de la familia son por demás válidas e inapreciables) instrumentar una visión de conjunto, filosófica, que dé pie a una metodología científica de la totalidad histórica.

Notas

¹ Véase una descripción detallada de esta idea en H. Lefebvre. *Le Marxisme*, París, 1959.

² Sobre todo en sus trabajos *Tótem y Tabú: El Porvenir de una Ilusión*, Losada, México, 1971; *Il Disagio della Civiltà*, Borghieri, Torino, 1976.

³ Boas, *Cuadernos de antropología*, Nueva York, 1941; Murdock, *Nuestros contemporáneos primitivos*, FCE, México, 1959.

⁴ *Sociologia della Famiglia*, Il Mulino, Bologna, 1973.

⁵ *Famiglia e Matrimonio nel Capitalismo Europeo*, Il Mulino, 1974.

⁶ *Il Rapporto Uomo-Donna nella Civiltà Borghese*, Editori Riuniti, Roma, 1976.

⁷ Véase una amplia consideración sobre esta distinción en L. Althusser y E. Balibar, *La Revolution Théorique du Marx*, París, 1969.

⁸ Homero, *Odissea* Mondadori, 1975. Véase también *La Epopeya de Gilgamesh*, ENAH, México, 1963; *La Biblia*, Génesis, XIX, 35 y 36.

⁹ *El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado*, Editorial Progreso, Moscú, varias ediciones.

¹⁰ Morgan reconocía tres estadios sucesivos del desarrollo histórico, que coinciden respectivamente con las etapas nomádicas de recolección de alimentos, con la utilización de un complejo de tecnología lítica y con la edad del hierro: salvajismo, barbarie y civilización.

¹¹ Engels, op. cit. pp. 84-86.

¹² Véanse sus definiciones del *hecho social* en su trabajo *Las Reglas del Método Sociológico*, Editorial Shapiro, Buenos Aires, 1969.

¹³ Apud, Michel, op. cit. p. 40.

¹⁴ *Manuale di Etnografia*, Milano, 1969 p. 150.

¹⁵ "La disoluzione della Comunità domestica" en *Famiglia e matrimonio nel Capitalismo Europeo*, op. cit. pp. 137-143.

¹⁶ F. Braudel, *Civiltà e imperi del Mediterraneo nell'età di Filippo II*, Einaudi, Torino, 1950; H. Pirenne, *Storia d'Europa dalle invasioni al XVI Secolo*, Sansoni, Firenze, 1973; M. Bloch, *La Società Feudale*, Einaudi, Torino, 1974.

¹⁷ M. Bloch, "I Vincoli del Sangue" in *Famiglia e Matrimonio...* op. cit. p. 77.

¹⁸ Bloch, op. cit. p. 77.

¹⁹ Op. cit., p. 76.

²⁰ Bloch, *La società feudale*, Einaudi, Torino, 1959, pp. 118-119.

²¹ Pirenne, *Storia economica e sociale del medioevo*, Garzanti, 1967, pp. 77-78.

²² Claude Lévy-Strauss, *Le strutture elementari della parentela*, Milano, 1969; Apud, Michel, p. 48.

²³ Ibidem, p. 49.

²⁴ Op. cit., p. 50.

²⁵ *Marriage, Prestation, Inheritance and Descent in Pre-industrial Societies*, Apud, Michel, p. 62.

²⁶ Apud, Michel, p. 63.

²⁷ Idem., pp. 63-72.

²⁸ Apud, Michel, pp. 72-116.

²⁹ U. Cerroni, *Il rapporto uomo-donna nella civiltà borghese*, Editori Riuniti, Roma, 1976.

³⁰ Cerroni, op. cit., p. 14.

³¹ Véase por ejemplo Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital*, Editorial Grijalbo, México, 1967.

³² Cerroni, op. cit., p. 14.

³³ Ibidem, p. 15.

³⁴ Marcuse, *Eros y Civilización*, Siglo XXI Edits. México, 1968; W. Reich, *La función del orgasmo*. Editorial Losada, México, 1971; *Psicoanálisis y Marxismo*, Siglo XXI Editores. México, 1973.

³⁵ C. Meillassoux, *Mujeres, graneros y capitales*, Siglo XXI Editores, México, 1977.

³⁶ Véase también a este respecto el trabajo de S. Moscovici, "Proibizione dell'incesto e divisione del lavoro", incluido en la antología de Manoukian aquí citada, p. 369.

³⁷ Childe. *La preistoria della società europea*, Sansoni 1966; *¿Qué sucedió en la Historia?*, UNAM, Cuadernos Científicos, México, 1964.

³⁸ Dobb. *Problemi di storia del capitalismo*, (capítulo sul declino del feudalismo, p. 67-118) Editori Riuniti, Roma, 1974.

ARIEL
DORFMAN

EDIPO ENTRE LOS ÁRBOLES

La realidad suele ser más cruel y minuciosa que los diccionarios.

Si se consulta a un diccionario cualquiera para ilustrar el sentido de la palabra “desaparecer”, encontraremos casi siempre que los ejemplos se concretizan en objetos: desaparecen los guantes de la marquezita, desaparece el sol por el horizonte, desapareció repentinamente el fantasma.

En la realidad, en cambio, y especialmente en aquella dura geografía que se llama realidad latinoamericana del cono sur, lo que desaparecen son —increíblemente— las personas, los seres humanos.

Miles y miles de hombres y mujeres y hasta algunos niños. Ni guantes, ni fantasmas. Personas. Y no es que algún hombre se haya entusiasmado con una lejana y escurridiza hembra, abandonando la familia propia. Ni incluye aquella cifra a marineros que se hayan hundido con sus naves, y cuyo retorno se espera inútilmente en las noches. Ni a andinistas perdidos entre las nieves ciegas de la cordillera. En absoluto. La policía secreta de Chile, de Argentina, de Uruguay, como ocurría hace poco en la Nicaragua de Somoza y hace mucho en la Cuba de Batista, se lleva a la gente y luego niega su apresamiento. Como si no hubiera bastado con las investigaciones irrefutables de comisiones internacionales de todo tipo, con las denuncias fundamen-

tadas de las Iglesias, con los testimonios de una numerosa parentela, en el último tiempo han ido descubriéndose en Chile una serie de cementerios secretos. Los gobernantes, por supuesto, siguen rechazando toda responsabilidad pasada o futura en esas masacres. La siguen rechazando pero simultáneamente amnistían a los asesinos e impiden los funerales.

Frente a esta situación, la pregunta es inevitable: ¿se puede hacer algo por los desaparecidos de estos países? Quiero decir, algo más que protestar, firmar peticiones, apoyar a los familiares en huelga de hambre, solidarizarse con las asociaciones de derechos humanos, mandar personalidades extranjeras para que exijan una investigación a fondo. ¿Podemos hacer algo más específico, nosotros, como escritores, podemos hacer algo —por darle un nombre— algo más *imaginativo*?

Quisiera dar dos ejemplos de posibles acciones frente a este escándalo que sufren tanto los reprimidos como los que contemplamos tales desmanes.

El primero proviene del campo de la literatura.

No es difícil hoy en América Latina, desafortunadamente no es difícil imaginar el argumento de la siguiente novela.

Una mujer ha sido secuestrada por militares. El país puede ser Chile, podría ser Argentina o Uruguay, elijan ustedes. Y si se sitúa en un pasado no tan remoto, podría ser cualquier otro país del continente. Ella tiene poco que ver con la resistencia. La tomaron, por diversión o por casualidad, porque su marido es un revolucionario, y a él no le han podido encontrar. Al momento de llevársela, ella estaba embarazada de cinco meses. No era su deseo tener un hijo, pensó que las actividades del marido no permitían garantizar una vida segura para la familia.

Tenía razón. Pero esa razón no impide que cuatro meses más tarde, las inapelables leyes de la biología fuerzan a su hijo, un varón, a nacer. Claro que se lo quitan de inmediato, de acuerdo con otras leyes igualmente inapelables, las de la guerra. Si quieren que esta historia sea más infamante, supongamos que ella no muere, aunque, si le va a ocurrir lo que anticipamos, la verdad es que sería preferible para ella no tener que sobrevivir, sería mejor que no la soltaran a las tantas semanas y que no tuviera que contar a su marido la mentira —que ella cree— de que el niño murió en la cárcel.

Porque el niño no murió en la cárcel. Como es habitual en estos casos y en estos tiempos, y basta leer los periódicos para darse cuenta de ello, el bebé fue entregado a una familia de militares para que lo adoptaran y criasen. Me duele pensar en esa mujer de capitán, estéril ella o, peor aún, fértil ella y estéril su marido tan macho y reluciente y poderoso, me duele especialmente pensar en ella, cantando al lado de la cuna del supuesto huérfano. No me pregunto, no se pregunten, si ella conoce la pro-



cedencia del chiquito que comienza a crecer. No me lo pregunto, porque no sé si ella desea averiguarlo, si acaso no preferiría callar para sí misma esa insula de su pasado, que el niño le pertenezca por completo. Podemos conjeturarlos, en todo caso, madre e hijo, podemos evocarlos junto a un fuego, mientras ella teje y levanta los ojos y él juega o estudia.

Estudia, por cierto, la carrera militar.

Igual que su padre adoptivo, juega a la guerra, juega y gana a la guerra. Hará una carrera brillante.

Años más tarde, se encontrará ese niño ya crecido, ya coronel, se encontrará, el destino lo requiere, en algún sótano, en alguna celda, en alguna casa semi-abandonada a las orillas de un río pedregoso que no sueña, con un hombre más viejo. Tiene que sacarle información a ese ser maduro de ojos insostenibles de halcón, tiene que demostrarse implacable y leal. En esa encrucijada de su camino, a ese hombre insolente y envalentonado le aplicará la tortura, a ese hombre lo habrá de matar con sus propias manos. Sin obtener ni un dato. La verdadera identidad de ese viejo queda oscurecida, como un rey magnífico que muere lejos de los manantiales del hogar. Sólo se registrará con el seudónimo que usaba como líder en la resistencia.

No es difícil de concebir que, dentro de poco, a

medida de que sube en ese servicio de inteligencia, pueda acceder —un golpe de estado o de timón mediante— a la jefatura suprema de la nación. Porque ha aprendido, en los anónimos interrogatorios y en la inestabilidad de pantano que los sigue y en las madrugadas sin luz, que hay un dilema de endemoniada respuesta, casi una adivinanza: ¿cómo salvar al ejército del desprestigio aparentemente insuperable que acarrea sus décadas de dominio? Y la solución es menos enrevesada de lo que parecía: hay que intentar un cambio de rumbo, una apertura política, una alianza diferente, un nacionalismo progresista, sin soltar, por supuesto, las riendas del poder.

En este clima, por ende, no sería estirar mucho la credulidad de los presentes solicitarles que acepten el hecho de que en los días previos al golpe, llega al despacho suyo una mujer —bella todavía, fascinante por motivos indecibles, pese a sus años— que busca datos sobre su marido probablemente muerto. Sería mucho que se aceptara que los dos terminan atraídos, propulsados, fundidos, que terminan casándose, sería mucho aceptar este cruce, pero esas cosas —y cosas más tajantes e insólitas— suelen suceder en este mundo. ¿Qué mejor gesto de redención pública, puede dar un soldado de la república sino esposando a la viuda de un mártir de la causa popular? ¿Y cuál no ha de ser la sagaz preponderancia de esa mujer mayor sobre las decisiones de un joven gobernante? Por cierto, ninguno de los dos jamás contará al otro, ni en los espejos más íntimos, lo que ella vivió en la prisión, los recuerdos que la agobian de un niño que le arrebataron, lo que él hacía en sótanos, en casas semi-abandonadas, en celdas, los ojos audaces y helados de un viejo que lo calaban desde la oscuridad y afuera un río de piedras que no quería sonar.

Pero no es necesario rastrear esta historia hasta esta última vuelta de la tuerca. Para qué forzar el argumento de esta novela hipotética que quizás nunca vamos a tener el coraje de escribir. A la madre la podemos dejar muerta en el momento de dar a luz, para qué ser más crueles, para qué imponerle el relampago de una revelación que no podrá eludir.

Retengamos más bien de este Edipo del cono sur el asesinato de su propio padre, el servicio a una causa opuesta a la de sus orígenes y banderas. Retengamos la división de la sociedad en bandos hasta tal punto antagónicos que posibilitan, casi requieren diríase, —aunque más no sea en la ficción malsana que entretejemos a nuestro pesar— tales aberraciones. Retengamos una esfinge en cada habitante que pregunta, y de esta, ¿cómo salimos?, y esta juventud, ¿cómo la conservamos a la vez que se transforma en madurez?, y ¿cómo salir del subdesarrollo sin los militares y cómo salir con ellas, con ellos y sin ellos, cómo salir? Y el laberinto de respuestas contradictorias que conducen a un monstruo. Retengamos la plaga que desciende so-

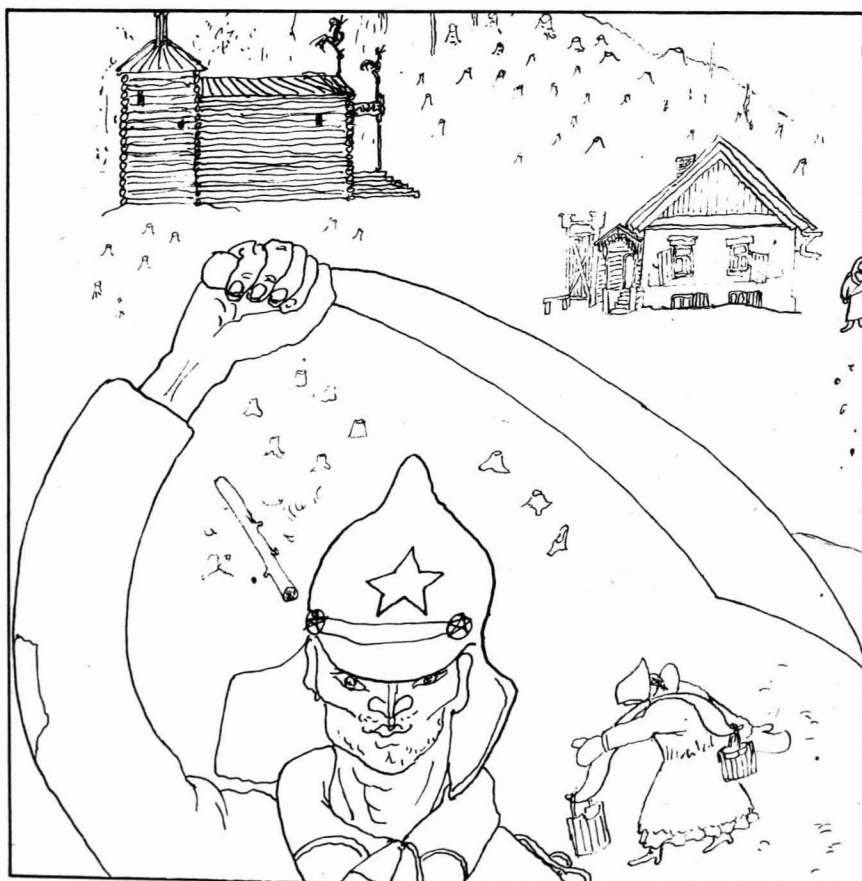


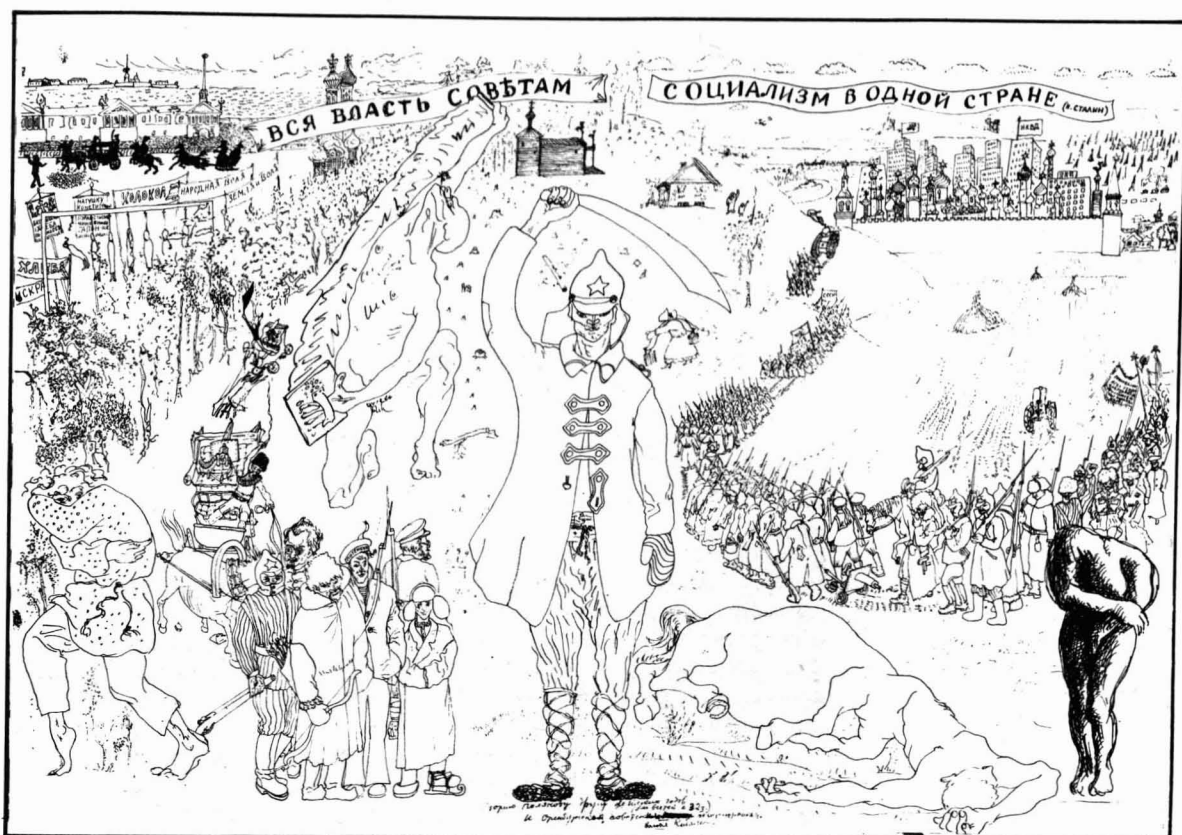
bre el país, sobre nuestro continente, y pónganle a la plaga el apellido que quieran, basta con salir a los cerros y a los intestinos de América Latina para acertar con la enfermedad pero no con los senderos de su solución, y luego un Tiresias que profetiza sin miedo al poder temporal que sólo cuando se encuentre y se castigue al asesino del viejo revolucionario, cuando el pasado haya sido asumido con plenitud, sólo en ese instante inestable de trapezio, podría haber paz y buenas cosechas que alcancen para todos. Y sólo algún Tiresias indómito podría saber cuántos sótanos, cuántas celdas, cuántas manos en el gatillo, en el salitre y entre el banano y más acá del café, cuántos gatillos en la mierda de los niños sin pan. Retengamos que en algún momento ese gobernante tendrá que investigarse a sí mismo, qué familia y tribu y raza, cuál semilla, hacia dónde la genealogía, es la suya, tendrá que preguntarse, quizás cuando sea demasiado tarde, dónde debían haber estado sus verdaderas lealtades, ese jefe supremo arrancándose los ojos para no seguir generando el mundo, para no mirar los hijos condenados a la esterilidad.

Retengamos, sobre todo, que algo muy tremendo ocurre en América Latina, ocurrió desde hace siglos, sigue ocurriendo, para que podamos construir una pesadilla como ésta, a partir de circunstancias tan inverosímiles y tan probables. Dos mil

quinientos años después de que los griegos temblaban en los anfiteatros de su península, y un viento remecía los ropajes de los actores desde las montañas, en nuestra América brotan tragedias diarias igualmente salvajes y líricas. Hace unos treinta años atrás, el gran novelista cubano Alejo Carpentier propuso que el término "real-maravilloso" le venía bien a la producción cultural de nuestro submundo, y las décadas que han pasado desde entonces le han dado la razón. Pero hoy, quizás, ha llegado el momento de converger hacia otra denominación, apenas irónica, del género que se recrea en nuestra América: lo "real espantoso". Retengamos, entonces, que para nosotros, hoy, aquí, los sacrificios, las venganzas, la violencia mitológica de los aborígenes de la cultura humana, pueden llegar a ser una parte cotidiana de una realidad indementible.

Si yo he podido bosquejar los hilos de tal fábula, si tales delirios se presentan para ser tartamudeados, si mis manos se atreven a transcribir estos horrores miles de años después de que otros oídos los tuvieron que conmiserar, no es por un mero ejercicio de la ingeniosidad o para alimentar benevolentes elucubraciones académicas sobre la relación entre nosotros y Sófocles. Tales inventos me poseen porque es así como sentimos hoy por hoy la pestilencia que nos aflige. Y porque creo que la literatura puede cumplir una función frente a estos excesos, a estas atmósferas de fractura, a este rompecabezas en que algún poder incontrolable nos quiere torcer. Escribir es una respuesta, una de las respuestas para acercarnos a la verdad y exorcizarla. No se trata tan sólo de reducirnos a denunciar este tipo de inhumanidad, aunque la denuncia de un escritor muchas veces logra atravesar umbrales donde otras voces suelen no llegar. No se trata tampoco de fundar nuestras ficciones o de pesquisar nuestros vocablos exclusivamente en los estímulos inmediatos que nos sofocan, aunque nadie negaría que la barbarie circundante, que malcrece al alcance abundante de la mano, puede ser una fuente fecunda. No quiero dar recetas sobre cómo el escritor debe responder a este desafío ni quiero transformarme en el parásito del infortunio ajeno. Lo único que no me parece justificable es que nuestra literatura contemporánea suponga que eso no esté sucediendo, que no lo tome en cuenta dentro de sus coordenadas. Hay fundamentos ocultos, interiores y sociales, emocionales e irracionales, históricos y externos, que consienten tal estado anormal, más anormal porque la conciencia del problema termina endureciéndose hasta ser costumbre, hábito, cliché. Hay que perturbar y explorar el lenguaje que acepta tanto al monstruo como la máscara con que los demás lo quisieran cubrir, como quien pone vendas a las grietas de un espejo. Remover y acaso dinamitar la tranquilidad de superficie en que los lectores se parapetan, y hacerlo sin alardes de propaganda, sin recaer en las sectas o los dog-





mas, asumiendo toda la compleja multitudinaria erosión de lo que nos pasa, he ahí uno de los caminos que la literatura latinoamericana puede tomar, frente a los desgarros que escinden a quienes deberían ser sus lectores, y que si no lo son, serán los padres y madres, los bisabuelos, de sus lectores futuros, es decir, tenemos que purificar el lenguaje para que las palabras tan trilladas y opacas, las palabras tortura, desaparición, el hombre se acercaba a la mujer con un instrumento de dentista en la mano y el hombre sonrió cuando ella cerró la boca, para que esas palabras y tantas otras puedan renacer con toda la lujuria y el eclipse de su dolor, limpiar los desfiladeros del corazón como otros limpian las calles para que podamos salir a respirar en las madrugadas, ensuciar la falsa limpieza del corazón como otros cargan de verduras y cáscaras los escaparates para que podamos almorzar en compañía de nuestros amados. Aceptar que ésto que ocurre nos está ocurriendo a nosotros, y preguntarnos —es algo que ninguna literatura puede rehuir— ¿qué responsabilidad tenemos nosotros en todo este silencio?, ¿cuáles son las condiciones de un fascismo interior sin el cual ninguna dictadura podría subsistir?

Porque la literatura tiene esa capacidad: entregar la espesa, densa transparencia en que nos asfixiamos, el tremedal de historia y relojes descompuestos y mapas que nos hacen soñar traiciones y amparar esperanzas. Y en estos procesos de auto-comprensión, tratando de rescatar una brisa aun-

que fuera de dignidad y rebeldía, podamos a menudo transmitir a públicos extranjeros lo que significa vibrar y ser vibrado por todo esto, encontrar los personajes, las metáforas, las ventanas, que los trasladen durante una fluctuación en la feroz resaca más allá de la indiferencia y la lejanía. Nuestra cultura tiene esa capacidad, y ojalá la sepa ejercitar. En el caso de los desaparecidos, en lo que a mí se refiere, por lo menos, no se trata de asomarnos a algo ajeno, a un drama que padecen otros. Es posible que, sin los ultrajes y oscuridades del exilio, sin los humillantes trámites en idiomas que desconozco, sin la derrota cotidiana de respirar de segunda mano y de leer el nacimiento de los sobrinos por carta y despedirse de los abuelos que se mueren por cable o por teléfono, sin la persistencia de ciertas campañas que nadie ha podido acallar, es más que probable que yo no hubiera perseguido el eco de los desaparecidos como lo he hecho en estos años, con obsesiva, ansiosa pasión, con la certidumbre de que ese modo en que ellos y sus familias tienen de morar encierra una clave de la condición humana en este siglo. Mal que bien, la manera en que los parientes, para poner un caso, rememoran y recrean aquellos seres tragados por la noche y por cuatro hombres en un auto sin patente, se asemeja a la lucha por el recuerdo que todo desterrado —y no somos pocos— debe iniciar desde el momento en que deja atrás la comarca natal. A todos por igual nos han robado el país, nos están robando las

esquinas y hasta el aire quieren vender, ese aire que Neruda juró no podía ser embotellado. En el trasfondo, entonces, de la desventura de este drama extremo, intuimos una dimensión significativa que trasciende los problemas de quienes, después de todo, y siempre según los voceros oficiales, no constituyen más que una ínfima proporción de los habitantes. Tal vez por eso, debido a que nuestro continente mismo me parece siempre al borde de la extinción, a punto de hundirse en el olvido, amenazado con sobrevivir con la distante palidez rencorosa de una de esas provincias asiáticas o africanas de Roma en tiempos de otro imperio, tal vez porque somos todos nosotros quienes desaparecemos cuando uno de nosotros es sometido a ese vejamen, tal vez debido a esto, se podrá entender que considero insuficiente la respuesta meramente literaria al asunto.

En el contexto del subdesarrollo, e incluso por fidelidad inmovible hacia las consecuencias que extraemos de nuestras propias visiones y aventuras del pensamiento, no es imaginable que un intelectual acepte quedarse recluido en la ascética influencia, por vasta que sea, de su obra. Este no es el lugar para discutir las relaciones, complejas si las hay, entre arte y política en países hambreados y analfabetos como los nuestros, donde el poder de la palabra está tan desigualmente repartido. He

querido dar un ejemplo, con la historia de un Edipo contemporáneo, de cómo podría ser factible influir en la conciencia política desde el arte, sin subordinarse a las exigencias inmediatistas de la propaganda. Ahora quisiera, entonces, probar que también es posible, aunque menos frecuente, hacer arte desde la política, es decir, actuar con la realidad como si se tratara de algo modelable por la imaginación y las emociones, que es posible intervenir en el trabajo político en torno a los desaparecidos utilizando toda nuestra poesía y toda nuestra convicción.

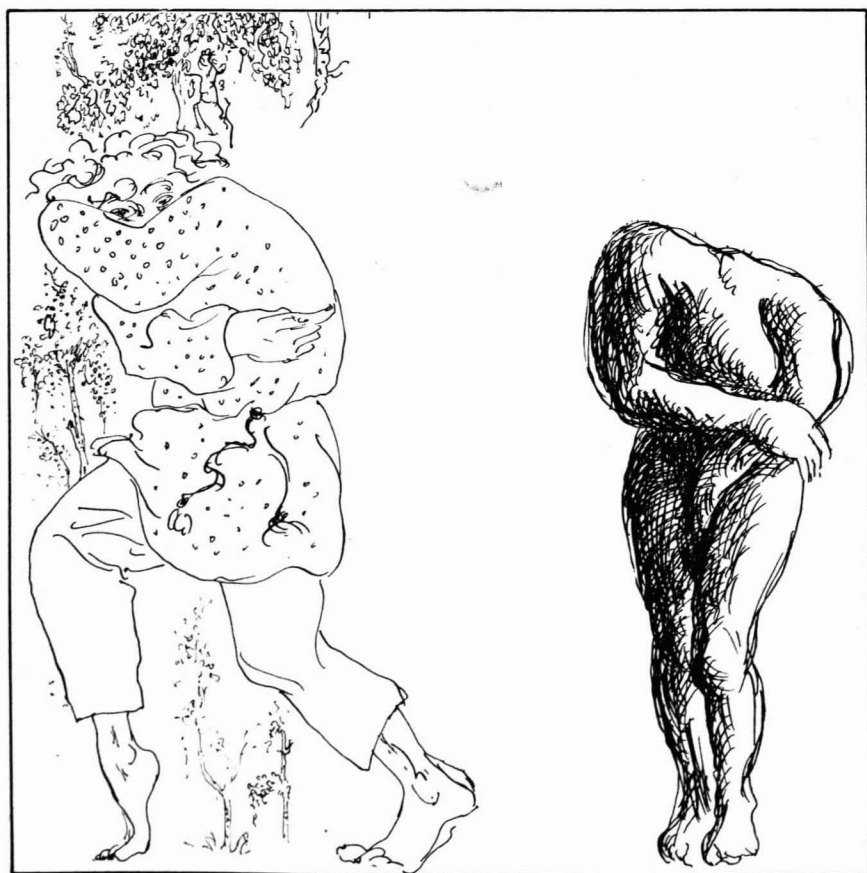
El año pasado, a principios de abril, visité Pittsburgh. Pensé que encontraría a la población presa del pánico, ensayándose escafandras de oxígeno y a punto de abandonar sus hogares de un momento a otro. Mal que mal, apenas 500 kilómetros nos separaban del traspie nuclear de *Three Mile Island*, y con el viento que caía —huracanado, para colmo— sobre la costa Este de Norteamérica, cualquiera pensaría que la contaminación radioactiva iba a transparentar y devorar ese aire —ya bastante oscurecido por el smog— dentro de poco.

Nada de ello. En breves y valientes incursiones, pude comprobar, fiel encuestador, que los pacíficos ciudadanos de esa parte de Pennsylvania estaban más interesados en la apertura del “baseball season” o de los Oscars que se otorgarían en unos días más. Si podían abstraerse de un trauma tan próximo, de un reactor atómico defectuoso, con la misma ligereza con que han enterrado la guerra de Vietnam, ¿qué posibilidades hay, me preguntaba, de que problemas aparentemente más lejanos, como los nuestros, logren infiltrarse hasta sus pulmones?

En una sola ocasión, sin embargo, me topé con una residente local que tocaba ese asunto, por lo menos, en serio.

Fue en un ascensor. La muchacha que subió exhibía uno de esos llamativos y redondos botones metálicos, donde antes las mujeres solían llevar una flor o una tímida trenza. Maniobrando, torciendo el pescuezo, era factible leer el mensaje en las letras psicodélicas: SOLAR EMPLOYEES, NUCLEAR DESTROYS. Como ella no podía sino registrar mi torpe curiosidad, me demandó con osadía si estaba de acuerdo. No era el momento para entrar a discutir las sutilezas del caso. El slogan, de execrable rima, era ambiguo: mientras trasuntaba ese indefinido asco utópico al progreso industrial que siempre me ha parecido sospechoso cuando proviene de sus inconscientes beneficiarios en los países occidentales, a la vez era clara y tajante su vocación pacifista, su amor a la vida. Así que moví un poco los hombros y apreté el botón del LOBBY y le dije que sí, que en general sí, yo estaba por el sol.

—¿Y qué ha hecho usted para que las cosas mejoren?— exigió ella, agarrando confianza. Los entusiastas del sol debían ser escasos en Pittsburgh.



Como no era el momento para contarle la historia de mi vida o el coraje de mi pueblo, le contesté lo primero que se me vino a la cabeza:

—Arboles— le dije a la rucia ecológica. Estamos plantando árboles.

Y en efecto, estamos plantando árboles.

Se trata de árboles por los desaparecidos en Chile.

En Amsterdam, en un parque de la ciudad, se prepara —bajo el cuidado del alcalde— un bosque en que cada mata llevará el hombre de alguno de los hombres y mujeres que se encuentran desaparecidos en Chile. Otros parques seguirán este ejemplo en diversas ciudades del mundo.

Porque desaparecer es algo más que perder la vida, la libertad, el trabajo. Es algo más decisivamente diabólico: a esas personas se les está robando también un derecho tan antiguo como el *homo y mulier sapiens*, y por el cual se martirizó Antígona, sí, en efecto, la hija de Edipo, hace tantos siglos en un drama griego que nos sigue emocionando hoy: el derecho a morir, el deber de la sepultura, la exigencia de reposar el cuerpo y ser a lo menos el recuerdo de un nombre en una piedra.

Es esa segunda muerte, esa muerte por olvido. Es como si nunca hubieran existido, como si jamás una madre hubiera tenido la paciente confianza de crecerlos sanos hacia este mundo, como si nadie los hubiera alimentado para que ellos, a su vez, ali-

mentaran a los demás. Es como si se les privara de tener historia.

Y lo que ocurre con los desaparecidos, simboliza —para muchos europeos y quizás para algunos norteamericanos— el trato que reciben actualmente los pueblos del Tercer Mundo, las naciones subdesarrolladas. Las multinacionales actúan con nosotros de un modo similar: que desaparezcamos del mapa de la civilización, que nuestra imagen rebelde o esperanzada o de miseria no ensucie ni inquiete sus autopistas y viviendas electrónicamente vigiladas. En el gran supermercado del futuro, sería como si nunca hubiéramos nacido, como si hubiéramos llegado tan tarde a la distribución de las palabras y las máquinas y los bienes, que ya no tendríamos derecho siquiera a una nota a pie de página en los libros de historia del mañana. Se nos quiere borrar como alternativa cultural, como mirar, como proyecto de mano que se agiganta: que seamos los proveedores de las materias primas o los proveedores de las playas o los proveedores del exotismo turístico.

Desaparecer es quedar sin raíces, es suponer que no tendríamos raíces desde las cuales crecer.

Por eso, estamos plantando árboles, instalando de nuestro lado la vida, ese inmenso aliado de la verdad y de la belleza y el porvenir.

Ese árbol se siembra en la tierra que se le niega al desaparecido. Ese árbol recibe el sol que se le niega. Y el aire. Y el cuidado. Y el abono.

El árbol dará hojas, fruta, sombra. Será plantado por manos holandesas, alemanas, búlgaras, mexicanas, canadienses, argelinas, germinará con flores extranjeras llevando el nombre de un chileno.

Me gusta pensar que aquellos árboles seguirán creciendo fuertes bajo esta brisa que conocimos, cuando los exiliados hayamos vuelto a Chile. Entregará semillas para otros árboles y vientos futuros que pasarán por las nuevas ramas y otros brotes y renovados gérmenes y de nuevo semillas en la primavera.

En estos años de muerte, después de una década de búsqueda y reveses, sé que hay nacimiento, lo sabemos. Que cada árbol y su resplandor prueban de que no habrá olvido. El bosque de árboles, el bosque de desaparecidos, el bosque del Tercer Mundo, está más vivo que quienes secuestran a esas personas en la noche supuestamente silenciosa y cómplice.

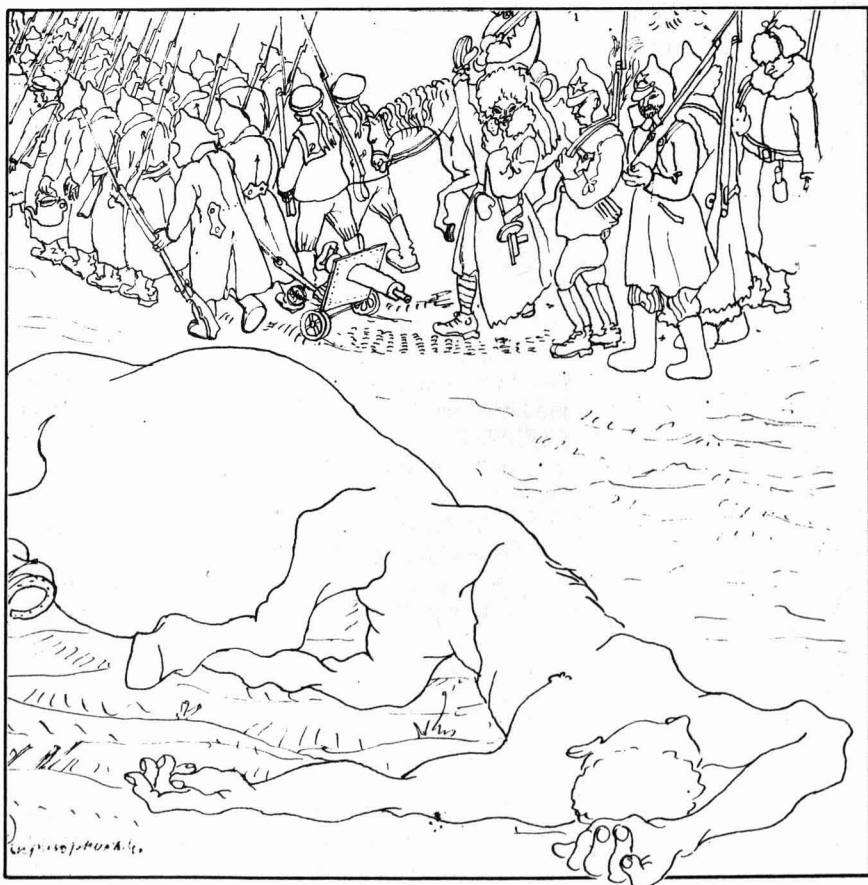
Arboles para combatir y derrotar contaminaciones que la muchacha ecológica quizás no podrá siquiera imaginar.

—¿Arboles?— me pregunta entusiasmada la muchacha de Pittsburgh, bajándose del ascensor.

—Sí— le digo.— Arboles.

Y no me queda tiempo para explicarle, a medida que se aleja por el *lobby*, que lo que hacemos es plantar un árbol por nosotros mismos.

Amsterdam, enero de 1980.



HERNÁN LAVÍN CERDA

LA MEMORIA Y EL EXILIO

Dentro del exilio, el destino de nuestra memoria es subvertir el orden del rompecabezas: no permitir que el infierno se perpetúe con la fuerza del mito en el presente. Tal vez la fragmentación nos protege de la locura. Reintegrar la figura es mortal; cuando el todo se reunifica aparece nuevamente el infierno. El pasado es el Todo, las ramificaciones del Pulpo: ese cuchillo ululante, ese ataúd aéreo que en el sueño nos persigue. Nunca el hilo umbilical fue tan frágil como ahora; ni siquiera el logos puede reunirnos con el útero perdido para siempre: condenados a un discurso perpetuamente interrumpido, tampoco podemos reconocernos en el agua del lago: no hay Narciso, no hay agua, no hay lago. Quizá haya un poco de humor que, a veces, tropieza y no logra trascender el lugar común.

¿Balucesos de un lenguaje (casi) esquizoide?

Sea lo que fuere, no hay más remedio que ese vavén de ballena en el acuario, este ritmo de bailarín sobre una cornisa de papel de China. En *Señas de identidad*, Juan Goytisolo (Alvaro) inicia la travesía de Ulises en busca de España; hay un deseo de recomposición del todo: la memoria funciona de un modo conjuntivo.

Algunas experiencias literarias de América Latina, por el contrario, se dirigen a profundizar el viaje homérico sin que exista ningún propósito de reconstruir el rompecabezas. Los cabos están y estarán sueltos; nadie pretende ir más allá del ritmo que ellos producen. El fragmento, el corpúsculo, la cifra cuántica es lo que permite que el chispazo (¿la otra cara del logos?) se produzca.

Recuerdo, precisamente, uno de los fragmentos de Gonzalo Rojas; siempre que lo leo, o lo escucho, siento que sólo el soplo, en su debilidad, es perdurable. El poeta escribe:

*Cuerpo que vas conmigo, piel
de mi piel, hueso de mi hueso, locura
de haber venido a esto, desde la madre
a la horca,
sólo el Absoluto
es más fuerte que el leopardo,
un zarpazo, un ritmo,
no hay
otra hermosura comparable:
ni la que besamos, ni
la que no alcanzamos a besar en la prisa
de la aguja terrestre,
ni la majestad
del cielo y sus abismos, ni esta noche
tan
tersamente fragante
para yacer desnudos como vinimos
entre el fulgor y el éxtasis:
como vinimos y nós vamos.*

Zarpazo, ritmo, soplo: puente entre la memoria y su sombra, más allá de lo cual no hay nada. En 1976, José Revueltas dijo en un diálogo con Gustavo Sáinz: "Yo creo que el hombre no tiene otro fin último que el de su propia desaparición. La historia de la humanidad no es sino la historia de tratar de sobrevivir a la humanidad misma. No es una línea ascendente sino que es una línea abrupta, con retrocesos, con avances y retrocesos, impredecible. El hombre no llega entonces a convertirse sino en su propia memoria. Su única realidad es la memoria, es decir, la historia—signo. Esta historia—signo no nos permite trazar parámetros hacia el porvenir, sino en una escala muy lenta. Por eso no le doy finalidad a ninguno de mis personajes, ni finalidad al ser humano como tal.

—¿Las novelas serían un poco la memoria de la humanidad?

—Tienen un gran papel como parte de la memoria de la humanidad, como la historia escrita y la historia que queda en las urbes, que queda en las ciudades que fueron una obra de arte y, por lo tanto, un proceso de la historia, y tienden precisamente a dejar de ser o ya no son esa obra de arte, sino que llegan a una comprensión del espacio tan absurda, que lo han convertido ya en valor absoluto, en un valor de cambio y no de uso."

Recuerdo a Revueltas en 1974; su cuerpo era ya muy débil y su espíritu se debatía entre dos fuerzas: la especie humana no tiene remedio y tal vez su único remedio —remedio ¿temporal?— sea la cruenta lucha por la libertad.

Década del 70: década del desarraigo en América Latina. Una escritura nómada continúa, a su modo, ciertas pautas (pérdida de centros, mestizaje, rotación de signos, fusión de géneros, planetarización de lo local, poeticidad del lenguaje) que tuvieron su primer impulso dentro del llamado "boom". "En un mundo dominado por la burocracia y la represión de todo signo —señala Julio Ortega—, esta escritura, que desde el desgarramiento de la derrota rehace el habla del sentido, se propone una empresa más radical: el nuevo discurso de una sensibilidad política crítica y de una imaginación recusadora de todo sistema represor. El desamparo, el malestar, la agonía, la zozobra, subrayan su trabajo; pero, al mismo tiempo, la plenitud de los sentidos, la lucidez, el habla popular festiva, el humor carnavalesco, se inscriben con su energía en ese lugar del drama. Así retornan las palabras elementales, el cuerpo como centro, el amor como reafirmación, la muerte como ámbito; y el texto como un primer espacio liberado por la comunicación genuina. De ese modo, este discurso busca restituir la dimensión plena de los hablantes en el diálogo. En la década que ahora empieza, las articulaciones de ese diálogo decidirán también el rol del texto y la lectura, la dimensión de su nuevo sentido." (ver *Sábado*, 94, 1 de septiembre, 1979)

Hernán Lavín Cerda (Santiago de Chile, 1939) es profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Dirige el taller de poesía del INBA. En 1977 reunió sus poemas en el volumen *Ciegamente los ojos* (Colección de poemas y ensayos, UNAM), y hace poco publicó un libro de prosas, *Metafísica de la fábula*, en Premiá Editores.

Vivir, desde el presente, la osadía o crueldad de aquella memoria, sumergidos en su cuerpo. Toda memoria es carnal: su insidia no tiene límites. Sin embargo, ella nos confiere su energía que puede cambiarlo todo. Con lucidez, Carlos Fuentes sostiene en uno de sus ensayos: "La memoria es una reserva invicta de la derrota." He reflexionado mucho sobre esta frase y hoy me pregunto: ¿invicta? ¿Hasta dónde? Como carne que ella es, creo que también se descompone y acaba pudriéndose. Nada, nadie es invicto en nuestro (?) mundo. Hasta la muerte es incapaz de soportar su estúpido (¿histriónico?) poder. Todo es escándalo. Igualmente lo es la engañosa pérdida del énfasis que se esconde en el olvido.

Memoria: olvido. Pareja profundamente enfática.

Ya en este camino, de súbito, nos topamos con la poesía y su deseo de entrelazar los opuestos. "El sentido que fragmenta. La ruptura es el precio de la experiencia. Pero también la condición de la poesía que se nutre de la pluralidad del sentido." Desde

este nivel, la poesía intenta reunificar la imagen o síntesis original. En tal punto habrá quienes deseen la fragmentación absoluta y la carencia de cualquier identidad; éstos se reconocen sólo en el dolor de la condición humana, en la restitución de la tragedia. Dolor como conflicto perpetuo entre fuerzas antagónicas que surgen desde el fondo de un mismo cuerpo. Acaso la única realidad sea el dolor, y la escritura, fatuo instinto de conservación, no pueda sino mantenerse bajo ese impulso de la realidad.

Nuevamente cito al autor de *Terra Nostra*: "... el hombre, como sus palabras, es el vehículo de una esperanza que, a sabiendas de su inevitable fracaso, se mantiene en el acto de manifestarse." Frente a la naturaleza absurda del dolor (quizá esta frase contenga la pretenciosa postura de la especie), no podríamos olvidar que toda derrota constituye la raíz de nuestro lenguaje. Su burla es dinámica; una convención que, por último, debiera burlarse de la propia burla. En tal circunstancia "los escritores de hoy sólo podemos serlo en una forma impura, paródica, mítica y documental a la vez, en la que



la ficción, al representarse, se convierte en la forma literaria más cercana a la verdad porque se libera de la pretensión de verdad y la más cercana a la realidad porque mina esa misma realidad con la burla ilusoria de un caballero que dice 'Créanme' y nadie le cree; 'No me crean' y todos le creen". (Ver *Sábado* 91, 11 de agosto, 1979. Ensayo de Carlos Fuentes: "Una literatura urgente").

Impureza, parodia, calambur. Pablo Neruda lo dijo hace más de cuarenta años cuando se refirió a la necesidad de cultivar una poesía llena de impurezas, cubierta de manchas, fuera de la ley. Para ello es preciso que nuestro lenguaje se cuestione a sí mismo, librándose de los mortíferos usos académicos —todo lo cual no significa que la escritura deba ser, necesariamente, un producto de la impropiedad idiomática. Hay que rescatar todo el humor y la insurgencia que se oculta en el habla: que las palabras jueguen con las palabras o se declaren la guerra. Urgencia de un lenguaje coloquial, proteico, sin que sus células lleguen a una consolidación programática cuya rigidez se ubique fuera del texto.



Lenguaje como un animal rítmico en pleno combate; desarticulación de las acepciones del *status quo* y, a través de los cambios sintácticos, producción de una nueva semántica que nunca dejará de unirse al pasado. "Todas las vanguardias son viejas —escribe Fuentes—. Son nuevos los problemas y los artistas que saben acrecentar el presente con el pasado sin convertirlo nunca en pasado sacrificable u olvidable. Son nuevos los pueblos y los artistas cuyo presente no necesita certificarse evocando la muerte distante de los pasados. Son nuevos los pueblos y los artistas que, como los *imerima* de Madagascar, no tienen más tiempo, pero tienen todo el tiempo de la herencia de sus orejas y la memoria de sus bocas."

Impureza: parodia de la parodia. Abrir puertas que no conduzcan a ningún sitio como no sea a la negación de la misma puerta. Lenguaje que, deseoso, se muerde la lengua y comprueba que ni siquiera sale una gota de sangre. Escatología, entelequia, tragicomedia del cadavérico.

En una entrevista con Marcelo Coddou, profesor de literatura hispanoamericana en Barnard College (Columbia University, New York), el poeta y ensayista Enrique Lihn señala que en su novela *Arte de la palabra*, "la palabra de la novela está envuelta en el mismo sistema: no se hace una crítica del lenguaje desde afuera, sino que se verifica su disfuncionalidad desde adentro. La retórica se muestra a sí misma por sus excesos, pero no hay la propuesta de una alternativa frente a esto. No se está hablando desde un lugar a donde no llegaría el oleaje verbal. Es la crítica del lenguaje que se manifiesta negativamente por los abusos del lenguaje que esa crítica emplea. La parodia se burla de un discurso o de un estilo desde la posibilidad, por lo menos, de enunciar otro como su contrapartida, aunque no se la verbalice. Hace una crítica, hasta cierto punto, irresponsable o presuntuosa, porque se ofrece un producto que no se tiene a disposición..." (Ver *Texto crítico* 11, revista del Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana).

De allí la necesidad de establecer una crítica de la parodia. No existen retaguardias intocables; ellas también serán dinamitadas. Ningún campo es seguro. Acaso el único campo seguro sea el de la tragedia, o, mejor, el de la tragicomedia. William Faulkner, al final de sus *Palmeras salvajes*, reflexiona: "Entre el dolor y la nada, escojo el dolor". Parodiando al novelista norteamericano podríamos afirmar —aun a riesgo de hundirnos en el juego del cínico—: entre el dolor y la nada, no escojo el dolor; tampoco prefiero la nada.

Posiblemente escojamos la dispersión, lo odioso del fragmento. O bien la imaginación del onanista. Hemos extraviado el objeto del deseo y no queda sino la mordedura del lenguaje sobre su propia herida.

EL CASO DEL CAMARADA TULAYEV DE VÍCTOR SERGE

POR RICHARD GREEMAN

TRADUCCIÓN DE FEDERICO FERRO GAY



Las novelas de Víctor Serge (1890-1947) reflejan un rico contexto de experiencias en las actividades políticas revolucionarias. Nacido de padres que fueron, ellos mismos, revolucionarios rusos desterrados, Serge tenía en su haber una docena de años vividos en la militancia anárquica, incluyendo los seis pasados en cautividad, cuando entró a la Revolución rusa en el desolado invierno de 1918-1919. Se adhirió al Partido Comunista, combatió en la guerra civil y cooperó a la fundación de la Internacional Comunista. Fue sólo después de 1927, al ser expulsado del Partido Comunista, por su militancia en la oposición izquierdista, cuando volvió a la literatura, como sustituto para la actividad política.

Serge consideró la profesión de escritor como un testimonio, "como un medio de expresión para aquella gente que vive en su mayoría sin posibilidad de expresarse, como un medio de comunión, como un testimonio acerca de la amplitud de la vida que fluye en nosotros, y cuyos aspectos esenciales debemos tratar de perpetuar en beneficio de aquellos que vendrán tras de nosotros".¹ Para Serge la literatura representaba una experiencia humana compartida y su experiencia de la Rusia revolucionaria y del pueblo que vivió en ella fue profunda. Los valores que conforman su obra son la sinceridad, la solidaridad y la veracidad.

Paradójicamente, Serge regresó a la actividad literaria en el preciso momento en que a los escritores rusos se les obligó a negar dichos valores. Por 1930, la libertad y el fermento creativo del renacimiento literario soviético de los años veinte, en el que participó Serge como crítico y traductor, había sido aplastado por la burocracia stalinista.

Sin embargo, en su calidad de escritor en lengua francesa que publicaba en París, Serge pudo continuar los experimentos literarios de sus amigos y colegas rusos, tales como Babel, Esenin, Gladkov, Mandelstam, Mayakovsky y otros, cuyas voces eran calladas por la censura, el suicidio y la deportación. Su obra constituye así una corriente de continuidad en la literatura soviética entre el florecer creativo de los veinte y la disidencia posterior a Thaw de nuestros días. En este sentido se escapa a la perniciosa influencia del así llamado realismo socialista. En otros sentidos Serge es también único: a pesar de ser un marxista comprometido con una larga experiencia en el movimiento obrero, en literatura fue también un modernista sin miedo de tomar prestadas influencias "decadentes" de hombres como Freud, Bely y Joyce. En este sentido, su ejemplo y *práctica* de artista revolucionario pueden enseñarnos más

acerca de marxismo y forma literaria que los pesados tomos de abstracciones althusserianas.

Las primeras tres novelas de Serge, *Hombres en la cárcel*, *El nacimiento de nuestro poder* y *La ciudad conquistada*, fueron escritas entre 1929 y 1932.² Constituyen una trilogía informal que se va ordenando cronológicamente desde los dolorosos inicios de la revolución y en donde el protagonista individual de las novelas tradicionales se substituye por una especie de héroe colectivo: los camaradas. Poco después de la publicación de *La ciudad conquistada*, Serge fue arrestado y deportado a Orenburg, en los Urales, en donde casi se murió de hambre. En 1936, después de una campaña internacional a su favor, se le permitió salir de Rusia, como le tocó a Alejandro Solzhenitsyn, casi treinta años después. De todos modos, las dos novelas que Serge terminó en el período de deportación fueron confiscadas por la GPU (a pesar del permiso concedido por el censor soviético) y nunca se pudo recuperarlas. De 1936 a 1940, condujo una existencia precaria en Bruselas y en París, trabajando en imprentas y desplegando su oposición en contra de la persecución stalinista de las minorías revolucionarias en Rusia y España. También escribió cinco libros entre los cuales una novela, *S'il est minuit dans le siècle* (1939), acerca de la perseguida oposición izquierdista en Rusia.³ Durante la segunda guerra mundial, se escapó a México, en donde murió, pobre y olvidado, con tres libros inéditos en el cajón de su escritorio. Entre ellos, sus extraordinarias *Memorias de un revolucionario* y la novela, que muchos consideran su obra maestra, *El caso del camarada Tulayev*.⁴

*

Serge compuso *El caso del camarada Tulayev*, en condiciones muy desfavorables, cuando estaba en juego su propia vida y la suerte del manuscrito. Lo empezó en París al explotar la segunda guerra mundial, cuando, presionado por el gobierno, Grasset ya había retirado su último libro, *Portrait de Staline*, por ser demasiado controvertido. Continó trabajando en él después de la derrota del ejército francés, durante sus años de fugitivo a través de la Francia de Vichy y del Atlántico. Lo imaginó escribiendo con el sosegado valor de un naufrago que pone en orden sus observaciones para colocarlas en una botella y confiarlas a las olas.⁵ Porque la huida de Serge de París se parecía mucho a un salto en la nada. Sin hogar, sin protección política, huyendo de dos totalitarismos, era cazado por la policía de Vichy, varias veces denunciado por los sta-

Richard Greeman es profesor de literatura francesa en la Universidad de Columbia en Nueva York. Sus traducciones de la obra de Serge para la casa Doubleday lo han hecho uno de los más importantes especialistas en la obra del novelista y pensador francés.

linistas, con constantes problemas de dinero y de visa, preocupado siempre por su familia. Sin embargo, de alguna manera encontró la tranquilidad interior para escribir lo que podría ser su mejor novela. El trabajo fue siempre su refugio, y tal vez la creación de un mundo literario, aunque fuera el desolado mundo de Tulayev, le sirvió de defensa en contra de un mundo tambaleante y de la posición precaria que ocupaba en él. En todo caso, fue un acto de valor y de fe en un futuro incierto.

El manuscrito fue una de las pocas pertenencias que logró llevarse consigo durante su escape a través de la Francia derrotada, en taxi o a pie, a una corta distancia del avance de los ejércitos alemanes. Cuando fue a dar, acabado y sin un centavo, a la aldea de Agen (Lot-et-Garonne) aprovechó esa parada forzosa para trabajar. Los "S.O.S." (expresión de Serge) que envió a sus amigos de Suiza mencionaban el hecho de que estaba "escribiendo una novela". Siguió en la tarea de escribir en Marsella, durante los largos meses de la "Batalla de las visas" bajo la vigilancia de las autoridades de Vichy, y leyó algunos capítulos completos a sus compañeros de destierro en el "Capitaine-Paul-Lemerle" durante la larga y accidentada travesía transatlántica. El manuscrito fue completado en México en 1942.

En una "Nota del Autor", escrita en México y redactada en inglés, Serge presenta su novela de la manera siguiente.

Este libro —L'AFFAIRE TULAYEV— es una novela psicológica (y social) situada en la Rusia de 1938-39. El libro describe el ambiente de terror y la estructura del sistema. Es rigurosamente auténtico en todos sus detalles, pero implica también, esencialmente, una ficción. Es tan sólo una novela sin tesis ni polémica, una novela profundamente humana acerca de uno de los momentos más oscuros de nuestra época. La única intención del autor ha sido la de servir a la verdad por medio del arte, es decir, de la creación literaria. La traducción al americano requerirá de un cuidado muy atento, puesto que el estilo francés es muy rico.

De ser publicado, este libro resultará ciertamente sensacional.

El editor americano, al cual, posiblemente, Serge dirigió la nota debió encontrar el libro demasiado "sensacional" para publicarlo en el peculiar clima político de la alianza soviético-americana del tiempo de guerra. El libro permaneció en el cajón del escritorio de Serge hasta su muerte y fue publicado en 1950.

En una nota, probablemente anterior, escrita en francés, Serge propone también otro título a la novela, LA TERRE COMMENCAIT A TREMBLER ("La tierra empezó a temblar") y resume estructura y contenido:

Novela. Alrededor de 400 páginas. Rusa. Soviética. Psicología y comportamiento del período 1936-38.

El libro se divide en diez capítulos que forman páneles complementarios y la acción se desarrolla en Moscú, en otras ciudades importantes y en las estepas de la parte norte del país. Además, en las cárceles, en París y en Barcelona. La trama se desarrolla alrededor de un crimen casual. Asistimos a la preparación de un juicio que no se va a realizar, pero que involucra una cantidad de personajes: viejos revolucionarios, administradores y el mismo Jefe. El propósito es el de proporcionar objetivamente un testimonio histórico. Es muy dramático y muy variado sin desenlace optimista o pesimista, en la espera de la guerra y en el flujo mismo de la vida.

Cada capítulo resulta más o menos autónomo y enfoca una figura central diferente, aunque varios personajes aparecen en distintas secciones. La trama se desarrolla cronológicamente a partir del asesinato no planeado, casi accidental de Tulayev, alto funcionario del Partido, hasta la ejecución, un año más tarde, de tres hombres, todos comunistas destacados, que se hallan atrapados en la complicada red de investigaciones y seleccionados para encarar la responsabilidad del crimen no solucionado. El lector sigue las ramificaciones de la purga desde una amplia variedad de perspectivas: las de los investigadores y las de las víctimas, incluyendo stalinistas leales, disidentes que capitulan, y trotskistas duros para morir. En lugar de concentrarse en la "biografía" de un solo individuo, Serge desarrolla al mismo tiempo la acción de variados personajes, a la manera de Dos Passos, Pilniak y de los unanimistas. La estructura de la novela podría definirse "polifónica" pidiendo prestado el término que Solzhenitsyn acuñó para describir sus propias novelas.

Esta forma lenta, y a la vez dramática, permite a Serge la penetración de cada aspecto de la sociedad rusa desde la vida de los pescadores árticos y de los campesinos de un *kolkhoze*, hasta la secreta inviolabilidad de una secretaría general en el Kremlin. La trama se extiende a Barcelona entre la caza a los trotskistas y la agonía de la República Española, debida, en parte, a la perfidia de Stalin, y a París, en donde se sacrifican los viejos revolucionarios bolcheviques en una trágica e insípida indiferencia. Además, Serge abre una perspectiva histórica, a través de breves datos biográficos de sus personajes y retrotrae su relato a los días heroicos de la revolución y de la guerra civil. Así que los diez "páneles" del fresco de su ficción abren un vasto panorama de la vida y de la historia rusa y le permiten describir tanto "la estructura del sistema" como sus orígenes.

El incidente central de *El caso del camarada Tulayev* está basado fundamentalmente en el caso de Sergio Kirov, el jefe del Partido en Leningrado, cuyo asesinato en 1934 proporcionó a Stalin el pretexto para su primera purga sangrienta de miembros del Partido y fue la principal acusación en contra de los protagonistas de los tres grandes juicios de Moscú en los años 1936-1938. Sin embargo, Serge coloca deliberadamente su novela en los años de 1938-39, después del tercer proceso y en vísperas de la guerra. El juicio de los "asesinos" de Tulayev de su novela (que nunca se realiza) habría podido figurar como un cuarto proceso de burla entre los que se celebraron en Moscú. Pero aún así la ficción tiene un antecedente real: entre los años de 1936 y 1939 se anunciaron diversos procesos que fueron suspendidos o mantenidos en secreto. Los detalles de que se sirve Serge para reconstruir los procesos stalinistas son auténticos. Están basados en su propia experiencia de arresto e interrogación en 1928 y 1933, en las experiencias más extensas de sus camaradas disidentes en Orenburg (uno de los cuales fue antes un alto funcionario de seguridad), en la información obtenida por los defecionarios de la GPU, Krivitsky y "Reiss", con los cuales Serge tuvo contacto en París, y en su íntimo conocimiento del sistema. Dudo que Serge haya inventado algo: no necesitaba hacerlo. Era suficiente con que dejara correr su imaginación acerca de los acontecimientos reales y luego los traspusiera y transformara en estructuras significativas de su novela.

En este sentido, se justifica la afirmación de Serge aparentemente contradictoria de que *Tulayev* es "rigurosamente auténtico en todos sus detalles, pero implica también esencial-



mente, una ficción". Pienso que Serge está haciendo un par de sugerencias. La primera es de que el *Tulayev* no debería leerse como un *roman à clef*; la segunda se refiere a la diferencia entre historia y literatura. Serge descubre este primer punto en la afirmación impresa en el reverso de la página del título de su novela:

Esta novela pertenece enteramente al dominio de la ficción literaria. La verdad creada por el novelista no puede confundirse en ningún aspecto con la verdad del historiador o del cronista. Sería injustificada cualquier tentativa de establecer una conexión precisa entre los personajes o episodios de este libro y los personajes históricos conocidos así como los acontecimientos en que ellos actuaron.

Claro que tales afirmaciones son de rigor para novelas que tocan la vida pública y frecuentemente deben tomarse con cierta precaución, especialmente en el caso de *romans à clef* genuinos; sin embargo, el caso de Serge muestra una honestidad a prueba de escepticismo. Es verdad que el destino de muchos personajes de Serge es paralelo al de conocidas figuras históricas. En la novela, Erchov, el jefe de seguridad, se halla atrapado en la purga que él mismo está llevando a cabo y termina ejecutado como Yagoda, Rublev tiene cierto parecido con Bukharin. Stephen Stern es secuestrado en Barcelona como Kurt Landau. Kondratiev se ve comprometido por lo que atestigüa en Barcelona al igual que el verdadera Antonov-Ovseyenko, y naturalmente Tulayev es asesinado al igual que Kirov. Pero los paralelismos no son muy extensos y, en todo caso, el interés del relato no reside en las "revelaciones" novelizadas acerca de personas reales. Además, Bukharin, Landau,

Antonov-Ovseyenko y otros personajes históricos son recordados en la novela con su propio nombre como para frustrar las tentativas de cualquier lector, lo suficientemente "perverso" como para buscar "conexiones precisas" (confieso que yo lo intenté).

En un sentido más profundo, la afirmación de Serge se conecta con el segundo punto que mencionamos arriba: la diferencia entre la verdad del cronista y la de la creación literaria. Serge las respetó a ambas. Hizo una crónica y un análisis del Terror Stalinista en una serie completa de obras de no ficción desde *Los dieciséis que fueron ejecutados* (1936) hasta *Portrait de Staline* (1940).

Cuando se dedicó a la novela estaba persiguiendo una verdad más alta y más general que la verdad de la experiencia humana, vivida y sentida, una verdad que adquiriría significado a través de una creación artística. Lo hizo así porque pensó que la ficción tiene el poder de sumergirse en los niveles de lo inconsciente que, generalmente, no pueden alcanzar los argumentos basados en los hechos ("tesis y polémicas"). Además sintió que el arte tan sólo puede conllevar adecuadamente la completa totalidad de los motivos humanos y de sus circunstancias que confieren significación humana a una experiencia histórica y nos la comunican de tal manera que, de alguna forma, la sentimos como nuestra.

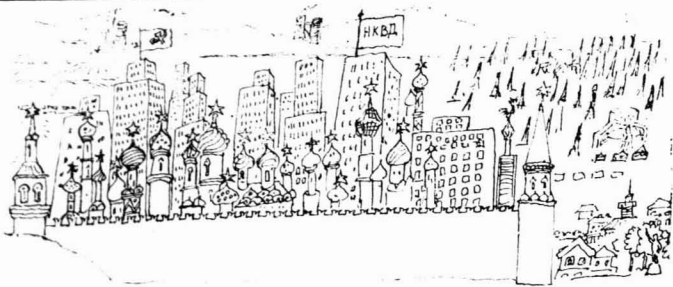
Por este "milagro", Serge insiste en designar a su obra como "novela psicológica".

Ahora quiero examinar algunas de las formas de que se sirve Serge para alcanzar tales efectos y considerar más de cerca el primero de los diez capítulos o "páneos" de que se compone la novela, poniendo particular atención a cómo se genera esta significación fuera de los personajes y de la estructura. Luego trataré el problema del "optimismo" vs. "pesimismo" al que Serge hace alusión en su "Nota del Autor" y tratar de explicar la visión implícita en su enigmática expresión "en el flujo mismo de la vida".

*

El título del primer capítulo es "Los cometas nacen de noche", y sirve de prólogo a los distintos episodios que forman el cuerpo de la novela. Estructuralmente el capítulo está compuesto por dos acciones impremeditadas y aparentemente irracionales. Se abre cuando Kostia, un joven comunista empleado en las obras del ferrocarril subterráneo de Moscú, por un impulso, compra una costosa miniatura antigua, que representa el retrato de una joven, con el dinero que había estado ahorrando por la apremiante necesidad de adquirir un par de botas. El capítulo se cierra cuando, también por un impulso, le dispara a Tulayev, a pesar de no conocerlo, con una pistola que le había proporcionado el vecino, un viejo empleado de nombre Romachkin. Las dos acciones impulsivas son simétricas y opuestas como los caracteres de los dos hombres y, sin embargo, en un nivel psicológico y temático resultan de alguna manera complementarias.

Romachkin es una figura bastante ridícula: un burócrata tímido de ojos descoloridos y personalidad gris. Es una reliquia del viejo régimen, reminiscencia del patético empleado de *La capa* de Gogol y del hombre del subsuelo de Dostoyevsky. Su problema es que piensa. Como encargado de las estadísticas en la Oficina de Salarios en el trust Estatal del Vestido, su tarea consiste en calcular los sueldos de los trabajadores de acuerdo con las directivas procedentes de la Comisión de Planeación. Casi a su pesar, se da cuenta de que tales cifras constituyen una mentira. Descubre que cada au-



mento salarial en las nóminas (fundamentado en nuevos "triunfos" de la producción socialista) tiene como contrapartida una depreciación del papel moneda y un aumento en el costo de la vida y en los impuestos, así que, en realidad, se reduce el nivel de vida del trabajador. Mientras está consumiendo su pobre vianda en la cafetería de la oficina, concluye: "Estoy engañando a los pobres".

Las ideas de injusticia y de iniquidad de la vida se vuelven obsesivas en la mente de Romachkin. Por un momento piensa que se ha vuelto loco y se pone a leer sobre la esquizofrenia hasta que decide visitar a un psiquiatra. El diálogo correspondiente anticipa de treinta años los relatos actuales de los disidentes soviéticos, confinados en hospitales para enfermos mentales. El psiquiatra de Romachkin concluye diciéndole que no se preocupe acerca de la injusticia y le recomienda relaciones sexuales dos veces al mes. Romachkin se retira tranquilo y divertido a la vez, musitando para sus adentros: "El paciente es usted, ciudadano doctor. Usted nunca tuvo la menor noción de justicia". (p. 6)

El consejo del facultativo acerca de la higiene sexual lleva a Romachkin a un encuentro dostoyevskyano con una joven prostituta, medio muerta de hambre, en un cuartucho en donde está dormido un niño recién nacido. Es en el curso de este encuentro que Romachkin experimenta una especie de revelación de su propia inquietud y la del mundo y empieza a ver las conexiones entre sus sentimientos y la naturaleza del régimen. La muchacha es una campesina, prófuga del movimiento forzado de colectivización que ha arrasado su aldea. Después de hacer el amor, le teje a Romachkin un patético relato de cómo su padre sacrificó, llorando, al caballo de la familia que se estaba muriendo de hambre porque el gobierno rehusaba las dotaciones de pienso.

El relato de la muchacha es, al mismo tiempo, la razón indirecta de por qué una sencilla campesina termina convirtiéndose en una prostituta de Moscú, es una exposición política de los efectos desastrosos de la política agraria de Stalin, y es un comentario al valor de la vida humana en la sociedad de Romachkin. Es típica la forma en que Serge comprime la riqueza de significado, de realidad social y de experiencia en la rápida evocación de un personaje menor que nunca vuelve a aparecer.

El empleado se conmueve y le ofrece a la muchacha otros cincuenta kopeks. Al mismo tiempo, su cerebro empieza a atar cabos, a hacer conexiones intelectuales entre su experiencia humana y sus cálculos matemáticos como encargado de estadísticas. Cuando la muchacha se queja de que el trabajo está flojo, él piensa: "Claro. Las necesidades sexuales van de acuerdo con la dieta". Y ya fuera de su obsesión se plantea la pregunta: ¿Por qué? ¿Quién es el responsable?

Los confusos sentimientos de angustia de Romachkin se cristalizan en reacciones involuntarias a la propaganda oficial, que oye gritar en la calle por la estridente voz de una mujer.

Al regresar a su apartamento, Romachkin encuentra a sus vecinos llenos de pánico por una nueva purga de empleados y los nuevos trámites acerca de los pasaportes internos. "Te dan tres días para salir, camarada Romachkin, y tienes que irte cuando menos 200 millas lejos... Pero, ¿te darán ahí un pasaporte?" Cuando se retira a su cuarto y coge el periódico, "La cara del Jefe llenaba un tercio de la página frontal, como sucedía dos o tres veces por semana, rodeada por un discurso a siete columnas. Nuestros éxitos económicos..." Y nuevamente el texto del documento emerge en el subtexto de la mente de Romachkin. Sabe que el 12% de aumento en los

suelos nominales proclamado triunfalmente por el Jefe corresponde en realidad a un 30% de reducción en el poder adquisitivo. Al leer el discurso, se aterroriza de sus propios pensamientos: "¡Cómo miente!" La idea "débil, lejana, titubeante" que se había originado en Romachkin durante su visita a la prostituta, lo poseía ahora totalmente. Ya sabía el por qué y quién era el responsable.

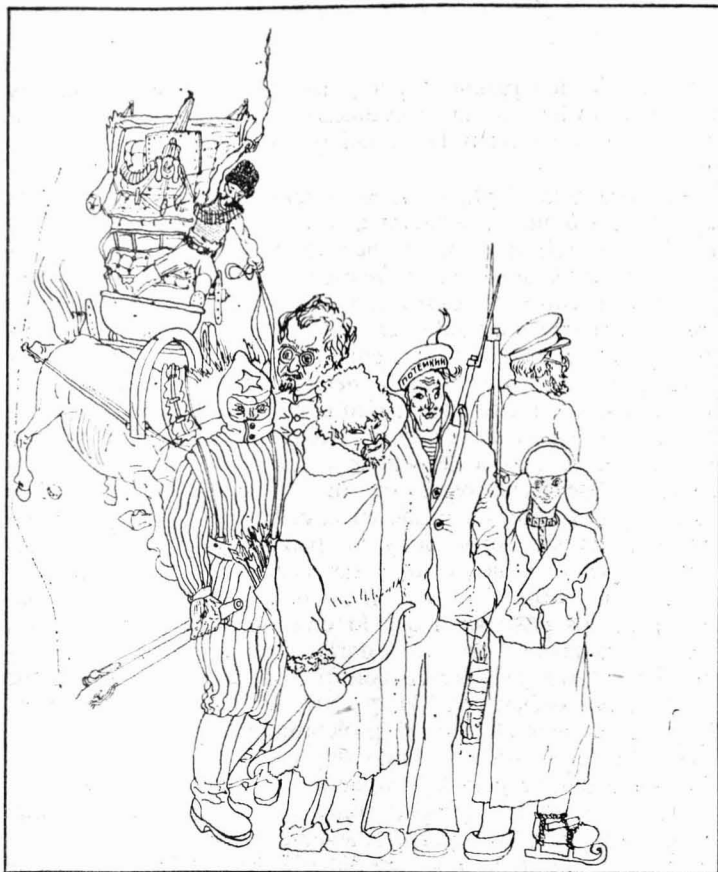
Por un momento, Romachkin se olvida de quién es: una nulidad, una rata de oficina, una tímida e incolora criatura rutinaria y de obediencia pasiva. Alimentada por las leyendas de los terroristas prerevolucionarios, su mente se vuelve instintivamente al asesinato. Busca la forma de hacerse de una pistola y pasa sus horas de almuerzo en un jardín cerca del Kremlin en la espera de una oportunidad. Y ésta llega: el jefe se halla a seis pasos de distancia, pero Romachkin se queda paralizado. No puede actuar. "Somos todos cobardes", concluye y regresa puntualmente a su oficina. Como consecuencia, regala la pistola (instrumento de poder y belleza, pero inútil ahora) a su joven vecino Kostia. Irónicamente, aunque sin sospecharlo, entrega junto con el arma su misión de justicia.

Aparentemente Kostia es el revés de todo lo que es Romachkin: joven, sano, con confianza en sí mismo y práctico. Sin embargo, su primera acción, en la escena que abre la novela, es la compra de un camafeo, que revela de inmediato su espontaneidad impulsiva y su deseo inconsciente de belleza y armonía ausentes en su austera existencia. En el esquema de Serge, Kostia y Romachkin se complementan porque cada uno es tan sólo medio hombre. Simbólicamente sus dos cuchitriles divididos por una tenue separación formaban anteriormente un solo cuarto. Incluso sus dos escritorios están dispuestos simétricamente de tal manera que los dos hombres, sin verse, se sientan cara a cara y cada uno contempla el objeto de sus amores en el cual fueron invertidos meses de salario: Kostia, su retrato, ideal de belleza; y Romachkin, su pistola, ideal de justicia. Cada uno percibe la presencia del otro y comparten, a medias, sus sueños, Romachkin entrega su pistola a Kostia y lo compara con "un valiente joven guerrero". Kostia se divierte y dice a su tímido vecino: "Tú nunca lo usarás".

Efectivamente, Kostia tiene dificultad en tomar en serio a su excéntrico compañero. Las especulaciones filosóficas de Romachkin lo atraen, pero no así su carácter, y sus conversaciones se limitan a los libros que Kostia toma prestados de sus anciano vecino. Pero, aún así, tales intercambios son significativos.

Son caminos emocionales los que llevan a Kostia a la rebelión y, aquí también, su sentido de iniquidad y de injusticia se cristaliza por una mujer. Ésta, casi una niña, es María, trabajadora en la obra del ferrocarril subterráneo, en donde también labora Kostia, quien también realiza actividades de joven comunista. Un día Kostia se entera de que María se ha ahogado en el Moskova, después de haber sido denunciada como "elemento pequeñoburgués" en una campaña en contra de las enfermedades venéreas. María lo había tomado en serio y así rezaba la nota que había dejado al suicidarse: "No puedo vivir con esta fea deshonra. No se acuse a nadie de mi muerte. Adiós".

Kostia se queda azorado y cuando el guardia de la morgue le pregunta cómo se debe etiquetar el cadáver, responde lleno de cólera: "¿Hay una que diga Crímenes colectivos?" Y de ahí en adelante, él también quedará obsesionado con la idea de injusticia.



En contraste con Romachkin, quien lo planea todo cuidadosamente pero fracasa en su intento de justicia, la acción de Kostia es totalmente impulsiva. Después de una reunión con los jóvenes comunistas sobre disciplina de trabajo, el joven percibe de repente un poderoso carro negro del cual se apea Tulayev. "¿Tulayev? ¿El Tulayev del Comité Central? ¿Tulayev, el de las deportaciones en masa en el distrito de Vorogén? ¿Tulayev, el de las purgas universitarias?" Kostia se le acerca por curiosidad y, antes de que se dé cuenta, su mano "recuerda la Colt" y una explosión rasga la noche.

Sólo más tarde Kostia se da cuenta de lo justo de su acto irreflexivo y se apodera de él casi un sentimiento de gozo: "Gozo puro. Luminoso, frío, inhumano, como un cielo invernal lleno de estrellas".

Sabemos que éste fue el análisis de Serge en relación al asesinato de Kirov en 1934, prototipo histórico de Tulayev.⁶ Además, Nikolayev, el asesino de Kirov, era un joven comunista idealista como Kostia. Pero aquí termina la analogía. Serge sospechaba (y la historia lo ha confirmado) que el asesinato de Kirov era una provocación de la GPU programada para proporcionar a Stalin un pretexto legal a su purga sangrienta del Partido Bolchevique. Nikolayev concibió su crimen solo, pero nunca habría podido, sin ayuda, penetrar el sistema de seguridad que rodeaba a Kirov. Bajo cuerda, los agentes de la GPU habían detectado muy pronto sus intenciones, pero, en vez de arrestarlo, lo animaron, le proporcionaron el arma homicida y le facilitaron el camino removiendo los guardaespaldas de Kirov en el momento justo.⁷

El capítulo termina cuando Kostia, rebosando de gozo, irrumpe en el cuarto de Romachkin y lo encuentra ensimismado leyendo una vieja novela francesa, *Pablo y Virginia*. Después de una breve conversación, Romachkin se da cuenta del es-

tado de exaltación en que se encuentra Kostia y le pregunta acerca de lo sucedido. Naturalmente, Kostia no puede compartir su secreto con nadie y mucho menos con su excéntrico vecino, del cual ignora las propias fantasías acerca del asesinato. Tomando como pretexto la infatuación del viejo por Pablo y Virginia, contesta: "Romachkin, amigo mío, estoy enamorado... es terrible". Lo irónico de la situación de invertir los papeles complementa la ósmosis entre los dos mediohombres. Al final de la novela, casi en un epílogo, Kostia, que se ha casado y ha rehecho su vida en un *kolkhose*, visita de nuevo a Romachkin y le regala la miniatura haciendo así completo el intercambio. Esta resolución se adapta tanto psicológica como temáticamente. Serge parece sugerir que el idealismo de la vieja generación liberal prerevolucionaria ha hecho su curso y que desde ahora el impulso por la justicia será encarnado por la generación naciente de la juventud soviética. Este tema de las generaciones, tradicional en la novela rusa, es central para la estructura y la importancia de *El caso del camarada Tulayev*.

*

Pienso que "Los cometas nacen de noche" es una obra maestra que se desarrolla en muchos niveles. Podría fácilmente sostenerse como un cuento independiente. La acción es completa, la psicología de los personajes plenamente lograda y los temas históricos, sociales y políticos totalmente integrados a la estructura. El relato parte como una sucesión caleidoscópica de escenas y monólogos interiores que se mueven con tal rapidez y densidad que se escapa al sumario y al análisis. La acción fluye de la psicología y de las circunstancias de los personajes de una manera que nos la hace aceptar como inevitable. A pesar de que el enfoque está en la simbiosis de los dos personajes, el mundo social que Serge nos revela es mucho más amplio. A través de los ojos de Kostia y de Romachkin, exploramos una oficina, un edificio de apartamentos, unas obras en construcción, una célula de jóvenes comunistas, un lugar de mercado ilegal, las calles de diferentes barrios y (por medio de la joven prostituta) una aldea de campesinos en la agonía de una colectivización forzada.

Además, no obstante que Serge nunca predique, se nos lleva al entendimiento de los básicos conflictos sociales que subyacen a este mundo. El principio de contradicción es económico (la contradicción entre los "triumfos" oficiales del Plan Quinquenal y la miseria real de los trabajadores).

Estas contradicciones son la base de la omnipresente manifestación del Terror: los procesos inconclusos, las purgas y las directivas de represión proclamadas por los altoparlantes, las reuniones masivas, los periódicos y los chismes de vecindario. Una nueva purga, irónicamente provocada por el acto de justicia de Kostia, alargará sus tentáculos de pesadilla en cada rincón de la sociedad. Lo que es asombroso aquí es que desde el comienzo de su novela, Serge ha enraizado este fenómeno político en las condiciones concretas de vida y trabajo de las masas y en las contradicciones sociales originadas por tales condiciones. Esta descripción de las interconexiones entre política y existencia material, esta preocupación por la existencia de las masas, revela el punto de vista de Serge, profundamente proletario y socialista.

La comprensión objetiva que tiene Serge de la relación entre el individuo y la sociedad le permite describir incluso a Stalin como persona humana, sin acudir a los estereotipos de la propaganda. El Jefe no aparece en la novela como héroe invencible ni como tirano sangriento, sino como un individuo

poderoso, aunque mediocre, sin tener la conciencia plena de hasta qué medida él mismo no es sino un prisionero del sistema que creó y de los mitos que lo rodean. Rodeado por peleles que le mienten por miedo, está totalmente solo en la cima del poder. Serge nos ofrece múltiples perspectivas de Stalin. Lo vemos a través de los ojos de aquellos que lo adoran, de los que lo odian y lo temen, y de los que lo recuerdan cuando no era sino un camarada ordinario antes de la apoteosis que lo convirtió en un genio universal. Vemos también su usurpación y traición de la revolución como una catástrofe histórica para el proletariado. Pero como marxista, Serge sabe que la opresión debe criticarse en el sistema, no en el individuo y esto le permite describir a Stalin en toda su ambigüedad.

Serge hace hincapié en el hecho de que es la necesidad política, no la villanía personal, la que dicta las crueldades del terror stalinista. Éstas arraigan en los métodos dictatoriales, burocráticos por los que se imponen la industrialización y la colectivización a las masas, en la carestía provocada por estas medidas forzadas, en las mentiras y concentración totalitaria del poder requerido para justificarlas y reforzarlas.

En los paneles centrales de la novela, Serge desarrollará personajes más conscientes que Kostia, que poseen un entendimiento sistemático más claro de lo que está sucediendo: viejos revolucionarios, teóricos marxistas, veteranos o simpatizantes de diferentes posiciones dentro del partido. Ellos llegan a ver en sí mismos miembros de una generación condenada, prisioneros de una ironía de la historia que ha transformado el partido victorioso de la revolución en un ciego instrumento de poder que no le permite a la conciencia sobrevivir.

Pero para muchos de estos hombres el partido, que ahora representa la contrarrevolución interna, sigue siendo, a pesar de todo, el partido, aun cuando ahora exija sus cabezas. En todo caso, la única elección real que se les presenta es cómo morir. Serge describe este dilema en una serie variada de personajes y explora toda la gama de sus respuestas.

En un extremo tenemos a Makayev, el campesino que se volvió burócrata. Para él el partido ha significado poder, el ejercicio de su voluntad sobre los demás. "Por casi diez años, la vida de Makayev había consistido en infligir o tragar humillaciones. La única forma de poder que conocemos es la de abolir cualquier objeción por medio de la represión y de la humillación". (p. 163). Cuando a Makayev le toca el papel de víctima, no puede resistir frente a sus acusadores y firma la más abyecta de las confesiones.

El centro de esta gama lo ocupan los dos "capituladores" Rublev y Kondratiev, cuyo horror por los crímenes de Stalin cometidos en nombre del "socialismo" es oscurecido por su lealtad al partido y al régimen. No son ni cobardes ni contemporalizadores, sino revolucionarios dedicados y escrupulosos cuya conciencia dividida refleja las contradicciones de su tiempo y los convierte en sujetos pasivos y desarmados. Rublev sabe que tarde o temprano el partido le exigirá desempeñar el papel de chivo expiatorio. Después de haber oído por radio el proceso de otros, arregla un encuentro clandestino con dos viejos camaradas. El propósito es el de discutir la situación y decidir qué dirán en el caso de ser arrestados. La discusión no tiene ni pies ni cabeza, pero, de repente, Rublev echa lejos de sí el peso de la política y regresa a la alegría y espontaneidad de la niñez. Toma una bola de nieve y la arroja al pecho de su camarada gritando "Defiéndete, yo ataco..."

Cuando Rublev es finalmente arrestado, lo sostienen su honestidad natural y su vitalidad. Rehusa cooperar hasta en

tanto no le den pluma, papel y tres semanas de paz en las que pone orden en sus pensamientos. El arresto lo pone en condiciones de escribir la verdad por vez primera en muchos años.

Al final está Ryjik, el viejo trotskysta, cuya intransigente oposición a Stalin se remonta al principio de los años veinte. Es el personaje que mejor encarna la pureza revolucionaria y la estoicidad en el ciclo novelesco de Serge. *La ciudad conquistada* se abre y se cierra con la imagen de Ryjik, agotado tras el esfuerzo constante, acorralado por el dolor y la pérdida y, sin embargo, firmemente decidido a quedarse en su puesto. *S'il est minuit dans le siècle* describe su inflexible resistencia tras de seis años pasados en las cárceles stalinistas. *El caso del camarada Tulayev* retoma su historia cuatro años más tarde, cuando se le somete a juicio en Moscú. El mero sobrevivir de Ryjik representa una anomalía. A la edad de sesenta y seis años, ha estado en la cárcel por tan largo tiempo que casi ha sido olvidado y ha podido así sobrevivir a las purgas que han diezmando a sus camaradas. Su testamento político, dictado a Elkin en *S'il est minuit*, circula en los campos entre los prisioneros que lo creen muerto. Por todas las leyes de la historia, debería estarlo, porque representa la última célula viva del cerebro colectivo de lo que una vez fue el Partido Bolchevique. Comprende, al contrario de Rublev, que sólo la verdad sirve al proletariado y que la traición a ella no es tan sólo un asunto de "conciencia personal" sino de vida o muerte para la revolución.

Su muerte es tan ejemplar como su vida. Rehusa participar en la corrupción del ideal bolchevique cooperando en la farsa siniestra de un proceso en que debería desempeñar el papel de contrarrevolucionario, de agente de aquel Judas llamado Trotsky. Transportado a Moscú para ser interrogado, engaña a sus acusadores entregándose a una fatal huelga de hambre saboteando así el proceso al faltar su estrella principal que era él mismo. Su suicidio es el último servicio que presta a la revolución y también, paradójicamente, un acto de esperanza para el futuro. Como marxista rechaza el suicidio como solución personal; como célula del cerebro colectivo de autoconciencia proletaria considera que es un deber sobrevivir mientras haya esperanza de ser útil. Sabe que el propósito del terror es matar esa conciencia y que el espectáculo de viejos revolucionarios confesando y enredándose en el lodo de las mentiras es una forma de matarla doblemente amén de mancillar su imagen a los ojos de las masas. Es esta segunda muerte que quiere evitar a través de su suicidio, porque tiene fe, la fe de un marxista, de un materialista, que la conciencia de clase volverá a surgir en el nuevo proletariado que llegará a ser en el propio proceso de la forzada industrialización stalinista que necesita el Terror.

En su credo político, clásica expresión de trotskismo ortodoxo, Ryjik se conecta con uno de los aspectos importantes de la temática de Serge, el de la construcción. Es un tema que lleva movimiento contrario al de la destrucción de la vieja generación revolucionaria en las purgas y sugiere una esperanza de renovación después del diluvio.

El tema de la industrialización, de la renovación a través de la máquina está íntimamente conectado con el tema de la renovación de la vida a través del paso de las generaciones. La construcción y la destrucción están unidas por una tensión dialéctica al mismo tiempo que los elementos de esperanza en la novela están amenazados por la guerra. Creo que esto tenía en la mente Serge cuando describía su novela: "sin desenlace optimista o pesimista, en la espera de la guerra y en el flujo



mismo de la vida". Serge prefiguraba este movimiento dialéctico en su primer capítulo con la imagen apocalíptica de la catedral dinamitada que sería sustituida por un "Palacio de los Pueblos" y la simbólica ósmosis que une las dos generaciones ejemplificadas por Kostia y Romachkin.

El lazo positivo entre la vieja y nueva generación de desarrollo a través de la historia de otro viejo bolchevique: Kondratiev. Su misión en la España republicana es un "viaje hacia la derrota". Se percata de que el valor magnífico de las masas españolas ha sido traicionado y nada puede hacerse para salvar la República de su agonía final. Su crisis de conciencia se madura en el encuentro que tiene con el joven trotskista Stephen Stern, secuestrado en Barcelona por la policía secreta rusa e implicado en la "conjura" en contra de Tulayev. Kondratiev trata vanamente de salvarlo y lo único que logra es comprometerse a sí mismo: "Perdóname... No hay nada más que yo pueda hacer por ti, camarada. Te comprendo muy bien, hace tiempo yo era como tú, todos éramos como tú... Y todavía soy como tú..." (p. 132).

De regreso a Moscú, Kondratiev se resuelve por la lucha. No en su favor, sino en favor de las futuras generaciones: "En algún lugar de la tierra hay jóvenes que no conozco, pero cuya conciencia tengo que salvar" (p. 219).

*

El lirismo cósmico de Serge sirve como una especie de contrapeso para la catástrofe histórica que él ha escogido reseñar. Nos recuerda que el corto segmento de nuestra vida se adecúa sólo por un instante a un movimiento cuyos ritmos deben medirse por generaciones, siglos y milenios. Dentro de este esquema de tiempo sideral, nuestras vidas pueden tener experiencias trágicas, mas no absurdas. La tragedia surge del revés de nues-

tras intenciones y esperanzas, e incluso el marxismo, la más alta forma de conciencia histórica, no está exenta de tales reveses (aunque también puede contener en sí los únicos medios para trascenderlos). El revés trágico del período de Serge (que es todavía el nuestro) consiste en que la gran victoria de la revolución rusa, concebida como primer paso hacia la transformación socialista de la humanidad, condujo a la derrota del socialismo internacional durante una época entera. En su novela, Serge describe al héroe colectivo en el momento de su catastrófica auto-comprensión.

A la pregunta insistente "¿qué hacer?", Serge proporciona una respuesta nada fácil. La actitud de Ryjik es intelectual. Serge la incluye pero también la amplía. Sobrevivir, vivir, pensar, construir, mirar hacia el futuro: éstos son los mensajes implícitos en la estructura, el conjunto de imágenes y el tono emotivo de *Tulayev*.

No es una substitución, la que hace Serge, a la interpretación marxista de la historia: más bien la complementa con un lirismo que incluye las estrellas, la tierra, los siglos, y la respuesta, que es única, en el contexto emocional del individuo.

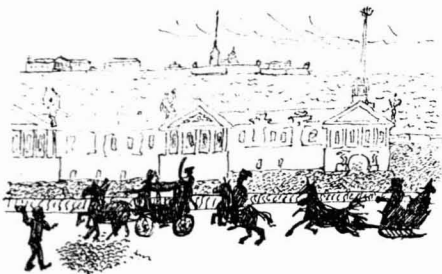
De la misma manera que lo hicieron los poetas de la Grecia antigua, Esquilo y Sófocles, yuxtaponiendo himnos y coros que celebraran los triunfos del hombre y la armonía del universo a la caída catastrófica de reyes y héroes, así el humanismo y el lirismo cósmico de Serge crean el contexto para una apreciación trágica del destino del proletariado moderno.

Estas consideraciones aparecen más claras que en cualquier otro lugar de la novela, en el último capítulo que es como un epílogo. Cuando se atan los cabos del complot y se retoman a los personajes para sus *éxodos finales*, Serge introduce la curiosa figura de Filatov, un viejo proletario de Moscú, cuya única función aparente en la novela es la de prolongar el tema cósmico y relacionarlo con el de la justicia, que es el más importante. Filatov es casi un simple, un hijo del pueblo que llega a ser el primer verdadero amigo de Romachkin y su consejero espiritual. Vive simbólicamente en la sombra de una iglesia, pero su religión es ciencia moderna. Viudo a los cincuenta y cinco años, Filatov se ha inscrito "en los cursos libres vespertinos de la Escuela Técnica Superior para aprender mecánica y astrofísica". En el relato que, acerca de sus experiencias, le hace a Romachkin hay una mezcla de ciencia, marxismo, religión y es algo cómico pero a la vez profundo y conmovedor.

Este personaje se conecta con la tradición literaria rusa en donde la solidez y sencilla sabiduría de un anciano aldeano sirven de contraparte a la incertidumbre angustiosa de la gente culta. El Filatov de Serge brota del suelo ruso. Es "el nieto de un siervo". Pero refleja también el impacto sobre las masas de las revoluciones industriales, políticas e intelectuales del siglo veinte y así trasciende la ideología populista tradicional.

Filatov ve el mundo como si fuera una máquina: "No he tenido tiempo de pensar en el universo, camarada Filatov" dice Romachkin, "porque he sido torturado por la injusticia". Y Filatov contesta: "Las causas de la injusticia residen en el mecanismo social". Romachkin ya se ha olvidado de que una vez soñó con asesinar al jefe y ha sentado cabeza. Ha dado su aprobación a la ejecución de los "asesinos" de Tulayev, pero tiene muchas dudas acerca de su determinación. "¿Traicioné la piedad? ¿Habría traicionado al partido si no hubiera levantado mi mano? ¿Cuál es tu respuesta, Filatov, tú, que eres justo, tú que eres un verdadero proletario?"

La máquina, dijo Filatov, debe funcionar irreprochablemente. Es inhumano que ella aplaste los que están en su cami-



no, pero es la ley universal. El obrero debe conocer los adentros de la máquina. Habrá en el futuro máquinas luminosas y transparentes a través de las cuales los ojos humanos verán libremente. Serán máquinas en estado de inocencia, comparable a la de los cielos. La ley humana será tan inocente como una ley astrofísica. Nadie resultará aplastado. Nadie necesitará ya la piedad. Pero ahora, camarada Romachkin, todavía necesitamos la piedad. Las máquinas están llenas de oscuridad; nunca sabemos qué pasa en su interior... (pp. 291-2).

Hasta en tanto la sociedad humana siga siendo una "máquina oscura", necesitaremos la piedad. En su heroica tentativa de crear una "máquina transparente", los viejos bolcheviques de Serge experimentan lo que Engels llamó "la colisión trágica entre el postulado históricamente necesario y la imposibilidad práctica de su realización". En cuanto la máquina oscura los aplasta, ellos evocan las respuestas trágicas de admiración y piedad. Una nueva generación de gente activa reemprenderá la lucha, preservando la continuidad del héroe colectivo de Serge, en tanto que el mundo seguirá su marcha.

Apéndice

VICTOR SERGE Y LA CRÍTICA LITERARIA MARXISTA CONTEMPORÁNEA

Durante los últimos cinco años, bajo la denominación de Estética Marxista o de Crítica Literaria Marxista, se está desarrollando aquí y en Inglaterra una nueva especialidad o subespecialidad académica. Siguiendo la huella del estructuralismo, se ha establecido en nuestras universidades más importantes una nueva tendencia de teorización francesa encabezada por los Althusser y Macherie, que promete volverse permanente en los departamentos de literatura y se coloca a la izquierda de los potsfreudianos y de los metalingüistas. Hacer una evaluación de estas teorías sería ir mucho más allá del objetivo de este trabajo, pero me gustaría hacer algunas sugerencias preliminares en relación con Victor Serge.

La primera es que, aún cuando la propia contribución de Serge al debate marxista sobre cultura y proletariado (*Littérature et Révolution*, 1932) ha estado en prensa durante varios años,⁷ hasta donde llega mi conocimiento no se hace ninguna mención de Serge como crítico o como novelista en ninguna de estas discusiones, ni aquí ni en París. En efecto, en la medida que la crítica académica neomarxista ha bajado de las alturas abstractas de la construcción y desconstrucción de teorías generales de producción ideológica, se ha limitado a la reinterpretación de los clásicos del siglo diecinueve (como Flaubert y Dickens), que ya hacen parte del plan ordinario y ha evitado entrar en contacto con la tradición de escritores directamente implicados en la revolución, en particular los hebreos como Serge.

Esta curiosa omisión sugiere que todo el proyecto de construir una teoría neomarxista de literatura puede contaminarse de dos maneras: (1) aislándose de la práctica real de la lucha política y de clases (su abstracción y academismo tradicional) y (2) evitando la confrontación directa con el stalinismo considerado como expresión ideológica de la contrarrevolución burocrática dentro de lo que es tomado por tradición marxista. En este último caso, las teorías literarias que no son capaces de dar cuenta de la supresión física de una entera generación de escritores en la Rusia postrevolucionaria (entre los cuales Serge fue el único sobreviviente) o de la constante

rebelión de trabajadores e intelectuales en la Rusia poststalinista y en Hungría, Polonia, Alemania, Checoslovaquia y China, difícilmente pueden defender la pretensión de universalidad que está implícita en su profesada metodología marxista.

Hace más de cuarenta años, en *Littérature et Révolution*, Serge recordaba proféticamente a los intelectuales de occidente su "doble" deber de entender y criticar las contradicciones internas de la revolución y al mismo tiempo de defenderlo en contra de las fuerzas de la reacción burguesa. También los ponía en guardia de los peligros de un cómodo abstraccionismo teórico que oscurecería las luchas reales del proletariado en Rusia y en otras partes puesto que se mantendría tan sólo una adhesión formal con el marxismo. Además, al igual que su amigo y compañero de ideas, Trotsky, Serge tuvo serias dudas acerca de la posibilidad de construir una teoría estética marxista en un período de transición. Más que teorías, decía, se necesitaban una literatura y una crítica comprometidas en la exposición de la verdad concreta de una sociedad en crisis con todas sus contradicciones. Él sentía que una literatura así tendría el valor de tratar las realidades negativas de la vida rusa y de aprender de las innovaciones del modernismo occidental, con tal de permanecer comprometida con los ideales proletarios de sinceridad y solidaridad.

En mi opinión, los libros de Serge y particularmente novelas como *El caso del camarada Tulayev*, constituyen un ejemplo original de este tipo de literatura. Ellos combinan el contexto marxista-proletario enriquecido en décadas de práctica revolucionaria con un objetivo y compasivo relato de la experiencia crucial del stalinismo, vista desde adentro. Y nos recuerdan que la experiencia, organizada por la imaginación política y literaria, debe anteponerse a la teorización, y que las realidades de nuestro tiempo de revolución y contrarrevolución deben hallarse firmemente interconectadas de una manera concreta y total. Las obras de Serge, por su completa veracidad y por la luz que arrojan sobre las condiciones en que el pensamiento marxista se desarrolló durante las oscuras décadas después de 1927, representa un implícito desafío a todo crítico que desee encarar la literatura desde una perspectiva genuinamente marxista. Como amigo y contemporáneo de Serge, Antonio Gramsci observó años atrás: "Si el mundo cultural por el cual luchamos es un hecho vivo y necesario... ciertamente encontrará su artista".⁸ Y hoy tendría forzosamente que agregar: "pero los ignoramos, para nuestra desgracia".

NOTAS

¹ Serge, *Memoirs of a Revolutionary* (Oxford, 1979), p. 262.

² Las tres novelas fueron traducidas al inglés por el presente autor y publicadas por Writers and Readers Publishing Cooperative (London, 1978). Las mismas traducciones fueron editadas anteriormente por Doubleday (Garden City, N. Y.), Gollancz, (London) y Penguin (Middlesex) entre 1967 y 1972. Véase la edición oxfordiana de las *Memoirs* para la bibliografía de Serge.

³ Mi traducción de esta novela será publicada por Writers and Readers en 1980.

⁴ Traducción de Willard Trask (Doubleday, Garden City, N. Y., 1950; también Penguin, Middlesex, 1972).

⁵ La imagen no es completamente irreal. El mismo Serge consideró este período de tinieblas como un "naufugio" de la civilización. También admiró a los exploradores y dedicó dos ensayos a los diarios del Almirante Byrd. Véase "Courage des hommes: Byrd" (*La Wallonie*, Nov. 21, 1939) y "Le Courage d'un homme" (*La Wallonie*, Feb. 14, 1940).

⁶ Cf. Serge, *Destin d'une révolution* (Paris, 1937) pp. 224 y ss.

⁷ Howe, *Politics and the Novel*, (New York, 1957) p. 234.

⁸ Gramsci, *Letteratura e vita nazionale*, (Torino, 1950) p. 12.

FEDERICO
ARANA

ACCIÓN Y EXPERIENCIA EN BIOLOGÍA

(UNA CONVERSACIÓN CON FAUSTINO CORDÓN)



Faustino Cordon

Realizador de algunas investigaciones y descubrimientos importantes en el campo de la Bioquímica y la Inmunología, autor de varios libros, artículos y traducciones, Faustino Cordon ha surgido repentinamente a la fama por la aparición del primer tomo de su obra más importante: *La alimentación, base de la biología evolucionista*, que constituye nada menos que una teoría nueva sobre la evolución de la vida. La idea transformista, que se origina en la Grecia clásica, ha sido manejada por muchos filósofos y naturalistas. El neodarwinismo, como teoría predominante durante los últimos sesenta años, ha ido perdiendo algún terreno frente a la corriente neolamarquiana y a ciertos autores que sustentan un pensamiento independiente.

Faustino Cordon elabora su teoría luchando contra los prejuicios y apelando a un pensamiento integrador que no desdén los innumerables datos que, según su punto de vista, han sido recogidos sin concierto, sin coherencia y sin la heterodoxia que debe caracterizar a un científico.

F.A. ¿Cuál es su opinión sobre el avance de la Biología en los últimos cincuenta o sesenta años?

F.C. Opino que hay que distinguir entre un espectacular avance de las ciencias auxiliares de la Biología —por ejemplo de la microscopía electrónica, la bioquímica, la genética molecular— y el abandono paulatino del pensamiento y la problemática biológica que, en cambio, han caído a un nivel más bajo del que tenían en el siglo pasado. Ha habido un progreso enorme en la conquista del da-

to, que ha provocado una fragmentación, una caída en el especialismo por parte de los biólogos. Esa fragmentación, ese encerrarse cada uno en la pesquisa de un tema concreto, ha dificultado el esfuerzo por entender al ser vivo, por elevarse a un pensamiento sintético e integrador.

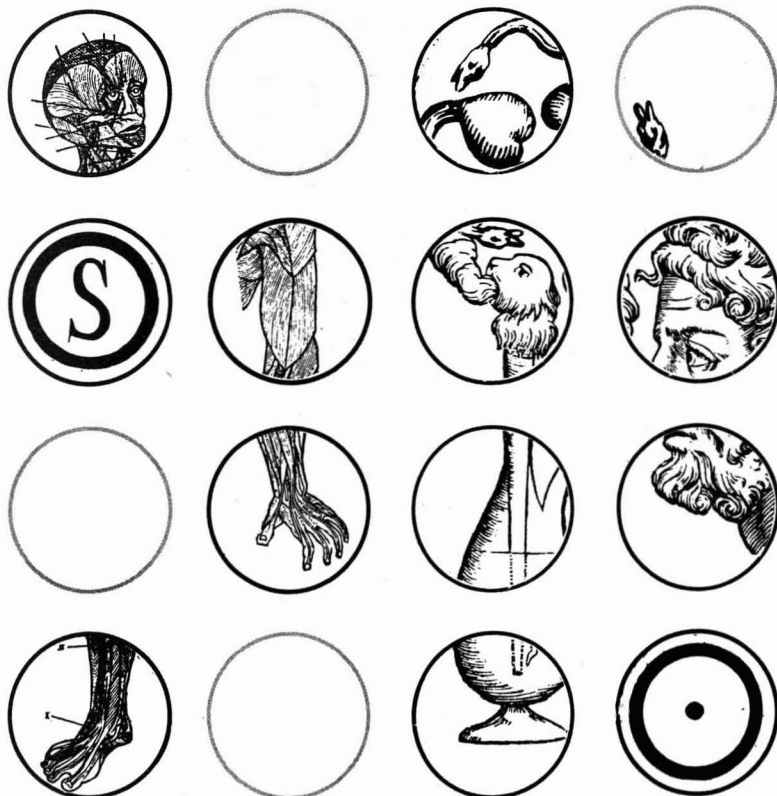
En estos días he estado releendo a Darwin porque me han pedido un prólogo para una edición nueva de *El origen de las especies* y el contraste resulta enorme porque Darwin es ejemplo de lo contrario. Darwin es el hombre que hace una gran recogida de material experimental en su famoso viaje de circunnavegación para después observarlo cuidadosamente para elevarlo a teoría. Después de su regreso a Europa, va publicando sus primeras observaciones y en dos años hace una primera comunicación de pensamiento aún convencional. Más tarde vuelve a considerar lo recogido con un pensamiento cada vez más alto y al cabo de veinte años de reobservar escribe *El origen de las especies*. Luego vuelve a pararse, vuelve a acumular observaciones y realiza la última floración de su pensamiento. Ese, a mi modo de ver, es un ejemplo de cómo procede la ciencia real: un latido entre la observación concreta y el pensamiento. Eso, naturalmente, está hoy perdido en una parte fundamental.

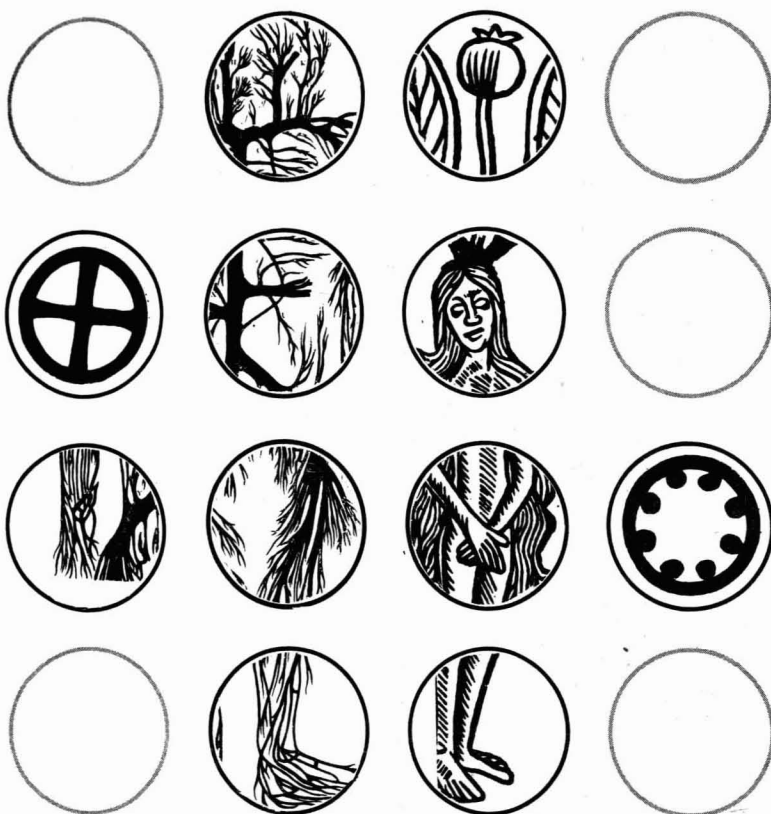
F.A. ¿Para mejorar la situación propondría Ud. un cambio de las estructuras educativas?

F.C. Claro, yo creo que lo que hay que cambiar es la actitud del investigador ante la problemática. Hay que volver la atención a la problemática del ser vivo. Ni al problema de las piezas a nivel molecular, sino al problema del ser vivo. Es decir: qué diferencias esenciales hay entre el ser vivo y lo que no lo es. Naturalmente tiene que haber algo muy esencial que alcanza al Universo, porque es el Universo lo que ha alumbrado eso muy peculiar que es el ser vivo. Entonces, intentar recoger el riquísimo acervo de datos que se han acumulado desde Darwin hasta nuestros días y organizarlos de manera que entendamos cómo de la evolución conjunta del Universo surge el ser vivo y qué es, así explicado por su origen, un ser vivo. Qué diferencia a un ser vivo de una máquina cibernética. Qué es lo que nos diferencia a Ud. y a mí, que estamos aquí hablando y entendiéndonos, de cuanto esté muerto. Hay que elevarse a ese problema. Claro que eso obligaría a cambiar la enseñanza. Lo que Ud. dice es completamente cierto. Antes le dije, que, en tiempos, estuve muy interesado en hacer un instituto que precisara qué es lo que hay que enseñar.

F.A. En campos como el de la literatura o la filosofía españolas se han visto muy claramente los efectos de cuarenta años de dictadura. ¿Qué ocurrió con la ciencia?

F.C. Yo creo que con la ciencia ocurrió igual, pero de modo más grave. Más grave porque la literatura o la filosofía pueden encontrar personalidades más fácilmente por tratarse de un trabajo menos corporativo. En esos cuarenta años la ciencia





fue aniquilada. Las personas tuvieron que irse o fueron apartadas de la enseñanza. Además se persiguió al pensamiento. Pensar libremente no era posible. Por ejemplo, durante mucho tiempo, el pensamiento libre sobre el propio evolucionismo estaba prohibido, desarraigado de la enseñanza. De modo que, como formar científicos es muy difícil y muy lento, yo creo que los efectos de esos cuarenta años sobre la ciencia van a requerir generaciones para remontarse.

F.A. *¿De manera que, a pesar de que incluso algunos sectores de la Iglesia lo han aceptado, el evolucionismo en España era prohibido?*

F.C. Bueno, yo no tengo datos, entiendo que sí. Lo que puedo decirle es que en los años cincuenta dí unas conferencias reunidas en un librito editado por "Taurus" que se llama *Introducción al origen y evolución de la vida*. Esas conferencias fueron presididas por un sacerdote liberal, el padre Zaragüeta, antiguo profesor de la Universidad de Madrid. Entonces un profesor joven de la Universidad se levantó y le dijo: "¿No se da Ud. cuenta de lo que está diciendo este hombre, de que está metiéndose con el pensamiento de Ud.?" Es decir que un biólogo me condenó públicamente de este modo dogmático en tanto que, afortunadamente, el sacerdote —que era hombre culto y que estaba algo dormido, pero no del todo— se levantó y dijo: "Déjeme Ud. a mí porque lo estoy entendiendo y estoy de acuerdo con él". Es decir que el que me impugnaba, en lugar de argumentar con el pensamiento, incitaba a la Iglesia para que me fulminara. Guardo una foto-

grafía donde estoy como diciendo "¿Qué hacemos, nos incitan a pegarnos aquí?" Ahora resulta divertido, pero revela que la lucha contra el pensamiento era manifiesta. Había que tener un enorme cuidado.

F.A. *¿Es optimista su visión sobre el futuro de la ciencia en España?*

F.C. Bueno, tengo una visión optimista del avance de la ciencia en general, sin precisar el país. A mí me parece que en todo el mundo la ciencia va a avanzar, tanto al servicio del *statu quo* como para enderezar al *statu quo* y ponerse realmente al servicio de las necesidades humanas. Creo que en España había una gran tradición cultural, pero esta tradición, como me decía Ud. antes que ocurre en México, se ha deshecho. La radio, la televisión, el desarraigo de las clases campesinas que vienen a la ciudad, todo esto determina que el fondo cultural autóctono del país se desintegre, de modo que, cada vez más, el mundo se está unificando desordenadamente. Pero, en cambio, la necesidad de resolver los tremendos problemas que crea la técnica va a hacer necesario que se recurra a la ciencia verdadera. Tarde o temprano la ciencia ha de renacer. En ese sentido soy optimista, pero no particularmente en el caso de España, porque no sé cuál sea su destino político. Lo que puedo asegurarle es que yo haré lo posible por ayudar.

F.A. *Volviendo la vista al pasado, ¿cómo se desarrolló su trabajo en aquellas condiciones tan adversas?*

F.C. Voy a decirse claramente: trabajé siempre en la industria privada, pero asumiendo el propio medio para negarlo constructivamente. No me he dejado asimilar y he estado exilado sin salir del país. Eso me obligó a una adaptación a las formas. Aquí era todo muy formal: en muchos aspectos obligaron a llevar corbata y hubo una gran campaña por el sombrero. Hubo que adaptarse y eso provocó en mí una radicalización del pensamiento científico, radicalización que está tan manifiesta en mis libros de antes como en los de ahora. Yo me afirmé en mi pensamiento y lo fui desarrollando. Busqué entonces algún apoyo exterior. Mi trabajo de inmunidad, que me llevó mucho tiempo, pude desarrollarlo porque en la industria había restos liberales dispuestos a ofrecer apoyo. La fidelidad a la vocación científica me obligó a hacer las cosas como fuera posible. Me sobrepuse a la tentación de decir "no puedo hacer nada aquí" de ahí el especial carácter que tiene mi trabajo.

F.A. *¿Las industrias que le acogieron eran simples mecenas o su trabajo tenía una aplicación práctica para ellas?*

F.C. No eran mecenas. El primer sitio en el que estuve fue "Zeltia". Ahí pase cuatro años trabajando en temas de investigación aplicada. Luego pasé a una empresa por entonces muy próspera que permitía una cierta libertad que aproveché para trabajar en problemas más científicos. Pasamos a traba-

Aristóteles





Lysenko

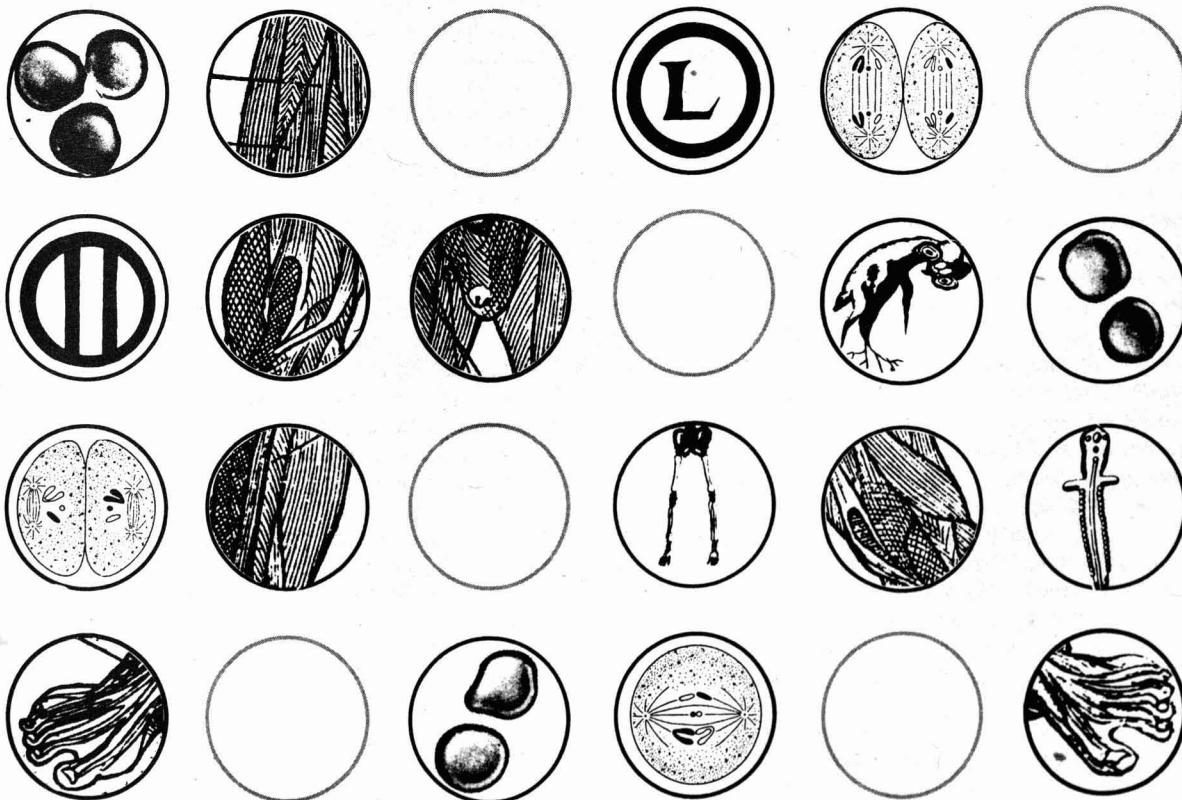
jar sobre temas circunstanciales de interés práctico inmediato, pero a los que yo procuraba elevar a pensamiento teórico. El resultado siempre inesperado de este modo de proceder fue a veces notable. Por ejemplo, nos proponíamos hacer un antiácido, lo que nos llevó a estudiar antes la secreción gástrica y, en concreto, cómo el estómago produce clorhídrico. Pues bien, la consideración teórica (evolucionista) de esta función desembocó, para mi sorpresa, en el descubrimiento del probable origen del primer animal, que, en definitiva, hubo de reducirse a una mera gástrula, como es hoy un celentéreo. Pero, no obstante, la empresa no acogía nuestros productos y prefería adquirir patentes extranjeras de comercialización confirmada. Y esto fue lo que nos llevó a renunciar. Entonces fuimos acogidos durante diez años por Juan Huarte, persona intelectual y moralmente muy valiosa. Él montó una empresa de investigación para resolver problemas y dirigir un conjunto de industrias alimentarias. Eramos pues una empresa que vendía investigación. Y cuando esto estaba en su mejor momento, la crisis provocó que Huarte abandonara este gran proyecto y nosotros, de una manera suave pero angustiosa, hemos pasado a nuestro estado actual que es muy bueno.

F.A. ¿Además de la oferta de trabajo en Alemania, ha tenido tentación de emigrar?

F.C. Yo intenté emigrar al principio y me apresaron en el puerto. Me metieron a la cárcel. Pero el encierro fue una etapa muy importante para mi

formación. Recuerdo esa época como una de las más fecundas de mi vida. Yo conocía mal el alemán y, trabajando bastante, traduje la *Historia de Roma* de Mommsen lo que perfeccionó mi alemán. Aprendí inglés e italiano. La base matemática la obtuve haciendo los dos primeros años de ciencias exactas. Mi secreto personal fue tomar lo provisional por definitivo. Me dije, bueno, voy a estar aquí unos años; entonces me lo tomé en serio. Y yo creo que me sacaron antes de tiempo. Tenía un pequeño programa y, si me dejan un año más, hubiera redondeado mi formación... luego ya no he podido hacerlo.

Cuando salí me pude colocar en "Zeltia" desde entonces ya nunca he pensado en emigrar porque tuve la enorme suerte de encontrar un trabajo donde había uno de esos profesores de formación antigua, un profesor europeo que había sido expulsado de su cátedra. Empecé a trabajar y el trabajo le hace a uno no acordarse del riesgo. Por aquel tiempo gané una beca para ir a Estados Unidos. Yo había descubierto una enzima, la insulina, y por recomendación de mi maestro intenté ir a estudiarla y producirla, así que gané una de las primeras becas que se dieron en el Ministerio de Educación Nacional. Luego me enteré de que había sido vetado y noté que no me importaba. Sentí una alegría tremenda porque me di cuenta de que yo estaba por encima de la arbitrariedad. Ahora sé que aquella alegría al parecer insensata era una alegría muy razonable. Porque, de haber ido a los Estados Uni-





dos en ese tiempo, tenía el peligro de haber vuelto a España con el hábito de los medios que aquí no hubiera podido tener. Es más corré el peligro de que, de alguna manera, me hubiese desviado del que había de ser mi camino.

F.A. *Ultradarwinismo, neodarwinismo, neolamarquismo, vitalismo, finalismo...* ¿a qué atribuye Ud. que haya tal diversidad de hipótesis sobre el asunto de la evolución?

F.C. Bueno, creo que son opiniones fragmentarias. Creo que todas son mantenidas por el particularismo de la especialización. Son consecuencia de la falta de aplicación del intento científico de ir desde lo concreto al todo. Me parece que en todas esas opiniones hay cabos de verdad.

F.A. *Si por ciencia se entiende el conocimiento de las cosas del mundo con cierta certeza —y digo cierta porque ya es sabido que la certeza absoluta no es cosa de este mundo—, se opondría Ud. a considerar que, por ahora, la evolución está situada fuera del alcance de la ciencia?*

F.C. En efecto, me opongo. Yo creo que la evolución es objeto de la ciencia. Más que eso: creo que es un hecho científico básico de toda ciencia. La base de la ciencia es la coherencia de la realidad. Es el hecho de que, la realidad consiste en procesos coordinados de manera tan estable, con los seres que los producen, que permiten la experiencia y los cambios dirigidos, que permiten hacer previsiones. La evolución es un hecho que, además, se extiende a todos: a lo vivo y a lo inorgánico. Lo que ocurre es que es un proceso en cuyo conocimiento se va

avanzando lentamente. Creo que es el nexo que une a las distintas ciencias y está en la base de la ciencia desde su origen, Aristóteles decía ya que no puede conocerse nada sino por su origen... y Aristóteles es uno de los padres reales de la ciencia, del pensamiento racional. Yo creo que el pensamiento evolucionista es básico para toda ciencia. Se extiende a la Geología desde Lyell, se inicia muy enérgicamente en la Biología con Lamarck y con Darwin, comienza en la Cosmología con Kant y con Laplace.

F.A. *Pero teniendo en cuenta las diferencias entre asuntos como la posibilidad de formular predicciones o la ventaja de repetir una y otra vez tal o cual proceso, ¿no cabría establecer una diferencia excesivamente acusada entre disciplinas como la física del estado sólido y la evolución biológica?*

F.C. No cabe. Prácticamente no sé nada de la física del estado sólido, pero evidentemente avanza con el avance general de la Física. La coherencia general de la realidad hace que todos sean aspectos complementarios de un mismo proceso. La posibilidad de previsión, de barruntos de lo que pasó y la repetición, la comprobación experimental de lo que actualmente pasa son dos aspectos complementarios. Una de las bases de mi pensamiento biológico es la fecundación constante de los conocimientos de filogénesis, de no importa qué ser, de la ontogénesis de él y del proceso instante-instante del mismo ser. Evidentemente, los problemas de filogénesis, el problema de cómo surgió el primer animal, por ejemplo, no puede hacerse en el laboratorio, porque el primer animal surge de la evolución conjunta de todas las células, de todo el nivel inferior. Eso es irreplicable, pero un reflejo de eso, que tiene que dar cuenta de si es correcta la inducción del trabajo filogénico, que tiene naturalmente una posibilidad distinta de ser abordado experimentalmente, es entender cómo surge cada animal y qué es cada animal, cómo se mantiene la unidad animal en cada momento.

F.A. *¿Considera que su teoría acerca de las causas de la evolución resultará suficientemente convincente como para que se unifiquen los diversos criterios evolucionistas que existen actualmente?*

F.C. Pienso que sí, que al menos ese es mi propósito. Quizá el salto que ha de dar la ciencia es el de satisfacer la necesidad humana de comprender la realidad *in toto*. Ese esfuerzo es, evidentemente, el que intento hacer. Pero que quede bien claro: nunca he intentado remendar, nunca he tenido delante a Lamarck ni a Darwin, sino que lo que he tenido presente son los hechos. Por ejemplo, hechos de inmunidad que me sorprendieron porque su interpretación estaba en contra de la interpretación vigente. Otro hecho sorprendente: como le dije, el tratar de entender el funcionamiento de la glándula fúndica del estómago, cómo está hecha, cómo pudo llegar a ser, me llevó a entender el origen del animal. Esa es la visión a partir del hecho. Cuando

Laplace





esta visión tiene cierta novedad y se ha realizado con mirada virgen, con mirada despreocupada y teórica, puede elevarse el pensamiento. Pero hay que conciliar una difícil cosa: el pensamiento libre, sin sectarismos, y el estudio de la realidad.

Hace un año me invitaron a la academia de Ciencias en Moscú y di una explicación —la primera con enfoque evolucionista— de la glándula fúndica del estómago, de cómo se ha hecho a lo largo del tiempo esta glándula tan sutil. Recuerdo que al intentar comprender la glándula fúndica, proyectábamos experimentación constantemente. Había dudas de cómo funcionaba ésto o lo otro. Pero, sorprendentemente, nunca llegábamos a realizar los experimentos, planeábamos un experimento que iba a durar dos o tres meses y encontrábamos el dato en un libro. Entonces resulta que hay inmensas cantidades de datos que no tienen interpretación y están perdidos como desechos inútiles... ¿Por qué? Porque no hay problemática. Se busca el dato por buscarlo, pero no para resolver nada. Eso es un estado terrible de la ciencia cuya causas habría que saber. Lo que mide al hombre de ciencia es la altura de su problemática. Y mi experiencia personal revela que mucha gente busca el dato sin otro propósito que publicar. Además existe un sometimiento de la ciencia a la actividad productiva en vez de que sea la ciencia la que guíe la actividad productiva del hombre.

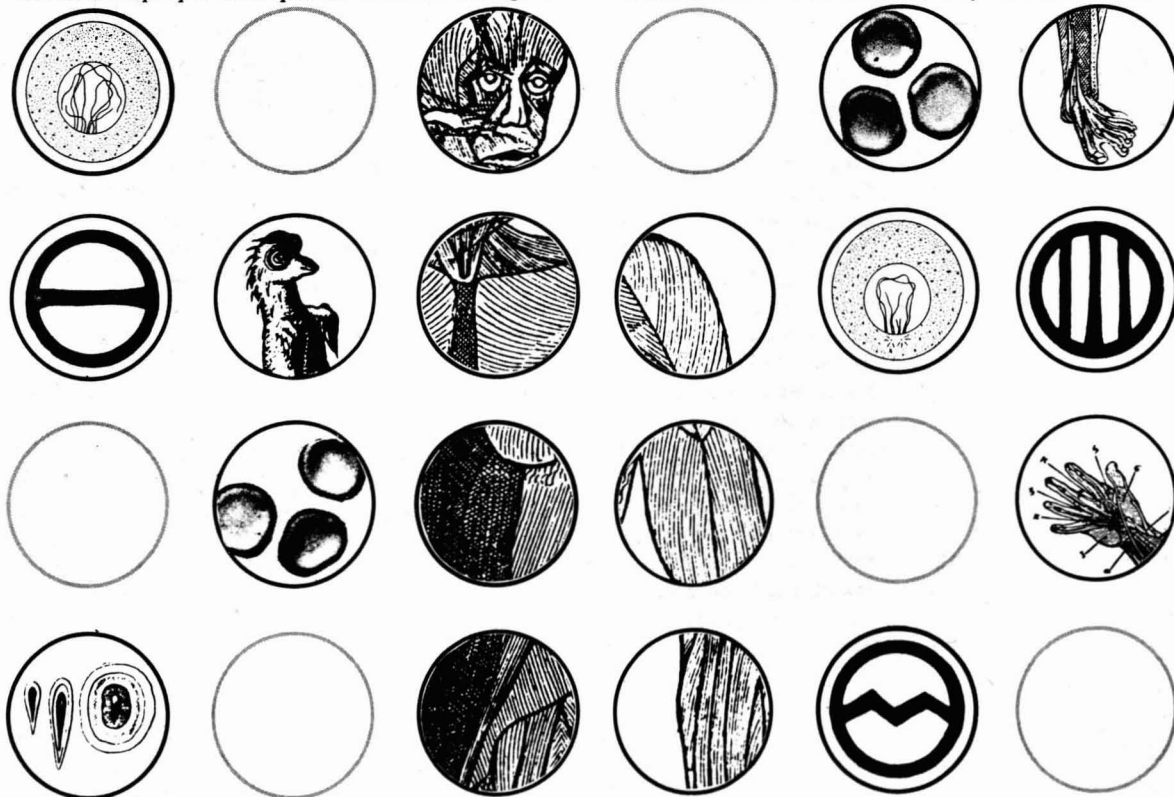
F.A. A pesar de que el punto central de su teoría se refiere a la alimentación, concede Ud. gran importancia a su propio concepto de herencia biológica.

F.C. Sí. Como es natural, la estabilidad de lo adquirido para perfeccionarse es tan importante como la alimentación. Pero me parece que la alimentación es algo más básico porque el proceso de conservación del individuo es básico para la conservación de las estirpes. Hay varios aspectos que he intentado entender y explicar en mis libros:

Primero: La herencia en los tres niveles. Una cosa es la herencia en el nivel protoplásmico, otra cosa muy peculiar es la herencia a nivel celular y otra es la herencia a nivel animal. La inmensa mayoría de los hechos conocidos se refiere a la herencia a nivel celular.

Segundo: Voy a intentar enfocar una relación cada vez más íntima entre la herencia y la ontogénesis. Lo que me preocupa no es la correlación de caracteres de un nivel con el de arriba, sino cómo se realiza la correlación, cómo, desde la célula, se produce un animal. Y no un animal cualquiera, sino un animal de alguna manera predeterminado por la célula. A mí me interesa el proceso ontogénico en relación con la herencia, lo cual constituye un proceso biológico clásico que está muy olvidado.

Tercero: Quiero estudiar la herencia en relación con la alimentación. Para esta interpretación intento ordenar todos los datos que se conocen porque la única posibilidad de entender algo es recurriendo al todo. Sé perfectamente que en Genética se han acumulado una cantidad enorme de conocimientos en dos niveles fundamentales: el conocimiento de los cromosomas, muy vinculados con la





herencia a nivel celular, y la estructura de los ácidos nucleicos vinculados al nivel protoplásmico. Esto es un tesoro de partida que hay que reinterpretar a la luz de un pensamiento distinto.

F.A. *Insiste Ud. mucho en un concepto nuevo de acción y experiencia.*

F.C. En efecto, es el concepto más básico de mi pensamiento. Opino que no hay posibilidad de agente, de foco de acción, sin que tome noticia de los efectos de una acción para corregir la siguiente. Eso es lo que distingue al ser vivo. Este concepto de acción y experiencia da cuenta, relaciona y necesita de otra serie de conceptos. Necesita, por ejemplo, del concepto de medio, entendido como aquel aspecto del exterior del ser vivo que es objeto de la acción y experiencia. O el concepto de organismo, es decir la cede de la individualidad capaz de recibir la experiencia, de tomar noticia. También requiere del concepto de soma como el conjunto de seres vivos del nivel inferior organizado para realizar la acción. La acción y experiencia distingue, pues, al ser vivo de los demás. Yo diría más: que es la propiedad definidora de los individuos de no importa qué nivel. De alguna manera, el átomo, la molécula, todo lo que es foco de acción, todo lo que es un genuino individuo, tiene a su nivel una aptitud para conservarse reaccionando de una manera coherente a lo que le es propio, de modo que yo creo que la conciencia del ser vivo es la manifestación de una propiedad básica del universo, lo cual convierte a la Biología en una ciencia básica, como fue la Física a principio de siglo.

F.A. *¿Cómo llegó a proponer la idea de que los seres vivos tienen tres distintos niveles de integración?*

F.C. Bueno, lentamente y luchando contra mis propios prejuicios, como corresponde al hombre de ciencia. El nivel protoplásmico, por ejemplo, que es realmente la aportación original primera, me lo impusieron ciertos fenómenos de inmunidad que demuestran que el primer ser vivo no pudo ser la célula. La célula no gobierna el nivel molecular ya que, por estar fuera de su acción y experiencia, es algo que ella no sabe hacer. Eso, unido a una serie de otros hechos muy confusos —porque entonces yo no tenía ni idea de los niveles de integración— me sugirieron que el protoplasma era el primer nivel del ser vivo. Luego me pareció evidente que la célula era el segundo nivel, pero en cambio tardé mucho tiempo en desechar al vegetal, en darme cuenta de que el vegetal no es, como el animal, una genuina unidad.

F.A. *¿Cómo visualiza entonces al vegetal?*

F.C. Como una colonia, una asociación de células, una asociación que tiene una profunda unidad pero que no está definida por su propia acción y experiencia. Ciertamente cada una de sus células la tiene, las autótrofas de las hojas, las del *cambium*, las de los pelos radicales, pero el conjunto yerto de tubos muertos que es un vegetal —que establece la conexión entre todas estas células tan sumamente dispersas— impide que sobre el conjunto de ellas se constituya una individualidad supracelular, caracterizada por un modo de acción y experiencia nuevo, integrado. Llegar a eso me costó años, porque el proceso del hombre de ciencia es el testimonio de su torpeza, de la dificultad para quitarse ideas arraigadas a veces tontas y pueriles.

F.A. *Entonces quedaron sólo tres niveles de integración.*

F.C. El protoplásmico, el celular y el animal. Y dentro del animal está incluido, el hombre aunque, naturalmente, como animal muy distinto de los demás, como un animal con carácter evolutivo muy notable. Pero lo que me parece interesante es el concepto mismo de niveles de integración que es muy distinto del concepto habitual de niveles. Me refiero a los niveles de genuinos focos de acción y experiencia. Para decirlo de una manera más popular: a los niveles de conciencia. Eso es lo que yo llamo niveles de integración. Que además se sostienen siempre directamente sobre los niveles de conciencia inferiores. Es decir, la *psique*, el foco de conciencia del animal, está sostenido directamente no sólo por interacciones de neuronas, sino por los organismos de las neuronas mismas. Hay realmente una pirámide de focos de conciencia que naturalmente en la base remite a la molécula. Los niveles inferiores deben tener esa propiedad de acción y experiencia de una manera modestísima y peculiar impensable para nosotros. Pero nuestra libertad no podría ser si dentro de la coherencia de la realidad



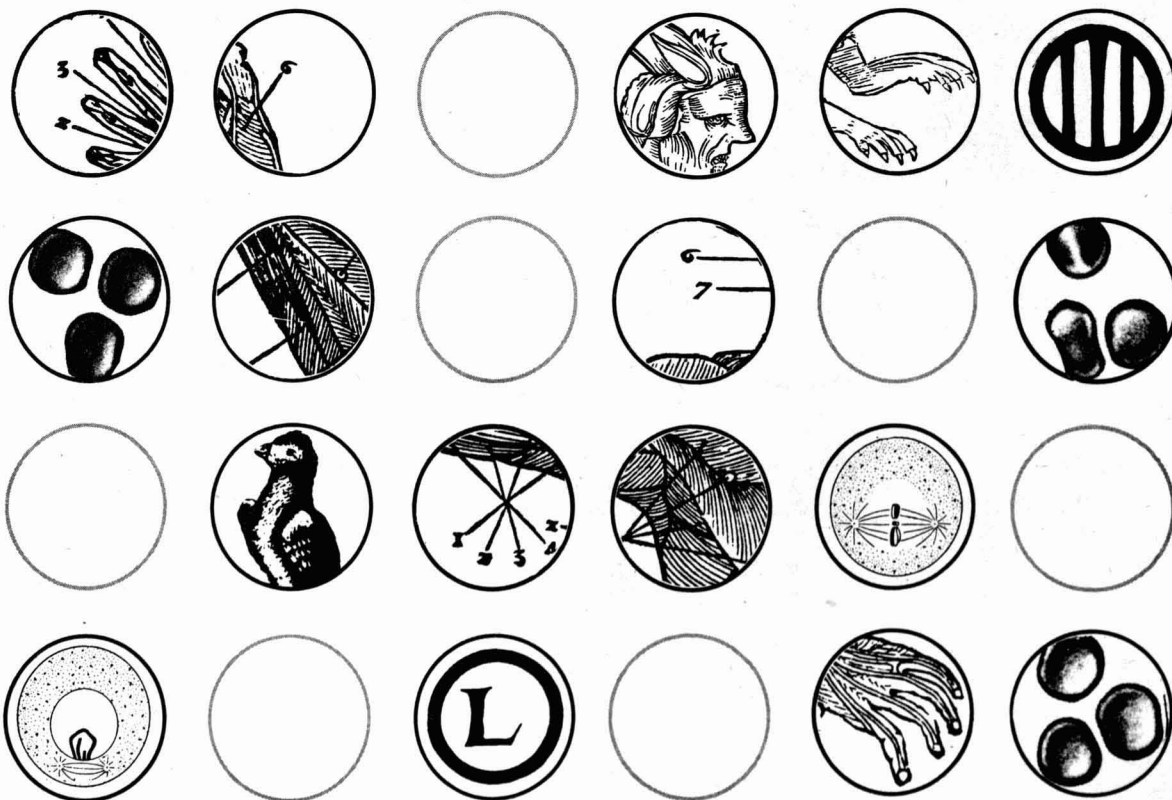
Pavlov

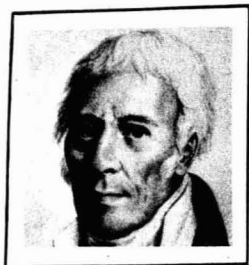
no estuviera basada en el cuánto de libertad propio de los niveles inferiores, en el hecho de que la célula no está rígidamente predeterminada, sino que también es un ser vivo distinguido por su propia acción y experiencia. El estudio de todo esto es la aportación más importante de nuestro trabajo.

F.A. Teniendo en cuenta lo que decía Ud. de lo difícil que es sacudirse los prejuicios ¿no le preocupa que su concepto de animal sea considerado vitalista?

F.C. No, no me preocupa nada porque no es en modo alguno vitalista. Quiero exponer brevemente cuáles son las diferencias fundamentales entre el vitalismo y mi interpretación del animal, de la célula y del individuo protoplásmico. Para el vitalista —que indudablemente atisba un cierto fondo de verdad— existe una diferencia entre el ser vivo y el no vivo que él atribuye a una energía *sui generis* despegada en cierto modo del resto de la realidad; a la fuerza vital totalmente ajena a mi modo de pensar. Nuestra interpretación, que procura ser genuinamente científica, consiste en explicar al ser vivo en términos del resto de la realidad y viceversa, es decir, aplica el conocimiento del ser vivo para interpretar el resto de la realidad, lo que es objeto de la Química, de la Física, etc. Por ejemplo, el organismo, que es la sede de la acción y de la experiencia de todo ser vivo, es para nosotros, en primer lugar, un campo físico de naturaleza determinada y perfectamente coherente con lo que hay fuera. Fíjese que he dicho un campo físico de naturaleza determinada, no un campo de fuerza vital especial.

Además es distinto en los animales, en las células y en los individuos protoplásmicos. En segundo lugar hay, como ya lo he dicho antes, una relación muy estrecha entre los individuos (organismos) de distinto nivel. Se trata de las mismas relaciones que existen entre los campos físicos de distintos niveles. Como las que se dan por ejemplo, entre el campo magnético y el eléctrico que estudiaron Faraday y Maxwell. No puede haber más que esa naturaleza física. La naturaleza física del campo en que reside la individualidad de la molécula impone la naturaleza física del campo en que reside la individualidad del protoplasma, la del protoplasma impone la de la célula y ésta la del animal. Se trata, pues, de una interpretación científica. En tercer lugar, para mí hay necesariamente una comunidad de naturaleza física entre el estímulo propio de cada nivel y el organismo, esto es, la sede de la individualidad propia de él porque de otra manera no podría el estímulo actuar coherentemente, no podría ser acogido. Si el estímulo que organizan entre todas las neuronas para actuar sobre la *psique* del animal no tuviera la misma naturaleza que la *psique* del animal, este no podría responder a él coherentemente. Resulta, pues, que el estímulo es algo integrado que viene de fuera y tiene la misma naturaleza que la unidad que lo recibe. En definitiva, en nuestra teoría lo vivo resulta y se relaciona con lo inorgánico de un modo comprensible en un universo entendido monistamente. Como puede Ud., ver, nada tiene en común con el vitalismo, sino en lo que éste





Lamarck

supone de reacción al mecanismo vulgar, a reducir el ser vivo a una máquina, lo que para mí es monstruoso.

F.A. Es evidente que es Ud. un biólogo materialista antagónico del finalismo y contrario también a ese pensamiento mecanicista que cree que la vida y la evolución son producto del azar. Lo que ya no me resulta tan claro es si se siente afín de los biólogos neolamarquinos.

F.C. Le digo clarísimamente que yo no me considero neolamarquiano, como tampoco me considero darwinista. Lamarck y Darwin son el pasado, como el vitalismo. Ahora bien, a Lamarck hay que integrarlo para poder negarlo de una manera conveniente. A los ciento setenta años de aparecida la *Filosofía zoológica*, hemos de volver a estudiar a Lamarck pero sólo porque la Biología posterior no ha dado cuenta de él. Lamarck es un hombre genial que plantea problemas muy concretos, muy reales. Dice: la función crea al órgano, lo que guarda un evidente fondo de verdad. Dice: la evolución de los animales tiende al hombre, lo que no pasa de ser un expediente teleológico falso. Lo único verdadero es que de la evolución de los animales ha salido el hombre. Por otra parte, tiene ideas notables en sí erróneas pero que merecen ser reconsideradas a nueva luz, como su aseveración de que los caracteres adquiridos modelan el ser y modelan la evolución; así parecen imponerle las apariencias. Parece verdaderamente que el cuerpo de la liebre se ha he-

cho corriendo y el cuerpo del león atacando, y que todo cuerpo animal es una suma de caracteres adquiridos. Pero resulta que los caracteres adquiridos no se heredan. He ahí el conflicto que ha de explicar la biología actual. Lamarck nos plantea el problema si bien no lo resuelve. Hay que explicar cómo los caracteres adquiridos modelan la evolución a pesar de no ser hereditarios. Ese es nuestro problema. En el librito de *La evolución conjunta de los animales y su medio* critiqué a Lamarck. En aquella época leí el prólogo de *Volviendo a Matusalén* de Bernard Shaw en que critica a Darwin y se declara lamarquiano y que me pareció lleno de humor. Pero diez años después, al releerlo con más madurez, noté que no había tal broma, que Bernard Shaw estaba pensando hondamente y disfrazando su verdad de humor. Entonces me di cuenta que Lamarck tiene cabos de verdad de los que hay que dar cuenta. Hoy hay lamarquianos porque aún no se ha dado cuenta cumplida de Lamarck. El pensamiento de Lamarck nos resulta muy torpe, muy tanteador, pero plantea problemas que siguen sin resolverse. Cuando se resuelvan pasará a la historia como un creador cuyo pensamiento hubo que superar, pero no habrá lamarquianos ni habrá darwinistas. ¿Por qué hay hoy marxistas? Porque con Marx ocurre lo mismo. No se ha dado cuenta de él. Persiste, en lo que tiene de verdadero, sin ser incluido en un pensamiento mayor. Está ahí todavía, siendo objeto de ideología.

De mi enfoque del papel de los caracteres adquiridos en la evolución doy cuenta en dos libritos que van a salir pronto y que son un anticipo del final del tomo tercero y el principio del cuarto. En *La naturaleza del hombre a la luz de su origen* se trata precisamente en el caso concreto del origen del hombre, de cómo los caracteres adquiridos, sin ser hereditarios, están modelando la evolución.

Por lo demás, también el pensamiento de Darwin, a pesar de su gran fondo de verdad, no sólo tiene un horizonte limitado para nuestra problemática actual (ante todo, limita la evolución biológica a la de los animales y plantas) sino que padece de contradicciones y exige una revisión a fondo.

El caso es que la ciencia tiene que apoyarse en el pasado, pero no plegarse a él.

F.A. Acaso uno de los cabos sueltos que hay que rescatar en Lamarck sea la voluntad de los seres vivos para adaptarse al medio.

F.C. En cierto modo, aunque eso no es una voluntad, sino una necesidad que hay que explicar en función del resto; esto es, que hay que rastrear cómo está en lo exterior, cómo es una propiedad general del universo. Fíjese que el subtítulo de mi libro es *Historia natural de la acción y experiencia* que es como decir historia natural de la conciencia o historia natural de la toma de noticia. Lo que dice Ud., es, pues, correcto. En Lamarck hay cosas enunciadas de una manera muy idealista, pero a las que hay que dar satisfacción. El problema apasio-



nante de la Biología es el problema de la conciencia del ser vivo, el problema de lo que somos nosotros frente a todo lo inerte que hay en esta habitación. Porque somos focos de conciencia. Pienso que nuestra conciencia es objeto potencial de conocimiento, y que ese es el verdadero reto que tiene delante el biólogo actual.

F.A. Antes de configurar su teoría ¿cuáles eran sus ideas sobre la evolución?

F.C. Yo era darwinista. Tenía las ideas de todo el mundo y pensaba que eran indiscutibles. En el colegio no me enseñaron evolucionismo, pero en la universidad recibí el pensamiento clásico sobre la evolución y contra él he tenido que debatirme, no contra el creacionismo. Yo he sabido que, independientemente de que un espíritu supremo haya creado o no el cosmos, lo ha creado armónico en sí y sometido a su propio proceso paulatinamente inteligible.

F.A. Me refería, más bien, a que ha habido algunos bandazos dentro del evolucionismo.

F.C. Yo he sido un bioquímico atraído por el problema de la vida, que llega a ser un biólogo después de los cuarenta años. Entonces ya habían pasado esos bandazos de los que Ud. habla. Yo incluso he traducido a los neodarwinistas: a Dobzhansky, a Mayr, etc. Los he dado a conocer al público español a través de la *Revista de Occidente*. Luego me he dado cuenta de que propugnan una solución ecléctica, hacen un zurcido de teorías sin dar cuenta profunda de los hechos.

F.A. ¿Piensa usted que la ideología de un biólogo puede determinar que se adhiera a una u otra teoría sobre la evolución?

F.C. Claro. Dado el estado en que está la ciencia no puede ser de otra manera. Constreñido por la especialización, el problema de la evolución está todavía a nivel de ideologías. Acabo de estudiar casualmente un trabajo de Cajal en el que estudia la estructura y desarrollo del sistema nervioso y dice que las diferencias de opinión que hay en algo tan concreto como la histología se deben a la ideología. En el mismo momento que elevemos a ciencia la evolución, en el momento en que demos satisfacción a los lamarquianos, demos satisfacción a los vitalistas y a los darwinistas, se regirán otras discusiones que serán base de nuevas ideologías. En este momento no hay newtonianos ni copernianos porque sus aportaciones están asumidas.

F.A. Pero el problema se ha manifestado también en otros extremos. Lysenko es el ejemplo más famoso. Hubo un momento en el que cualquier biólogo que se considerara marxista tenía que adherirse al pensamiento de Lysenko.

F.C. Esta postura frente a Lysenko es un problema gravemente aberrante, porque Lysenko es un teórico deleznable. En Rusia hay un movimiento científico importante. Por ejemplo Pavlov y su escuela constituyen un movimiento serio. También Michurin, que es un científico sin gran altura teórica, pero honesto. Lysenko, en cambio, es un charlatán, es la anticencia. El científico debe distin-



Desde París

ALFREDO
BRYCE ECHENIQUE

EL CUENTO EN PRIMERA PLANA

La idea fue de Olver de León, joven crítico y profesor uruguayo, radicado desde hace algunos años en París. La idea no era otra que la de rendirle, al fin, un merecido homenaje, una primera plana internacional, a ese género literario que tantos escritores latinoamericanos practican (y en muchos casos con mayor acierto que la novela), pero que los creadores de las malas costumbres han reducido prácticamente a lo que podríamos llamar "la nada editorial". Es cierto, el mal no es exclusivo de nuestros países, pero existe y es grave en ellos, y son muy pocos los escritores que como Borges, Cortázar, Ribeyro, o Rulfo, hayan logrado un reconocimiento internacional en gran parte debido a sus cuentos.

Repito que la idea fue de Olver de León y nadie tan acosado y fatigado ("desbordado", me decía él), en los días que precedieron a este importantísimo evento cultural, como este joven profesor de la Universidad de París IV-Sorbona, en cuyas aulas y anfiteatros se llevaron a cabo la mayor parte de las sesiones, con el patrocinio también de otras prestigiosas instituciones culturales y compañías o sociedades comerciales.

Mencionar a todos los participantes sería realizar un catálogo demasiado extenso, si tenemos en cuenta que en el coloquio participaron autores, profesores y críticos venidos de Alemania, Bélgica, Canadá, Dinamarca, España, Francia, Holanda, Italia, Noruega, Suecia, Suiza, los Estados Unidos, y de prácticamente todos los países de América Latina. Más

importante me parece, por consiguiente, mencionar cuáles fueron los principales criterios que le dieron su unidad e importancia al evento y, a continuación, evocar algunos momentos del mismo o la participación de algún escritor o crítico de los que mayor huella dejaron en mi memoria.

El cuento en la literatura latinoamericana actual es el nombre que se le dio al coloquio, y en él todas las ponencias debían ceñirse a uno de los puntos del siguiente temario:

- Tentativa para una definición del género.
- Búsqueda de un denominador común en la producción del cuento latinoamericano.
- Relación entre los aspectos técnicos del cuento y la realidad latinoamericana.

Cuatro largos días (9 al 12 de mayo) de trabajo. Se empezaba hacia las 9 de la mañana y, a menudo, las discusiones en torno a tal o cual ponencia se prolongaban hasta después de las 10 de la noche. Más los festejos posteriores, porque quién no sabe que estos coloquios son también ocasión de encuentros y desencuentros entre escritores cuyos destinos los han llevado, por muy diversas razones, de un país a otro.

Era imposible que el coloquio no se iniciara con un sentido homenaje a ese gran maestro de la narrativa latinoamericana contemporánea que fue Alejo Carpentier. Olver de León fue el encargado de hablar de aquel notable representante de nuestra cultura, de aquel magnífico creador y crítico, de aquel brillante historiador y teórico de nuestras letras que fue el escritor cubano. Un minuto de silencio, y todos los asistentes pudieron sentir el peso de una gran ausencia: Alejo Carpentier, infatigable animador de este tipo de eventos, entre



muchas otras actividades, había fallecido en París pocos días antes.

Ponencias excelentes: muchas, muchísimas. Sería inútil tratar de resumirlas en un artículo como éste, pero con toda seguridad el público que no asistió al coloquio podrá ir las leyendo cuando se empiecen a publicar en las Actas Finales o en revistas especializadas. Casi todas dieron lugar a animados debates, tras los cuales venía, cada tarde o cada noche, el plato fuerte del día: los escritores presentes leyendo, en su mayor parte, cuentos inéditos que también serán publicados posteriormente como un testimonio más de la importancia que ha tenido en Francia este coloquio. Una gran iniciativa, sin lugar a dudas, cuyos efectos irradiarán a otros países y que está destinada a revivir entre nosotros el interés por este género literario.

Julio Cortázar, momentáneamente ausente de París, estuvo veintiséis años presente en esta ciudad gracias al filme, "Julio Cortázar", en el que el extraordinario escritor argentino evoca con finura, humor, e inteligencia el cuarto de siglo que ha vivido en Francia. La presentación de esta obra, realizada por el joven cineasta y periodista uruguayo Claudio Namer, fue uno de los acontecimientos que mayor expectativa despertó entre el público asistente.

De las muchas y a menudo excelentes lecturas, una de las que realmente dejó honda huella entre el público, fue la del siempre silencioso, parco y tímido escritor peruano Julio Ramón Ribeyro. Quienes conocemos a este gran artífice del cuento siempre tememos que a último momento desaparezca por alguna puerta lateral o algo así. Pero Ribeyro esta vez se quedó, leyó, y dejó pasmado a medio mundo. Tuve el honor de ser la primera persona que conoció aquel cuento inédito que tanto impresionó. En efecto, pocos días antes del coloquio, Ribeyro me invitó a cenar a su casa y me manifestó su deseo de leerme "el último cuento que escribía en su vida". En fin, que no se asusten los amantes de la obra de este escritor: cada vez que lo veo, y ello sucede bastante a menudo en París, "acaba de terminar el último cuento que escribe en su vida" Pero cada año o casi sale un tomo más de esa obra extraordinaria que es *La palabra del mudo*. Ribeyro es, sin embargo (según sus propias declaraciones), un hombre que siempre ha pensado en el cuento y raramente en el libro. "Hipótesis" (título provisional del cuento al que me estoy refiriendo), es precisamente uno de aquellos relatos escritos sin pensar que algún día formará parte de un libro. Y como tal me conmovió y con-

movió también al público. Un mundo entero, íntegras las posibilidades de la desesperación humana (y todo ello a partir de una *banal* elucubración literaria en torno al adulterio, aunque como dice el personaje central, citando a Monet: "Son las relaciones entre el tema y yo las que me interesan"), enorme la capacidad totalizadora del cuento que una leyenda negra atribuye exclusivamente a la novela, surgían a borbotones del relato de Ribeyro. Como en una gran lección. Y así sucedió con muchos otros autores, y por eso, al terminar el coloquio, tras las ponencias cuya finalidad fue penetrar a fondo en el secreto de nuestro cuento actual, las discusiones que permitieron establecer enriquecedores y muy diferentes puntos de vista en torno a este género, y tantas lecturas de calidad inolvidable, quién no regresó a su casa convencido —si no lo estaba ya antes— de que había que tomar una nueva actitud ante un género que no es mayor ni menor tampoco; que es y punto, aunque por breve la gente que confunde cantidad con calidad haya pensado alguna vez que había allí menor creatividad, menos arte, más pereza, y mucho menos grandeza.

París, mayo 1980

DISPARATARIO

CARLOS ILLESCAS

CARTAS A LUCRECIA

Bella y recordada amiga:
Otaola no hubiera permanecido indiferente ante los múltiples talentos que usted despliega, y menos aún frente al encanto que rodea su persona como un subrayado del arte de vivir. Se hubiera entusiasmado y sin



que se le pidiese habría disparado en el espacio de un minuto, muchas, muchísimas greguerías, con objeto de rendirle tributo a usted y recordar, de pasada, la ingeniosidad impetuosa de su maestro, y de tantos otros, Ramón Gómez de la Serna.

Usted, mientras tanto, habría experimentando una instantánea simpatía por Otaola, cuya verbosidad solía configurar mundos en los cuales el absurdo efectuaba, en manera consecutiva, pero sin atropellarse, un *streap-tease* tras otro hasta producir la impresión de que la tierra es un largo filme rodado por la melancolía que empuja hacia la resaca de los tiempos idos.

Usted, en un respiro de Otaola —que también acostumbraba tomárselos— le preguntaría cualquier cosa en relación con el tiempo presente. En este punto, él afocaría con la precisión del humanista los cambios que experimenta el mundo. No disimularía su entusiasmo por la gente joven empeñada en penetrar en los problemas que nos acoquinan —palabra sobre la que él, de inmediato, haría un juego—, y juntamente con el entusiasmo mostrado daría dos o tres juicios sobre la última novela de autor español que había leído. Pero no piense usted, exquisita amiga, que la cita devendría ociosa, sino más bien compareciera ilustrando el tema de los hombres que a los 18 o veinte años de su edad, asumen la tarea de rescatar el mundo de manos de transnacionales o gorilas que lo aplastan. Y es que él fue siempre persona colocada de frente al mundo que nos hiere.

Como todos cuantos lo trataron, usted se percataría de su aseo personal, éste acentuado por ropas bien cortadas a la antigua usanza. Deseo expresar con este conato de evocación que Otaola no admitió el *rock and roll* como ejercicio de vida y por

lo mismo su repajolera *weltanschauung* la depositaba en el cante jondo, a ratos en la zarzuela y el tango. Usted habría distraído sus bellos ojos repasando su discoteca. Allí fraternizaban las cartageneras con las zaetas, los fandanguillos de Huelva con las mineras de Asturias; y desde luego polos y martinets tenían su nicho propio, sobre todo si el cantador era Don Antonio Chacón o la Niña de los Peines. Ya usted imaginará cómo era de gitano Otaola, condición de ser y estar bien con Dios y con el duende. Y eso que su patria era San Sebastián que él trasplantó a Madrid, el que después trajo a México no sin antes pasar por San Felipe Torres Mochas, de donde era la también llorada Margarita Paz Paredes.

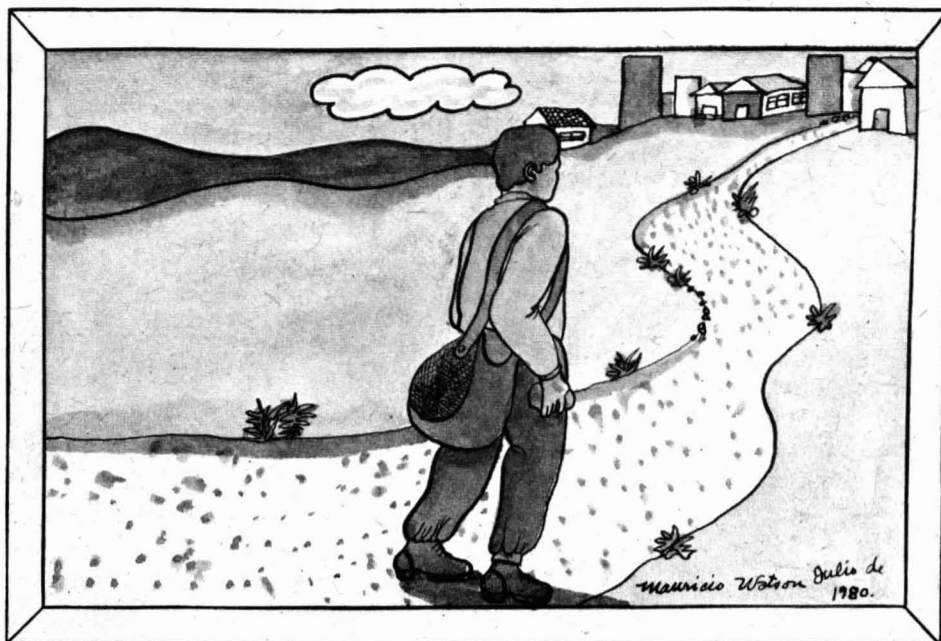
Amicísimo de Pedro Garfías, Otaola durante muchos años recibió debido a los oficios de Garfías, lecciones preciosas sobre lo que es el jipío y como debe emitirse. "No, decía Garfías frente a nosotros, teniendo a la vista a Otaola y a Josu Rejano, las corraleras de Manolo Caracol son adulteración de la verdad del cante. El único que las cantaba de verdad, metida el alma en el sol negro del jipío fue el Niño de Caravaca."

Pero no crea usted que Otaola se la pasaba en los tablados del diario existir entre cante y cante. Trabaja también. Y creo que más de lo necesario. Pero así era él. Orgulloso de sus tareas en una Oficina cinematográfica donde no lo entendían, Otaola, el gran Otaola, casi casi como una réplica empaticante del Barthleby de Herman Melville, desde las primerísimas horas de la mañana, diga usted las seis, se hallaba frente a su escritorio de trabajo. Acompañado nomás por los primeros colores del alba leía todos los libros que es lícito —y también ilícito— imaginar. Sobre todo novela. Si a usted se le hubiera ocurrido, por ejem-

plo, preguntarle por Gunther Grass en los momentos en que éste escribía sus primeras páginas, Otaola, con la seriedad azul cantábrico de sus ojos le habría dicho todo cuanto resultaba operante conocer en torno al autor. En efecto, poseía la intuición suficiente para saber que tanto en Alemania como España y la Argentina, pasando por México desde luego, siempre está naciendo un Gunther Grass. Era medio brujo en cuestión de saber dónde puede hallarse el hecho literario en su más acendrado grado en una novela, sin que para dicho efecto debiera siquiera hojearla. No tenía medida. Pero ha de saber, admirada, dulce amiga, que Otaola se hizo de casi toda su vasta cultura en esta ciudad. Solo le bastaba tomar conciencia de sus carencias como para imponer una praxis del conocimiento impostergable. Un día se dijo, no sé nada de literatura norteamericana. A los tres meses, ya la había leído toda. Y así, ocurrió con la francesa, la alemana, la rusa y pare usted de contar.

¿Y con la música qué? Hace muchos años, en un precario tocadiscos, hacía desfilar a todos los maestros que en el mundo han sido. A mí —perdón por ponerme de por medio— muchas veces me sorprendió con obras y autores que no registraba mi conocimiento. Solamente la música, yendo por otros montes ubedeanos, alcanzaba a aplacar su sed verbalizante. Frente a ella permanecía serio; a veces gesticulaba como si tratara de imitar los movimientos en el atril de Bruno Walter. La Landowska le había sorbido el seso, y el concierto para orquesta de Bartok le arrancaba lágrimas de entusiasmo. En este punto refería cómo un tío suyo allá en la vieja España lo había destinado a clarinetista y que pese a padecer la rutina del solfeo y demás molestias de un aprendizaje que no se consumó, nunca llegó a odiar la música, sino todo lo contrario. La amó siempre y, por fortuna, fue correspondido por ella.

Resultará para muchos casi imposible hacerse de un amigo de las alturas de Otaola. El había nacido para immortalizar a todos cuantos le concedía su afecto. Al minuto quedaba uno informado de la vida prodigiosa y andanzas admirables de Don Antonio Granados, por ejemplo, quien además de jurista de campanillas, era excelente cocinero, buen padre de familia y autor de páginas literarias dignas de figurar en lo más escogido de las antologías. Retrartista por natu-



raleza, Otaola iba de las epopeyas personales a las epopeyas íntimas. En este último capítulo dejó admirables cuadros como el que le hizo en pocas pinceladas verbales a Tito Monterroso (Augusto para sus íntimos): "Monterroso es tan chiquito, tan chiquito, que no le cabe ni la menor duda."

Pero también sabía arrebatarse frente a la solemnidad, la pedantería y la injusticia, que, al parecer, son toda y una misma cosa. Los fariseos, los cagatintas, los calvos falsos, los prefacistas de la cursilería, los epatantes, caían en las ergástulas que él tenía preparadas para encarcelar a tales bichos. En un breve libro, cuento moral similar a *La hora de todos* y *la fortuna con seso* y *El mundo visto desde dentro*, de Quevedo, Otaola refiere que hay un lugar muy mexicano adonde van quienes por los vicios referidos, merecen tal condena. Si usted deseara obtenerlo, lo cual habrá de resultar casi imposible, oriéntese por estos datos: *El lugar* ese, Editorial Los Presentes, que hace varias décadas dirigió el hoy celerípedo Juan José Arreola.

Como podrá usted apreciarlo, amiga la más bella, en estas letras apenas si pude acercarme a la persona de nuestro amigo Otaola, nunca llorado suficientemente. Pero en otra ocasión me será reconfortante referirle otras andanzas de tan noble y entrañable amigo.

Capítulo especial lo constituirá mi testimonio sávido. Juanita, su esposa, nacida en Eibar, hermosa tierra de incansables luchadores, preparaba los platillos más inesperados de que hombre alguno tenga memoria. El mismo Francisco Pina, cuyo vegetarianismo era ampliamente reconocido, muchas veces claudicaba y sin decir palabra de exculpación se embaulaba manjares que el marqués de Savarin habría ontologado.

En próxima ocasión le referiré las relaciones con otras amistades comunes, además de Pina, Monterroso, Rejano, Garfias, Don Antonio Granados y verá usted, entonces, qué hombre y de qué valía ha perdido el mundo.

Como siempre, beso su mano.

Cine

POR
ANDRES DE LUNA

LAS TRIBULACIONES DEL JOVEN VISCONTI

Los Visconti fueron de esos príncipes enojados y holgazanes que asistieron al parto del Renacimiento; ellos eran los amos de la nobleza lombarda, su poder excedía absolutamente al de los Sforza; su riqueza era conocida en todas las repúblicas italianas, por lo que algunos aventureros, artistas y putillas de toda clase intentaban colarse por las amplias salas de la residencia viscontiniana con afanes entre económicos, políticos y sexuales o una mezcla un tanto promiscua de todo esto. Si estaban en buena disposición de ánimo los señores re-

cibían a algunos que deseaban compartir el fasto durante unas horas (o toda la noche, según fuera el caso); ahí se podían ver algunos pavos reales exóticos, que chillaban cuando alguien intentaba tocarlos con intenciones bellacas. Ellos dominaban la escena, y Milán era su territorio, su base y su posibilidad de mantener su riqueza.

Luchino Visconti tuvo que aplazar su nacimiento, llegó con varios siglos de diferencia, pero aún con un ánimo semejante al de sus parientes renacentistas. Llegó un 2 de noviembre de 1906, hijo de un duque y una señora burguesa de Milán. Cuando tiene 8 años viene la Primera Guerra Mundial, se desatan las furias en Europa, los fantasmas toman los cruces de camino y Visconti deja que todo pase, permanece impasible, nada lo asusta. El niño vive en medio de los lujos familiares y ni se da por enterado de lo que ocurre extramuros. El goza de una fortuna que aún permanece vigente, y que él se encargará de arrojar al abismo cuando la vejez lo haya atrapado.

Los Visconti sienten que el linaje los obliga a portarse como mecenas, entonces promueven y disfrutan de la ópera y sus delicias. Luchino es un pequeño verdiano, goza con la *Traviata*, se ensimisma con el *Don Carlos* o con *La fuerza del destino*. La ópera es otro más de sus juegos infantiles, la música le jala las orejas, lo atrae enormemente. El mismo dice: "¿Cómo era posible, para un chiquillo de entonces, no enamorarse del teatro, nuestro teatro de la Scala, ante tanto entusiasmo? Recuerdo el teatro atestado de gente, resplandeciente. Y el ruido estruendoso de los aplausos al término de cada acto. Los palcos eran de propiedad privada. El nuestro era el cuarto, en primer orden, justo sobre la orquesta" (Yo, Luchino Visconti).

Entre los muchachitos aristócratas la idea de las acciones teatrales y operáticas los llevaba a todo tipo de prácticas; por ejemplo, Visconti gustaba de volverse un ser dubitativo, él encarnará un Hamlet enanizado por las dificultades de la niñez, y ponía en acción a sus demás compañeros o cómplices de la tarde. La primera actriz de la compañía era Wanda Toscanini, ella obtenía los silbidos burlones o las palmas cuando los "espectadores" lo creían justo y necesario. La disciplina de Visconti implicaba que diariamente estuviera de pie a las seis de la mañana, listo para realizar sus ejercicios deportivos, que

estaban a cargo de un preceptor inglés. Las comidas eran todo un ritual, y los Visconti como buenos aristócratas aún mitificaban sus hechos cotidianos. Los mozos debían respeto a sus amos y, por lo mismo, se encargaban de cuidar "bajo severa vigilancia" a los siete hermanos y herederos viscontinianos. Todo era como una secuencia de *El gatopardo*, *Senso*, *Retrato de familia* (*Violencia y pasión*) o *El inocente*.

Los niños debían tocar un instrumento, era parte de la educación decadentista y a Luchino le tocó practicar el violoncello, esto le serviría en el futuro, pues sus filmes tienen casi siempre una musicalización perfecta, nunca sobra ni falta, y siempre se escuchan en momentos precisos.

Visconti sufre el baño helado del fascismo cuando las tropas mussolinianas marchan a Roma en 1922. Empieza una adolescencia con cambios de humor y una rebeldía que parece seria. Se escapa de casa, siente los deseos de la homosexualidad, sus amigos le atraen más que las muchachas bobaliconas que frecuentan la residencia familiar; aprende que la inteligencia y el saber sólo surgen de un trabajo continuado, que esas idiotitas de bragas de seda carecen de cualquier noción de la cultura libresca, él siente un rechazo radical por ellas; su mundo oscila entre el diletantismo proustiano y la fuerza melodramática de Verdi. Es el fogoso, un día es Rimbaud, otro un personaje del *Risorgimento*. Muda de personajes para consolidar su posición frente a toda esa mierda aristocrática que le quieren imponer el duque y su burguesa e industrializada madre. Entonces va y viene, viene y va; sale y regresa al hogar. Su temple está un poco cuarteado, se siente inseguro, empieza a sentirse solitario. Cree que si logra dominar sus sentimientos y

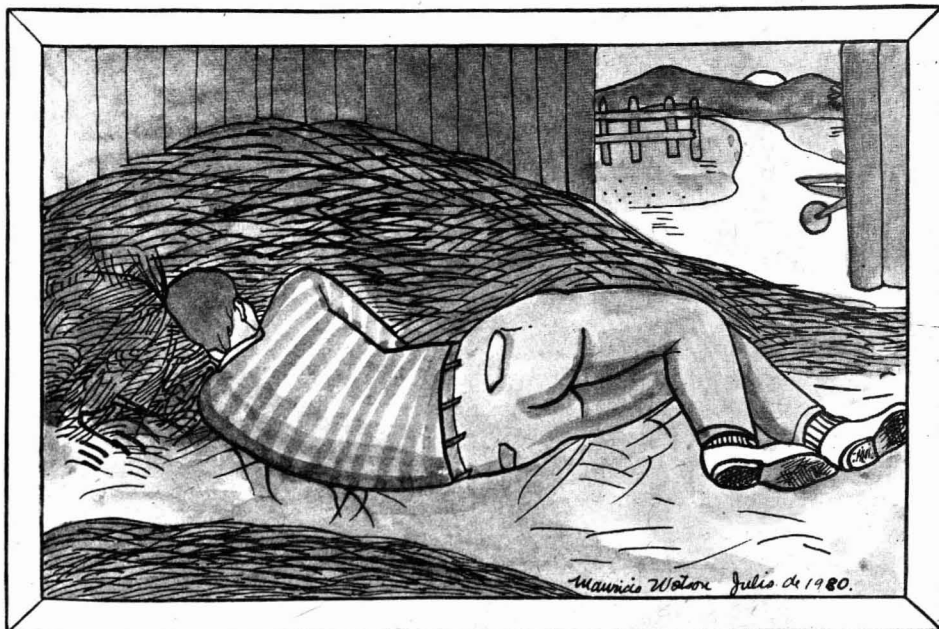
sus ánimos podrá salir del laberinto juvenil.

A los dieciocho años llega hasta el monasterio de Montecassino, siente un profundo fervor por el cristianismo; afortunadamente será un momento, un bache que se le pasará en pocos meses. Los libros, la música a todas horas y la composición pictórica serán las aguas que llenarán sus vacíos; la crisis adolescente está a punto de caer derrotada. La sensibilidad de Luchino se siente tocada por el rayo: Giacomo Puccini ha muerto, el 29 de noviembre de 1924.

Roma arde, los fascistas asesinan a Giacomo Matteotti y desatan una ola de violencia; la capital resiente los efectos, la provincia está expectante.

Luchino se doctora en Letras, en un 1924 agitadoísimo. Sus convicciones antimussolinianas se fortalecen cada vez más. Al año siguiente entrará en un *impasse* que durará un poco más de una década, de 1925 a 1936; son los años de la pasión equina, su estancia en la Escuela de Caballería de Pinerolo le crean un interés inusitado en la cría de ejemplares *pura sangre*. Esto se acabará cuando se dirija a París, lo ha invitado Coco Chanel, una personalidad que tiene amigos célebres (Picasso, Stravinsky y Jean Renoir). Por esas épocas asume una actitud izquierdista, seguramente porque sus conocidos desean exterminar las arbitrariedades del totalitarismo fascista. Es un momento decisivo para Visconti, pues logra conciliar sus intereses estéticos con sus intereses políticos, es el asistente de dirección de Renoir en *Los bajos fondos* (1936).

De su relación con la Chanel extrae su conocimiento del diseño de modas, esto lo empleará en *Una partida de campaña* (1937-38), de Renoir, en donde además vuelve a colaborar como asistente de dirección.



Su primer trabajo como co-guionista es en un asunto que le cae de perlas: *La Tosca*; ahí enseña sus aficiones infantiles y juveniles, ahora lo que era una afición casi obligada se vuelve parte de su labor artística. Una vez concluido el proyecto comienza el rodaje, la mano maestra de Jean Renoir ve de pronto abortada su película; Europa empieza a arder bajo la metralla de la guerra, es un 1939 fragoroso. *La Tosca* la concluirá el mediocre Carl Koch, incapaz de entender las aportaciones viscontianas al drama.

En la revista *Cinema* publica un artículo que lo pone en la mira de los fascistas, cuyo título ya indica su sentido e intenciones: *Cadáveres*. Es un 1941 de violencia creciente. Los censores fascistas le impiden que filme *El amante de Gramigna*, basado en Giovanni Verga.

Sin embargo el año siguiente filmará *Obsesión*, lo demás ya se sabe, es historia contada.

REVISTAS

LA CASA LLENA Y SIN BATEADOR EMERGENTE

POR ARMANDO PEREIRA

La mesa llena, México, núm. 1, marzo de 1980.

La aparición de una nueva publicación literaria en un determinado ámbito cultural constituye siempre un hecho significativo. Sobre todo, cuando esa publicación reúne materiales de alta calidad y, a su vez, trata de evitar algunos de los defectos de la cultura en la que se inscribe. Me refiero a *La mesa llena*, revista cuyo tono desenfadado y libre (?) de "compromisos" inaugura la posibilidad de una lectura distinta de las que estábamos acostumbrados. Lo primero que nota el lector al recorrer sus páginas es la posibilidad de respirar un aire nuevo, exento de partidismos y alineaciones; es sobre todo, el deseo de decir libremente, sin bozales ni mordiscos.

Su primer número, correspondien-



te a marzo de 1980, es una fiesta de sensualidad. Se inicia con un largo relato de Héctor Manjarrez que, en sus mejores momentos, recuerda las novelas de Henry Miller y el *Adén Arabia* de Nizan: adolescente ávido de cultura y de placer que no necesita más que unos meses de agitada vida londinense para terminar harto y exhausto. Aunque la perspectiva es distinta a la de Nizan, los resultados son similares: no es el "civilizado" que al entrar en contacto con la "barbarie" realiza la crítica de la cultura de la que proviene; es el "bárbaro" que no dispone más que de su hambre y de la erección de su miembro para ejercer la crítica de esa cultura.

La sección de poesía es la más abundante (8 poetas). En ella destacan, sobre todo: David Huerta, Coral Bracho, Evodio Escalante, el primero de los dos poemas de Marcelo Uribe y "Tyger, tyger" de Paloma Villegas. Son dos los temas predominantes: la ciudad y el deseo, ese inevitable cruce de coordenadas cuya confrontación en el texto devuelve toda su fuerza subversiva al discurso poético.

En el centro (porque evidentemente hay un centro en esta mesa), el ensayo de Jorge Aguilar Mora constituye el plato fuerte. Pues en él se define, en cierta forma, lo que podría ser la línea editorial de esta revista.

Originalmente, este ensayo fue el texto de una conferencia dictada en el Auditorio de Radio Universidad, en agosto de 1978, con motivo de la aparición de *La divina pareja*. Y en él, se distinguen dos líneas, dos itinerarios esenciales: "Uno de los itinerarios es la construcción interna del libro: seguir las etapas en que fueron surgiendo las ideas, los argumentos, las conclusiones. El otro es la vicisitud externa: los avatares de un texto sobre Octavio Paz". Pero el ensayo

de Aguilar Mora es mucho más que eso. Es, ante todo, un intento por desmontar los mecanismos que estructuran el poder cultural en México.

"Por regla general —escribe Aguilar Mora— los grupos (de poder cultural) se reúnen alrededor de ciertas publicaciones periódicas y definen su fuerza según ciertos criterios: credibilidad ideológica, verosimilitud literaria, influencias, repercusión en el extranjero, reconocimiento del Poder Político del Estado. Y el problema con estos grupos de poder es que precisamente no afirman lo que son, grupos de influencia y dominio, y grupos que luchan por superar a los otros..." Pero esa lucha no tiene un carácter distinto en cada caso, "esa lucha no tiene otro objetivo que el poder, y en ese sentido la derecha y la izquierda culturales se identifican gracias a su objetivo común, el poder".

Los mecanismos a través de los cuales se ejerce ese poder —según el ensayista— son similares en todos los casos: "defensores de la crítica, practican la censura; proclamadores de la disensión, no admiten disensiones que ataquen los intereses de ciertos de sus miembros". Y el anatema de exclusión es también, por lo general, el mismo: "Si uno escribe que disiente de un grupo de poder, ese grupo de poder inmediatamente contestará que ¡uno no sabe escribir!".

Aguilar Mora encuentra que las semejanzas existentes entre estos grupos culturales, los convierten de hecho en una familia: "Como los grupos de poder no llevan a su grado extremo esa lucha por el poder, como esa finalidad se disfraza con fines ideológicos... y como finalmente, a pesar de sus antagonismos, todos luchan por lo mismo, entonces

es inevitable que exista entre todos un sentimiento de parentesco, de comunidad. Por opuestas que sean sus posiciones, en todas ellas siempre se presupone la existencia de una comunidad cultural, una familia de la cultura que, en momentos de peligro exterior o ante actitudes interiores que pretenden desenmascarar esa complicidad vergonzante, se defenderá por encima de cualquier convicción ideológica... Así, cualquier disidencia que no sostenga una crítica negativa, ideológica, sino que ataque el mecanismo de solidaridad entre los grupos, encontrará inmediatamente una respuesta descalificadora, excomulgante, y ni siquiera ideológica: disentir se vuelve una traición (!), un acto de antropofagia y no una crítica".

Frente a esta situación, lo que Aguilar Mora propone "son preguntas serias y respuestas extremas: posturas límite, posiciones donde se afirme lo que se es sin actitudes vergonzantes, sin mala conciencia... No nos queda otra opción que creer, y afirmar lo que creemos, en lo que hacemos, hasta sus últimas consecuencias".

Reto del que, por el hecho de formularlo, no queda excenta en ningún momento *La mesa llena*. Reto que en última instancia está dirigido principalmente hacia la revista que lo formula. Ya Huberto Batis, al comentar *La mesa llena*, había señalado algunos de los peligros que la acechan: sobrevivirán "mientras tengan algo qué decir y en qué disentir" (*Sábado*, núm. 126, 5 de abril de 1980). Esto es, peligros que no vienen del exterior, sino que se ceban en el interior mismo del grupo que la anima. Peligros que emergen a la superficie ya desde su primer número: en el propio nombre de la revista existe, en alguna medida, una cierta instancia de poder: "*La mesa llena*" nos hace pensar en un grupo cerrado, en una secta casi, que dispone para sí el banquete de la cultura: la "mesa" estaba "llena" aun antes de existir. ¿Es

que acaso no nos será dado descubrir, en los próximos números, a nuevos comensales? ¿nuevas ideas, distintas e incluso opuestas de las que parecen animar a ese grupo? Sería lamentable que, en su propio proceso de estructuración, *La mesa llena* terminara incurriendo en lo que critica, señalando a diestra y siniestra un poder que germina en los propios intersticios de su discurso. Sin embargo, y hasta entonces, no nos resta más que desearles a los participantes del festín una buena y saludable digestión.

LECTURAS

CORAL BRACHO: LOS CAUCES DEL PAISAJE

POR ADOLFO CASTAÑÓN

Coral Bracho es un caso insólito dentro de la lírica inscrita en el paisaje. A diferencia del poema romántico, el poema de Coral Bracho no inyecta emociones humanas a un entorno idóneo: la pasión desencadenada en las cumbres bofrascosas, el lirio en el valle. Coral Bracho no explaya un proyecto conceptual en el pormenor del medio ambiente. Los suyos son paisajes interiores, microscopías, circunspecciones íntimas del país que se halla piel adentro. Porosas superficies verbales que se antojan microscopías.

Antes de la persona o más allá de la persona, una poesía sin máscaras donde la voz no pretende calzar las plataformas de una dudosa elevación espiritual. La voz va acariciando los

objetos y texturas en que se abisma. La voz no tiene nombre propio: ella sólo sabe rendirse a la rotunda evidencia de los sentidos, al plástico poético que van sedimentando en la voz los nombres de la cosa. La voz no se adorna. Sabe que quien juega a los adornos juega a las escondidas. Y la voz no está escondida sino expuesta, claramente tendida sobre su propio abismo. Una voz distante y mercurial, húmedamente evasiva, cercana como las piedras, entrañablemente remota como todo aquello que sin llegar a ser persona —máscara— es ya carne humana. La voz desnuda al rostro de sus máscaras, atraviesa su acartonado espesor dispuesta a enumerar todo aquello que ha dejado de ser máscara —persona sin dejar de ser humanidad. La voz asume una consagración de la carne humana: es decir, así quiere la etimología, de los tejidos de la tierra. Anteriores a la persona, los poemas de esta voz extraen su capacidad de expresión de la inmediatez de los datos que despliegan. Acaso sean impenetrables, pero como sólo pueden serlo los elementos, el caudal solar que pasa su peine sobre las aguas. La voz se recrea reconstruyendo, inhumando, siguiendo paso a paso las arquitecturas posibles del elemento. Las emociones que sus descripciones desprenden son inquietantes por ese afecto al juego de las puras superficies, por la alegría con que excluyen la sudorosa corriente del humano cívico-moral.

La voz hace una apología de los sentidos; despertándola, va en defensa de la sensualidad y telescopia los fenómenos inmediatos recobrando para nosotros la constelación más íntima, los ritmos pre-personales de una carne que se sabe tierra y que lo festeja. La voz de Coral Bracho acaso pueda ser descrita apelando a un lugar de Francisco de Quevedo. Para ella, los enamorados no lo siguen siendo a pesar de ser polvo. Su empresa es exactamente inversa: la voz es polvo a pesar de encontrarse enamorado. Es inversa: la voz es polvo



pues está enamorada. Es el polvo luminoso e ingrátido de la poesía que se cierne sobre los objetos recubriéndolos de una nueva, pero muy antigua, malla nominal.

AL MAESTRO CON CARINO

El Maestro, (1921-1923) Revista de cultura nacional, México, Dirigida por Enrique Monteverde y Agustín Loera y Chávez, Colección Revistas literarias mexicanas modernas, Ed. facsimilar, F.C.E., México, 1979

POR GUILLERMO SHERIDAN

El Maestro es, dentro del proyecto divulgador de Vasconcelos que incluye las dos *Antorchas*, más que una revista, una zona de contacto cultural e ideológico sin la que difícilmente se podría entender al México de los veinte y, por lo mismo, al actual.

Aparecida en 1921, la revista tiraba la todavía hoy inabarcable suma de 75,000 ejemplares semanarios que, en principio, cubrían no sólo el territorio nacional, sino a las más diversas personas de las más variadas actividades que lo poblaban. En ese sentido, la publicación quería un elemento homogeneizador, guía indiscutible de la dirección que el país debería seguir para acceder a los lugares privilegiados del banquete universal, llevando como agregado, por supuesto, a todo el continente. Su tono regenerador amparado por el panamericanismo y en pos de esa especial noción del socialismo tan cara a Vasconcelos, se opone en principio al tono crepuscular y refinado, muy ecléctico en el fondo, de revistas anteriores como *México Moderno*. En oposición a esa concepción de la cultura representada por revistas así, *El Maestro* postula la militancia y la causa de un México con derecho a entrar, garboso, a las filas de la historia moderna. La educación continua, global, inagotable es el camino para lograrlo, parecen decir las páginas de la revista todo el tiempo. Hay que leer a Tolstoi, a Barbusse, a Anatole France y a Tagore para poseer un alma adecuada a las circunstancias del cambio; a Unamuno, D'Ors, Rodó, Ingenieros y Mistral para recuperar el orgullo de ínclitas razas ubérrimas. Junto a ellos, los guías nacionales, Caso, Chávez (Ezequiel) y Vasconcelos, modulan la frecuencia espiritunacionalista de la joven patria.

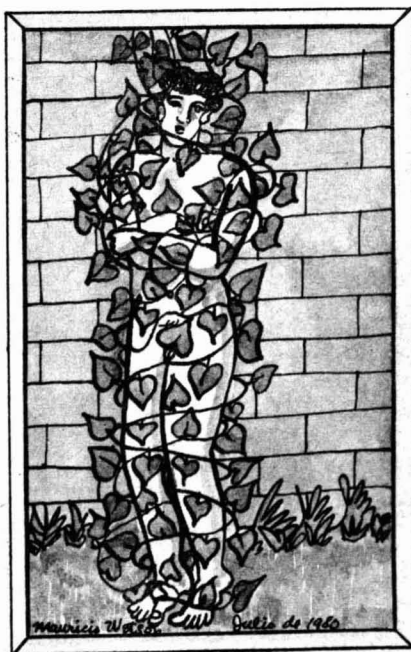
Es curioso que varios de los con-



temporáneos que todavía no son Los Contemporáneos, se trepen de inmediato a esa carreta. Torres Bodet, Ortiz de Montellano y González Rojo habían salido de México *Moderno* para trasladarse a los Talleres Gráficos de la Nación, que es donde se editaba la revista, lo que le permite entonces a Novo y a Villaurrutia disponer casi a sus anchas de las secciones fijas de *México Moderno*, como luego se harán en *El Universal ilustrado*. Con ellos se queda Gorostiza, que, si bien colaborará también en *El Maestro*, conserva su lugar en *México Moderno* como consecuencia de su pleito con Torres Bodet.

En *El Maestro*, contagiado de súbito por la pasión americanista y educativa, Torres Bodet y sus amigos realizan las labores propias de la infantería: traducen, corrigen y reseñan a cambio de la eventual publicación de un poema o ensayo. La empresa, dice Vasconcelos en *El Desastre* (citado por J.J. Blanco en el fragmento de su libro que ésta edición del FCE usa

como presentación) ciertamente no tenía como objeto "revelar talentos nuevos", pero sí "prestar eminentes servicios en la divulgación de la cultura básica y en la propaganda mexicana en el extranjero, y también mostrar los propósitos de resurgimiento moral y político del mundo latino frente a las naciones poderosas del momento". Así, Pellicer (cuya postura, a diferencia de la de sus "compañeros de viaje", es bien coherente) promueve su entusiasmo, su americanismo y las causas de la democracia. Hasta llegó a organizar, desde la revista, un (que adivinamos fugaz) "Comité Estudiantil de Solidaridad con los Estudiantes Venezolanos", incapaces "como nosotros de gozar la libertad y la alegría de la adolescencia", sometidos por el gobierno de Juan Vicente Gómez. Gorostiza publica un raro ensayo en el que explica la urgencia de iniciar las cruzadas alfabetizadoras "para la mayoría del pueblo que vive salvaje y miserablemente" necesitado "de escuelas con objetivos bien determinados, los de instruir precisamente a ese pueblo, ajustándose a sus circunstancias y a sus necesidades típicas". Ortiz de Montellano, que al menos tiene el mérito de investigar posteriormente cuestiones de cultura popular, coquetea con consignas como ésta: "Hay aún muchos que con la cara negra y los rasgos aztecas se ponen cuello planchado y fabrican música europea. Error profundo, ¡como si no fuera mucho más interesante ser azteca!", lo que se entiende si se considera que, dos páginas atrás, Vasconcelos proclamaba: "Ha pasado el triste tiempo para nosotros y para América Latina, ha pasado el tiempo del período simiesco del afrancesamiento y del estranjerismo en el que copiábamos como simios los gestos de la cultura sin comprometernos con su sentido".



LIBROS

PRELUDIO DE LA SIESTA DE UN INFANTE DIFUNTO

G. Cabrera Infante. *La Habana para un infante difunto*, Seix Barral, Barcelona, 1979, 711 P.

POR ALBERTO PAREDES

Una de las grandes tentaciones de todo escritor, de todos los artistas, es convertir la vida cotidiana en literatura, en obra de arte. En *La Habana para un infante difunto* Cabrera Infante se deja tentar, acepta el reto de convertir su más inmediata, e intrascendente cotidianeidad en la estofa de su nuevo libro. Ya antes había estado bastante cerca: a *Tres tristes tigres* lo nutría la misma vida habanera, nocturna y frívola que ahora reaparece. Pero el tema cotidiano, las anécdotas personales de interés exclusivo para sus participantes, se supeditaron en *TTT* a otra categoría en la transformación estética; importaban por su capacidad de motivar juegos lingüísticos, retóricos, culturales. De hecho *TTT* es una tropicalización del Satiricón:

...siempre pensé hacer una traducción al cubano, no al español, sino al tiempo de decadencia y creación que fueron los últimos años batistianos y los primeros dos años de la revolución en La Habana, en que todo un mundo pagano, nocturno y amoroso rodaba alegre hacia su destrucción. *TTT* fue un intento manco de acercar mi novela a ese antiguo modelo maestro.

Y precisamente esa condición paródica que parte de Petronio —autor de la primera gran parodia de la epopeya clásica— y prosigue con muchos otros escritores, la lista es larga y rica, es lo que permitió que las aventuras habaneras de G. C. I. tuvieran su segunda vida literaria. *La Habana* representa, en la trayectoria del autor, el intento de salvar lo cotidiano por lo cotidiano. Después de lo obtenido en *TTT*, decide rescatar sus aventuras eróticas porque sí, por ellas mismas.

Cierto que la escritura de esos recuerdos es asistida por los juegos culturales y lingüísticos, por sus pasiones estéticas hasta, quizá, vivir su vida como una película de Hollywood. La ingerencia decisiva en su formación personal de tal o cual obra de arte, las alusiones culturales hasta para referir el menor acontecimiento, los largos inge-

niosos paréntesis nietos de los de Faulkner, las paronomasias y las aliteraciones, etc., siguen tan presentes como en cualquier otro libro de G. C. I.: esa costumbre produjo un estilo que le es inseparable. Lo nuevo consiste en que todo ese rejugue cultural no sea el principio ordenador del texto; todo ello se subordina a la relación de los amores de G. C. I., es el tema cotidiano, la base de la narración. Y al abandonar su estrategia usual, G. C. I. tiene el fracaso más importante de su carrera. El libro se vuelve (cotidianeidad de cotidianeidad...) un ejercicio de "hacer listas" tediosas, larguísimas y repetitivas de sus casas en La Habana, de los cines de La Habana, de sus "amorcitos" y "amantes" en La Habana, etc. De poco le sirvió, en realidad, el recurso de apelar al género más abierto de todos y aun ávido de minucias, las memorias (pero nunca "novela" como mal dice el imaginativo autor del texto de la solapa). Cabrera Infante nunca dio con el centro alrededor del cual hacer sus malabarismos literarios. En cambio se la pasa avisando a su lector lo que no quiso hacer: "Pero no he regresado al pasado para escribir unas memorias artísticas..." "Pero no es de la vida negativa que quiero escribir..." "Pero no es de política que quiero hablar.

Otro proyecto de organización no cuajado es narrar la educación sentimental y en parte la estética de un muchacho que llega a los doce años de su pueblo (Gibara) a la Gran Ciudad (La Habana) hasta madurar y hacerse otro en una múltiple iniciación. No cuajado, pues los capítulos (algunos de menos de veinte páginas, uno de dos, otros de ciento y pico) están demasiado aislados entre sí y contrarrestan la continuidad que esa especie de "educación sentimental" hubiera necesitado capítulo a capítulo. Es el desorden la falla del libro:

G. C. I. abandonó su estrategia acostumbrada y no supo desarrollar un libro de acuerdo a otro criterio. El mal no fue concurrido por el intento de repetir la historia del provinciano en la capital, ni por el de volverse una Casanova cubano, ni por el de apoyarse en su ingenio verbal. Tampoco logró cristalizar un bello texto basado en el desorden, en el libre fluir de acontecimientos, cosas y personas, según él, memorables. El libro como tal queda desarticulado, se avanza a saltos y los olvidos (por parte del escritor real, no del ficcionalizado ahí mismo), son notorios y acusadores: describe varias veces como si fuera la primera ciertas escenas (sus solitarios paseos onanistas, por ejemplo), no continúa el censo de dialectalismos que inicia en el primer capítulo (se le olvidó su actitud de filólogo imaginativo y bienhumorado), también olvida a veces —esa irregularidad es su error— mezclar los dos hilos de su tapiz, la experiencia cultural (cine y música, sobre todo) con la erótica, por lo que cuando llega a decir lo importante que para su vida íntima ha sido la cultura, después de que uno lee fragmentos donde sucede otra cosa, resulta inverosímil, falso no ficticio. (A propósito de modelos imposibles: el protagonista de *La Habana* nunca fue el José Cemí de *Paradiso*, aunque bien que lo intentó.)

Tal es la situación que los méritos más altos de *La Habana* son tanto más sorprendidos, fragmentos solitarios —islas en un mar donde las buenas intenciones literarias naufragaron—, en algunos de los cuales se llega, a través de las alusiones culturales, al diálogo en el absurdo:

—No hay espina más dolorosa que la de la rosa —recitando yo como con voz propia. Dulce me miró:



—¿Soy yo dolorosa?
No le iba a decir que era olorosa.
—Por lo menos eres Espina.
—Sí, soy una Espina —admitió ella.
—Una espina es una espina es una espina.
—¿Qué es esa letanía?
—Una cita de doña Gertrudis.
—¿De Avellaneda?
—de bella nada— le dije.

O también son rescatables capítulos enteros, cuentos propios más que partes de una obra mayor —las memorias de un desordenado— como el anteriormente publicado “La plus que lente”, en los que sí hay cultura, sexo, humor, amor, bien hermanos por el oficio —del siglo XX— de Cabrera Infante.

YLA CARNESE HIZO VERBO

G. Cabrera Infante. *La Habana para un infante difunto*, Seix Barral, Barcelona, 1979, 711 P.

POR GONZALO CELORIO

El *Cementerio adonde las palabras van a morir* advierte en su definición retórica de *paronomasia* que tal figura literaria “rara vez puede ser oportuna en estilo grave o elevado”. Semejante prevención garantiza la frivolidad, el desenfado, la agudeza, el buen humor del último libro de Cabrera Infante, que a lo muy largo de sus páginas se regodea, incontinente, en el juego de palabras. La paronomasia como sistema, a la manera en que la practicó hasta la muerte aquel “personaje” de *Tres tristes tigres* con nombre de espejo lingüístico —Bustrofedon—, articula un lenguaje que se burla del lenguaje mismo, de sus lugares comunes, de sus expresiones anquilosadas, de su presunta funcionalidad; un lenguaje paródico cuyo objeto de escarnio es el lenguaje establecido, al cual subvierte y sensualiza: “no hay que acuñar nuevas frases sino coñar frases hechas”.

Si el referente paródico de la paronomasia es el lenguaje en general, en *La Habana para un infante difunto* es, en particular, el de la sexualidad, reprimido, más que ningún otro, por preceptos moralistas de los que se queja el narrador: “Ah, que las palabras, no los actos, sean sentenciados por la moral”. La parodia reivindica la vulgaridad, que, con su proliferación de eufemismos, picardías, sinceras obscenidades, acaba por romper el tabú de la expresión verbal de la carne.

Para hacer una reseña de este libro, basta con desmontar el afortunado nombre que lo nombra, no porque el título requiera explicación: su eficacia reside precisamente en su claridad paronomástica, esto

LIBROS



es en la evidencia de sus referentes y en la pluralidad de sus implicaciones; sino porque contiene, como todo título feliz, la sustancia de lo titulado. Por perogrullesco que se antoje, *La Habana para un infante difunto* no es otra cosa que La Habana para un (I/i)nfante difunto, pese a que la novela, según confiesa el autor en alguna entrevista, fuera titulada después de su redacción. De no ser platónico, primero es la cosa y luego el nombre que la denomina.

El título remite de inmediato a la *Pavana para una infante difunta*. No obstante su tono desembarazado y festivo, subliminalmente la novela tiene, del duelo de la composición de Ravel, la pena por el tiempo transcurrido, por el espacio renunciado. Pero el juego de palabras no llega a transformarse en la crítica burlesca de su referente específico. No se trata, pues, de una parodia de Ravel, a pesar de la presencia incidental de su obra en el texto y de la exaltación de la música popular habanera, antípoda del carácter noble y majestuoso de la pavana. Se trata de una parodia del lenguaje. En cuanto tal, la paronomasia no va más allá del espléndido acierto verbal producido por la semejanza fonética de *La Habana* y *pavana* y por la polisemia de la voz *infante*, que, en este caso, no sólo se refiere al niño que muere para dar paso al adolescente que protagoniza la novela, sino también, como es obvio, al autor mismo —Infante—, cuya juventud en La Habana de los cuarenta y los cincuenta, narrada en primera persona con manifiesto espíritu autobiográfico, muere en tanto que el tiempo pasa y se modifican de manera irreversible las características del espacio en que transcurre.

Cabrera Infante recrea con precisión extrema su ciudad y permite que el lector prescindiera de aquel mapa que acompañaba la edición de *Tres tristes tigres* y pueda circular por ella como uno más de sus habitantes. De tal manera es minuciosa la descripción topográfica y vívidos los recuerdos de La Habana, que, de escenario, pasa

a ser el personaje principal de la novela, según lo anuncia su título. A fuerza de evocar sus calles, sus parques, sus posadas, sus cines, sus bares, el autor-narrador-personaje, se apropia de la ciudad, la devora, como el Magistral de la novela de Clarín, quien, desde el campanario de la iglesia, sentía gula en presencia de la heroica Vetusta. La Habana acaba por ser suya, en tanto que la posee verbalmente. La Habana es *para* él, infante difunto.

Pero la preposición *para* no solo indica un destinatario o un poseedor, sino también una óptica: ¿qué es La Habana *para* el infante difunto? Es un espacio ligado indisolublemente a un tiempo, a una edad —la adolescencia, de la que el narrador toma una parte por el todo: la sexualidad—; es un espacio construido por el deseo, delimitado por el erotismo. Bajo el profuso catálogo de experiencias sexuales, narradas indiscriminadamente, como para tapar con la abundancia de los recuerdos lujuriosos el vacío de saber que son irrepetibles, corre, sin emerger nunca a la superficie, pero visible por la transparencia del relato, la nostalgia del paraíso perdido: una edad idéntica al espacio en que transcurre (las cosas se parece a su dueño), evocada, vista a la distancia: irrecuperable. La óptica de la nostalgia, como *El Aleph* de Borges, captura la totalidad del tiempo y del espacio de su objeto. Por ella, los minúsculos detalles que, de estar presentes serían invisibles justamente por su obviedad, cobran desmesuradas proporciones (el número de la calle donde vive el personaje, el domicilio exacto de las posadas habaneras, el recuento de los cines de la ciudad y las películas que proyectaban y, sobre todo, la relación de todas y cada una de las experiencias sexuales del narrador por insignificantes o reiteradas que fueran) y conducen, inevitablemente al gigantismo, plasmado en el epílogo de la novela. Liberado de las ataduras realistas del texto, el personaje se introduce de cuerpo entero en la vagina de la mujer, que, sentada a su lado en la penumbra del cine, permitió sus excitados manoseos.

Podrían aplicarse a la nostalgia que el narrador siente por la Habana de su adolescencia las palabras que aquella su amante de bucólico nombre, Violeta del Valle, la escribió en un irrisorio telegrama, cúspide del lugar común y objeto de sarcasmo:

El tiempo y la distancia me hacen comprender que te he perdido.

No quiero terminar esta reseña sin aludir, aunque sea muy rápidamente, a la relación de la novela con lo que se ha dado en llamar, cada vez con mayor insistencia, la literatura neobarroca, a la que suele vincularse la obra de Cabrera Infante. Ciertamente que el autor no participa del hermetismo y la complejidad que generalmente identifican a la poética del barroco: *La Habana para un infante difunto* se caracteriza por lo contrario: la frescura, la espontaneidad, la transparencia. Sin embargo tiene, del espíritu barroco, aquello que según Sarduy lo tipifica, a saber: el ocio y la gratuidad, la autocomplacencia en el desperdicio, en el excedente, en una palabra,

la superabundancia, que culmina con el gigantismo.

En efecto, la novela se desborda en las reiteraciones de la sexualidad. No hay contención narrativa; lejos de la selección: el inventario, el recuento totalizador. De esta reiteración nace la verdadera parodia del lenguaje de la sexualidad. Conforme las experiencias sexuales se repiten se va estableciendo un lenguaje, un código de valores entendidos que se pone en práctica en las experiencias sucesivas, hasta que cada una de ellas se convierte en referente de la que habrá de sucederle y en parodia de la anterior:

Quien ha enamorado a más de una mujer se ve condenado a repetirse; la primera vez como drama la segunda como farsa.

Así, el referente deja de ser la carne para ser verbo y éste es, quizá, el rasgo de mayor pertinencia del arte barroco: su punto de partida es la cultura, no la naturaleza. Tal es su artificio.

UNA FAMILIA ALEGÓRICA

Carlos Fuentes, *Una familia lejana*, México, 1980, ERA, 214pp.

POR GUSTAVO GARCÍA

Una familia lejana o la mecánica de los signos. Sería descubrir el hilo negro afirmar que una de las preocupaciones básicas en toda la obra de Carlos Fuentes ha sido explotar el valor polisémico de las palabras, la multitud de significados, la estratificación infinita de intenciones y las distintas historias simultáneas que se cuentan en el mismo diálogo. Si él y Octavio Paz hicieron de la idea de "la máscara y el rostro" un lugar común eficaz, fue porque le encontraron aplicaciones inmediatas en sus textos. *Una familia lejana* es, como las otras novelas de Fuentes, un trabajo de erección de verdades a medias, visiones fugaces (una silueta asomada instantáneamente a la ventana es tanto una mujer amada décadas atrás como una visión anticipada de sí mismo), palabras, frases y situaciones fragmentadas o contradictorias, alusivas más que definitorias (dice el personaje central: y "Puedo apreciar que todo lo que me dice tiende a distraer mi atención de otra cosa que, sospecho, usted quiere ocultar", p. 116): la estancia del viejo Branly en la mansión de Heredia el francés, Clos des Renards, es una convalecencia, un cautiverio no declarado y un proceso de aprendizaje y recodificación de la realidad y la vida cotidiana (desde buscar su comida hasta entender el carácter ambiguo de su anfitrión y de los niños cuyas voces oye desde su lecho); el joven mexicano Victor Heredia es el heredero del

LIBROS



despotismo señorial español (fustigando a criados mexicanos e hispanos con igual autoridad), la reencarnación anacrónica del viejo Victor Heredia francés y la fracción mágica americana que, en Francia, se une en cópula a su equivalente europeo, en un Citroën chocado e invadido por la vegetación del Jardín de Clos des Renards, y el Heredia francés es el esclavo liberado, el burgués altanero y vulgar en oposición al aristocratismo ilustrado decadente de un Branly instalado de por vida en la Belle Époque.

Una familia lejana o la traición del símbolo. Todo esa pirotecnia envolvente de signos abiertos, de historias contadas a partir de sus contradicciones, desmentidas conforme avanzan, no es nueva ni exclusiva (aún en la narrativa mexicana, aunque *Aura* sea su caso más evidente; es un proyecto que animó a la literatura local de los 60's y de él surgieron, cuando menos, *Farabeuf* y *La obediencia nocturna*, pero con nadie gozó de mejor salud que con Fuentes, capaz de elevar personajes y situaciones al grado de símbolos generales, vitales y convincentes, "...símbolo activo, el que no precede a la letra, sino que, de cierta manera, es a la vez motor y fluido, causa y compañera de la creación", como él mismo apuntó en un ensayo.¹ Pero para que funcione un símbolo, debe ser irrepetible o constantemente alimentado, modificado, actualizado, confrontado con la realidad que quiere reflejar y subvertir, so pena de degenerar en clisé, en la antípoda del símbolo, según Fuentes, la alegoría ("Si la alegoría ilustra, el símbolo, desconocido de sí mismo, busca. Alegoría: verdades conocidas. Símbolo: verdades por conocer", op. cit.) Lo cierto es que la obra de Fuentes en los 70's negó justo aquello a lo que buscaba referirse (de *Todos los gatos son pardos* a *La cabeza de la hidra*): hizo de México, su historia, sus personajes y su cotidianidad un escaparate de museo, una fábula llena de metáforas y alegorías, símbolos petrificados, no funcionales (el cielo ha dado a México un Huichilobos en cada hijo, un tlatoani en cada funcionario, una

Coatlicue en cada anciana, un filósofo enciclopedista en cada héroe), insertos en un país épico, estrictamente literario que se quiere hacer pasar por el verdadero (o tener una relación cercana con éste, con el rostro oculto tras la máscara). Entonces, la eficacia de sus últimos trabajos, sobre todo *La cabeza de la hidra*, dependía de su plena habilidad técnica, su asimilación de los códigos de los géneros que adoptaba. Se puede alegar —con mucho margen de error— que Fuentes, como el Winterbourne de *Daisy Miller*, ha vivido lejos de casa demasiado tiempo; pero resulta que cada vez se nota más seguro escribiendo y viendo a México como un europeo (no dejan de haber resonancias henryjamesianas en todo esto) y no debe extrañar, pues, que en una novela contada por un francés, como es *Una familia lejana*, los capítulos sobre México sean los peor resueltos, los más previsibles, justificaciones forzadas para redondear la historia en Francia (el niño Victor Heredia encontrando en Xochicalco la mitad del amuleto que completará en el Citroën; las reflexiones sobre la perpetuidad del pasado en el presente hispanoamericano).

Una familia lejana o el retorno a la matriz es la nostalgia de la metrópoli. La referencia a Henry James es obligada; del más europeo de los escritores americanos asoman, en la novela de Fuentes, esa ternura crepuscular por los viejos cuyo pasado es una zona sagrada de recuerdos, glorias militares o culturales que les dignifican su ancianidad (Branly como extensión de la agónica amada del poeta Aspern) y el goce por las claves misteriosas y evanescentes de la novela gótica (*Otra vuelta de tuerca*), de la que no sólo compendia sus elementos básicos (cotéjese su descripción de Clos des Renards con la hecha por Poe sobre la mansión de Rodrigo Usher) sino que recupera su ambiente decadente (esa "conciencia desesperada", "descubrimiento de una nueva dimensión de lo real" que menciona Pio Baldelli sobre Visconti) para asumir la voluntad del artista latinoamericano finisecular de suponer a Francia su patria intelectual, como lo fue para Isidore Ducasse, Ruelas, Laforge, José María Heredia y, años después, Carpenter ("—Oh, exclamé, Buenos Aires, Montevideo, son mis ciudades perdidas; han muerto y nunca regresaré a ellas. La patria final de un latinoamericano es Francia; París nunca será una ciudad perdida", p. 28).—Es la unión de todos los contrarios, desde los aparentemente iguales (la "agitación sin desorden" del racionalismo europeo contra el "desorden petrificado" americano) o absolutamente inconciliable (Branly es una mente cartesiana, de lógica pascaliana, enfrentada al sadismo cerebral-instintivo de los Heredia), armonizados por la permanencia del pasado, por la eterna repetición del mismo momento ("¿Quién ha escrito la novela de los Heredia?... La novela ya fue escrita. Es una novela de fantasmas inédita, que yace en un cofre enterrado bajo la urna de un jardín o entre los ladrillos sueltos del cubo de un montacargas. Su autor, sobra decirlo, es Alejandro Dumas", p. 205). Fuentes hace de París el punto de encuentro de ren-

cores y tragedias ancestrales, que se remontan a la invasión francesa a México, añoranzas de la mujer amada y los fastos del triunfalismo arquitectónico del hierro y el acero de principios de siglo, la búsqueda de raíces culturales de latinoamericanos que han huido de un continente demasiado violento (espiritual o materialmente) para entregarse a un nuevo tipo de excesos.

Una familia lejana hace conciente una serie de impulsos culturales que durante años permaneció más o menos oculta (o en estado latente) en los libros de Fuentes. Cada novela suya es un gusto particular por saciar sus ganas de ser otro, por la vía del homenaje, de la solución del reto, del dilema que plantea el propio Branly: "...el arte de narrar es un desesperado intento por restablecer la analogía sin sacrificar la diferenciación" (p. 191). Que todo ese placer por la escritura sólo conduzca a divertimentos estilísticos de signos reiterados no deja de ser desalentador.

¹ "Herman Melville: la novela como símbolo", en *Casa con dos puertas*, México, 1970, Joaquín Mortiz.

ASTRONOMÍA PREHISPÁNICA

POR EDUARDO ENRIQUEZ

Aveny, Anthony, Michel D. Coe, et. al., *Astronomía en la América Antigua*, Trad. de Luis F. Rodríguez, México, Siglo XXI, 1980, 325 pp., maps., illus.

Con el propósito de contrarrestar la desenfrenada especulación en los intentos de explicación de ciertos fenómenos culturales (religiosos, cosmológicos, mitológicos) de las culturas antiguas americanas, un grupo de astrónomos, físicos, arqueólogos y antropólogos han realizado una serie de estudios que pretenden esclarecer, desde una perspectiva científica, lo relacionado a la práctica astronómica en las civilizaciones autóctonas americanas.

La compilación de esta serie de estudios da forma a la reciente publicación *Astronomía en la América Antigua*, editada bajo el sello de la casa editorial Siglo XXI.

Estos estudios de la astronomía y cosmología de los pueblos antiguos americanos no sólo esclarecen importantes problemas de carácter urbanístico-arquitectónico (orientación de ciudades y edificios) sino que, lo más importante, establecen las primeras bases que demuestran la forma en la que los indios americanos desarrollaron una auténtica astronomía científica.

Si bien es cierto que ya la antigua bibliografía sobre las culturas americanas precolombinas había señalado la importancia de la astronomía en estas últimas, la forma en la que ésta se manejaba era, las más de las veces, muy especulativa e hipotética. Con el fin de, precisamente, brindar una explicación fundamentada científicamente, los autores de los ensayos reunidos en el

LIBROS



libro se han empeñado en realizar investigaciones de carácter interdisciplinario, de tal suerte que llegan a proponer lo que llaman una "arqueoastronomía" o "astroarqueología", cuyo objeto de conocimiento sea el estudio de las concepciones cosmológicas de las antiguas civilizaciones.

El libro reúne 15 artículos agrupados por el área geográfica objeto de su estudio. A Mesoamérica se dedican tres, interesados específicamente en el estudio de los signos astronómicos; al área maya, seis estudios en torno a su arquitectura; al suroeste americano y las grandes llanuras, cinco, y por último una contribución en torno al área sudamericana.

"Con la publicación de este volumen, —los autores— esperan comenzar a sintetizar algunos de los elementos comunes relacionados al desarrollo de la ciencia entre las civilizaciones precolombinas del Nuevo Mundo", señalando las diferencias y semejanzas en la práctica astronómica en-



tre las distintas zonas geográficas de América.

Una primer característica común compartida por las civilizaciones autóctonas es el sistema astronómico basado en el estudio del horizonte, "lo que permite formular un período en el calendario con notable precisión" y a su vez marca importantes diferencias con respecto a otras prácticas astronómicas (ejem. la china, basada en una orientación polar o la babilónica, que se basa en el estudio de los eclipses). La exactitud de los cálculos de las posiciones de Venus que se encuentran en el Códice de Dresden, queda aclarada al establecer una relación entre la arquitectura (el edificio del Caracol en Chichén Itzá específicamente) y las alineaciones horizontales de Venus en distintos períodos del año. Estudios astronómicos en el mismo sentido de los códices de Baldey y Selden arrojan relaciones semejantes.

Entre los artículos reunidos en el volumen se encuentran además: investigaciones que ponen su atención en el análisis de las fuentes primarias (Sahagún, Calvo, Molina, Durán, etc.) en las que se trata el asunto del saber astronómico de los indígenas, análisis de las relaciones geométricas y astronómicas, y sobre la importancia de la luz y las sombras en los edificios prehispánicos.

Los objetos constantes en las distintas prácticas astronómicas de las culturas precolombianas son: el sol, sobre el que se determinan sus horas de salida y puesta, tanto en los equinoccios como en los solsticios, su tránsito por el cenit quedando todos estos datos registrados con el propósito de establecer fechas fijas, períodos calendáricos de importancia cívica, religiosa y sobre todo agrícola, la luna de la que se registran sus distintas fases en lugar de posiciones en el horizonte, y los planetas y estrellas más brillantes relacionando siempre sus posiciones con respecto a las de los demás astros.

Estos artículos que conforman la *Astronomía en la América Antigua* responden a un malestar manifestado por Sir Eric Thompson cuando decía que "la astronomía maya era demasiado importante como para dejársela a los astrónomos", criticando a aquellos malabarismos teóricos que proponían combinaciones entre los números de las inscripciones, sin hacer caso del contexto en el que estaban inscritos.

De ahí que los autores pretenden estar, a través de un conocimiento de la cultura e historia de los pueblos antiguos americanos, en condiciones de comprender los alcances y especificidad de sus conocimientos astronómicos. Sin embargo, en su intento, se detecta un desequilibrio entre las investigaciones propiamente astronómicas, realizadas con esa tónica exhaustiva propia de la tradición norteamericana, y las que consideran las circunstancias socio-culturales que hicieron posible que estas civilizaciones llegaran a un grado tan refinado en el conocimiento de los asuntos astronómicos. De cualquier manera este texto viene a llenar un hueco importante en el conocimiento de todos aquellos interesados en el estudio de las culturas prehispánicas.

difusión cultural/UNAM

LOS UNIVERSITARIOS

Periódico crítico de
actualidades políticas
sociales y culturales.

TEATRO/LITERATURA
CINE/ARTES PLASTICAS

Suscripciones:

DIFUSION CULTURAL
10o. piso, Torre de Rectoría
Ciudad Universitaria

Suscripción anual \$ 50.00



Librerías de Cristal

VLADIMIR NABOKOV
LA DADIVA

MAGU
MAGU TE VE

ALFREDO JUAN ALVAREZ
LA MUJER JOVEN EN MEXICO

MARTIN L. GROSS
LA FALACIA DE FREUD

ADRIANA YAÑEZ
EL MOVIMIENTO SURREALISTA

MARCO ANTONIO MONTES DE OCA
EN HONOR DE LAS PALABRAS

ALMANAQUE DE LA MUJER

GABRIEL ZAID
EL PROGRESO IMPRODUCTIVO

1939-1979 40 ANIVERSARIO
DE LIBRERIAS DE CRISTAL

DIALOGOS

Artes / Letras / Ciencias Humanas
número 93, mayo-junio 1980

JAMES WILLIS ROBB: *Caminos cruzados de Manuel
Toussaint y Alfonso Reyes*

FRANCISCO HERNANDEZ: *Tres poemas*
AUGUSTO FERNANDEZ GUARDIOLA:

Neurobiología de la conciencia

MIGUEL GONZALEZ AVELAR: *La muerte de Adelita*

ALBERTO DALLAL: *Obras del Forion Ensamble*

TERESA DEL CONDE: *El discurso pictórico de Alfredo
Castañeda*

CESAR ULISES GUINAZU: *El gran día de Martín López*

JULIO ORTEGA: *Aleixandre y Paz*

HOMERO ARIDJIS: *El cementerio de Contepec*

ANDRES SANCHEZ ROBAYNA: *Una micrología de la
elusión*

JAN BAZANT: *El expreso Pekín-Moscú*

ARTES: RAMON XIRAU Y MIREYA FOLCH

LECTURA: FEDERICO PATAN

COMENTARIO: RAMON XIRAU

ILUSTRACIONES: ALFREDO CASTAÑEDA

\$ 20.00 ejemplar / \$ 100.00 suscripción anual

De venta en las mejores librerías o directamente en:

EL COLEGIO DE MEXICO, Departamento de Publicaciones

Camino al Ajusco No. 20, México 20, D. F.

Tel. 5-68-60-33 Exts: 364, 365 y 367



GACETA UNAM

ORGANO INFORMATIVO DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

¡¡SOLICITALA LUNES Y JUEVES!!

Nuevos Libros:

TEXTOS DE HUMANIDADES No. 16

EROTICA Selección y notas de Mari Carmen Cirici-Ventalló

Con poemas de José Martí, Rubén Darío, Antonio Machado, Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Federico García Lorca, Carlos Pellicer, Jorge Luis Borges, Xavier Villaurrutia, Pablo Neruda, Miguel Hernández, Julio Cortázar, Mario Benedetti, Octavio Paz y Rosario Castellanos, entre otros poetas.

TEXTOS DE HUMANIDADES No. 18

LIBRO QUE NO MUERDE de Luisa Valenzuela

Textos/Humanidades No. 19

NICARAGUA - Un país propio

Testimonios

Con textos de Pablo González Casanova, Carmen Lira, Margarita Suzan y Margarita García Flores; y fotografías de Pedro Valtierra y Maritza López.

CUADERNOS DE HUMANIDADES No. 9

FOTONOVELA ROSA / FOTONOVELA ROJA de Fernando Curiel

"Justamente un asedio múltiple de la fotonovela, en sus modalidades rosa y roja, nos ofrece este ensayo fotogénico y pionero. No se lo pierda"

CUADERNOS DE HUMANIDADES No. 16

POEMAS de Nancy Morejón

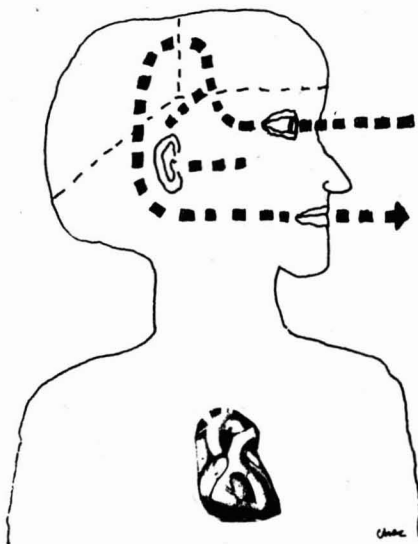
Selección y prólogo de Efraín Huerta

DE VENTA EN: La Librería Universitaria, El Juglar, El Agora, Pueblo de Minería, Casa del Lago, minipuestos CU, piso principal de la Torre de Rectoría y en el Departamento de Publicaciones (Adolfo Prieto, 133).

difusión cultural / UNAM



ONCE
ONCE
ONCE
EL ONCE SI



cui
cui
lco

REVISTA DE LA
ESCUELA NACIONAL
DE ANTROPOLOGIA
E HISTORIA

PERIFERICO SUR Y CALLE DE ZAPOTE
MEXICO 22, D. F.

novedad  era (1960/1980)



Carlos Monsiváis

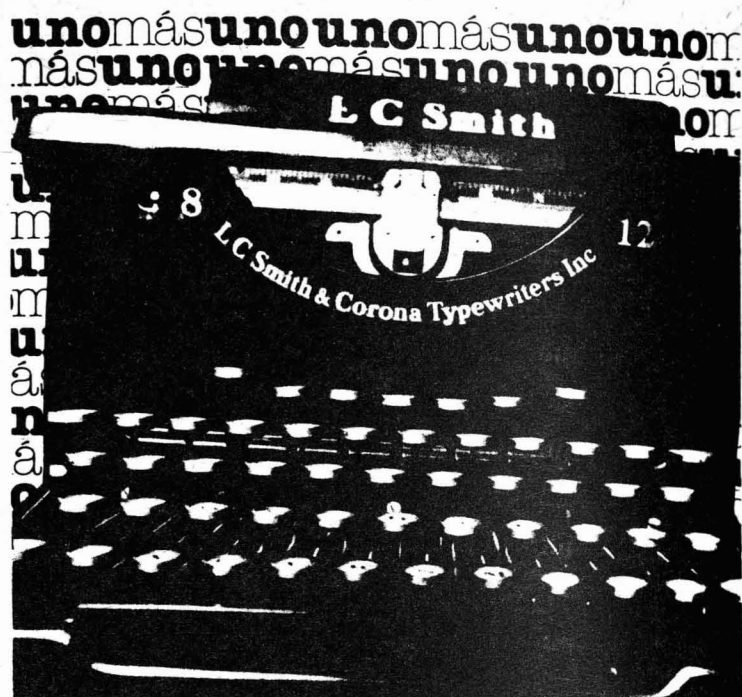
 **A USTEDES
LES CONSTA**
**Antología de la crónica
en México**

Ediciones Era / Avena 102

México 13, D. F. / 581 77 44

Agencia Guadalajara / Federalismo

958-Sur / Guadalajara, Jal. / 12 60 37



suscripciones

nombre _____
domicilio _____
colonia _____
zona postal _____ teléfono _____
mil doscientos pesos, por un año ☐ giro postal ☐
seiscientos pesos, por seis meses ☐ cheque ☐
fecha _____

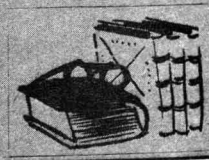
CORREGIO 12 MEXICO 19, D.F. TELÉFONO 563 99-11

REVISTA DE LA

UNIVERSIDAD DE MEXICO

Publicará:

- Juan Ramón Jiménez: Aforismos
- Alvaro Mutis: Cocora
- José Miguel Oviedo: La edición perdida de *España en el corazón* de Neruda
- Santiago Ramírez: Un golpe de dados
- Rolando Cordera: Estado y desarrollo de México
- Poemas de Enrique Fierro y Salvador Puig
- Octavio Rodríguez Araujo: Estado y partidos en México
- Columnas, comentarios, crítica, etc.



A la venta en las principales librerías del D. F. y provincia
Suscripciones y ventas en Adolfo Prieto 133, Col. Del Valle, México, D. F.

HART CRANE
LA CIRCUNSTANCIA

A Xochipilli

La ungida piedra, la corona coruscante
el extremo trono, las
dulces desesperadas cuencas de los ojos rosas
del condenado payaso extranjero
—asechan desde condenadas fosas, flotante hueso
de indefensa gente...

Si pudieses comprar las piedras,
estirar los tórpidos huesos
ungir sin que sospechen
tus espinillas, que
nada sostienen andando el tiempo sino más y más
Tiempo
mercurialmente quizá pongan aunque pueden
quitar y concentrar... Si tú
pudieses beber el sol como hizo y hace
Xochipilli —como quienes
pasaron hicieron, como aquellos
hicieron... Un dios floral en estatuaria
piedra... de amor—
si morir pudieses, consumirte luego, quien sobrevive,
más poderoso que la muerte en florecida piedra sonríe
—parar podría el tiempo, dar al fluorescente
Tiempo más amplia respuesta atrás (rasurar
relámpago,
poseer en plena furia vientos) del tiempo
responde fuerza que se prolonga más, respuesta
perdurable
como dieron—; y han dado...

Hart Crane, 1899-1932
Collected poems
Traducción: Guillermo Rousset

